



Máster en Culturas e Identidades Hispánicas

Trabajo Fin de Máster

«Aún hay sol en las bardas»

Literatura popular en la construcción de la nación: las revistas *Aragón* y *Las Españas* en el exilio republicano en México

«There is still sun on the fences»

Popular literature in the construction of the nation: the magazines *Aragón* and *Las Españas* in the republican exile in Mexico

Autor/es

David Bendicho Muniesa

Director/es

Daniel Mesa Gancedo. Dto. de Filología Española

Alberto Sabio Alcutén. Dto. de Historia

Curso 2022-2023

Resumen: El presente trabajo pretende ensayar una metodología con la que estudiar el modo en que la literatura popular formó parte del proceso de construcción nacional español y analizar su presencia y su función dentro de dos revistas del exilio republicano en México: *Aragón* y *Las Españas*. Para ello, se estudiará, en primer lugar, la importante relevancia que adquirió esta literatura en relación con la nación desde mediados del siglo XIX hasta principios del siglo XX. En segundo lugar, se rastrearán las diferentes concepciones nacionales existentes en el contexto anterior a 1939 para, posteriormente, atender a algunos de los conflictos surgidos al llegar la comunidad exiliada a costas mexicanas. Tras esto, en tercer lugar, se presentará brevemente a José Ramón Arana, cuyas ideas fundamentarán gran parte de los objetivos de las revistas objeto de análisis. Se prestará especial atención al conjunto de imágenes, representaciones y discursos sobre lo popular y la literatura popular que puedan existir en las páginas de esas revistas. Con todo, este recorrido espera abrir abundantes líneas de investigación que poder desarrollar en un futuro.

Palabras clave: Literatura, pueblo, nación, exilio, revistas.

Abstract: The present work aims to test a methodology with which to study the way in which popular literature was part of the process of Spanish national construction and to analyze its presence and its function within two magazines of the republican exile in Mexico: *Aragón* and *Las Españas*. For this, it will be studied, first of all, the important relevance that this literature acquired in relation to the nation from the mid-nineteenth century to the beginning of the twentieth century. Secondly, the different existing national conceptions in the context prior to 1939 will be traced to, later, attend to some of the conflicts that arose when the exiled community arrived on Mexican shores. After this, thirdly, José Ramón Arana will be briefly introduced, whose ideas will support a large part of the objectives of the magazines under analysis. Special attention will be paid to the set of images, representations and discourses on the popular and popular literature that may exist on the pages of these magazines. All in all, this tour hopes to open abundant lines of research that can be developed in the future.

Keywords: Literature, people, nation, exile, magazines.

ÍNDICE

1. Introducción.....	4
2. Revistas culturales y nacionalismo: aspectos teóricos y metodológicos.....	7
2.1. Las revistas literarias o culturales como objeto de estudio.....	8
2.2. Discursos, imágenes, representaciones y apropiación.....	10
2.3. Nacionalismo y nación.....	11
3. Literatura popular y exilio: aspectos teóricos y metodológicos.....	14
3.1. Cultura y literatura popular.....	14
3.2. El exilio y la construcción de identidades.....	17
3.3. Lo popular en las revistas de la diáspora republicana.....	20
4. La construcción de la nación española y la cultura popular.....	22
4.1. Enseñar o contar la nación.....	23
4.2. La cultura popular y el nacimiento del folclore.....	26
4.3. De literatura del pueblo a tesoro nacional.....	28
4.4. El duro fin de siglo y la conflictiva modernidad.....	30
4.5. La república popular.....	39
5. Concepciones y conflictos nacionales en el camino hacia México.....	41
5.1. Camino a la ruptura: II República, Guerra Civil y exilio.....	41
5.2. Llegada y conflictos en México: espacios de sociabilidad, asociacionismo y revistas como catalizadores de resistencia.....	46
6. Lo popular en dos revistas del exilio republicano en México.....	48
6.1. El trauma y la memoria: el caso de José Ramón Arana.....	49
6.2. La construcción regional aragonesa en México: la revista <i>Aragón</i>	51
6.3. La patria fuera y dentro de casa: la revista <i>Las Españas</i>	60
6.3.1. Primera etapa: tradición nacional de resistencia.....	62
6.3.2. Segunda etapa: la construcción hacia el interior.....	71
7. Conclusiones.....	79
8. Referencias bibliográficas.....	86

1. INTRODUCCIÓN

«Tener raíces quizá sea la necesidad más importante y menos reconocida del alma humana»
Simone Weil (en Said, 2005: 190)

Desde hace algún tiempo mi interés académico se dirige hacia el estudio de las leyendas, los cuentos y la literatura de tradición oral en general, así como a la comprensión de los procesos de identificación y a la construcción de identidades a partir de estos textos literarios¹. Al resultar complejo abordar el estudio del mundo de la oralidad en siglos pasados², a lo largo del Máster en Culturas e Identidades Hispánicas (2021-2023), he tratado de realizar algunos trabajos sobre diferentes temáticas y períodos relacionados como pueden ser el surgimiento de la preocupación de la historiografía por la denominada como «cultura popular»³, el conocido como «proceso de civilización»⁴, la realidad o no de una oposición social y de clase entre una poesía «cortesana» y una lírica «juglaresca»⁵, así como sobre algunos «momentos de oro»⁶ en los que el mundo de la oralidad y sus manifestaciones artísticas pasaron a formar parte o influir de manera importante en la cultura escrita o la «gran cultura»⁷. A partir de la realización de todos esos trabajos, pude darme cuenta de que sobre el conjunto de géneros y textos que conforman esta literatura sigue recayendo una cierta interpretación romántica, así como pude detectar que ha sido poco estudiada la literatura popular en relación con una etapa histórica y un fenómeno tan complejo y decisivo como fue el exilio republicano español.

Nuestro trabajo, por tanto, tiene su origen en el siglo XIX, periodo en el cual surgió el llamado «descubrimiento del pueblo» (Burke, 2009: 46) y en el que la conocida como «cultura popular», y de manera especial la literatura dentro de ella, pasó a formar parte importante del proceso de construcción de las naciones europeas modernas. Se creó por aquel entonces una percepción en clave nacional del «pueblo»⁸ -o de lo que se entendía por tal- y de su cultura que

¹ Para el estudio de la importancia de la literatura oral en la conformación de identidades se recomienda el trabajo de Nieves Gómez López (2001).

² Con respecto a este tema puede acudirse a Ginzburg (2019) y Amezcua (2005).

³ Burke (2009) o Mantecón (2008) resumen bien esta cuestión.

⁴ Para entender este proceso puede acudirse a Bolufer (2014) e Imízcoz (2019)

⁵ Para ilustrar este tema puede leerse Vicenç Beltrán (2009) o Juan García Única (2009).

⁶ Como pueden ser el siglo XIV, XVI, XVII y, sobre todo, el XIX, aunque por supuesto esto puede matizarse mucho. Al respecto, pueden consultarse los siguientes estudios de Frenk (2006), Cerrillo y Sánchez (2010) y Burke (2009)

⁷ Se habla de «gran cultura» haciendo referencia al modelo cultural a dos niveles de Rafael Redfield. Este autor nos señala que dentro del campo cultural existía una «gran tradición», que supondría la tradición culta, y una «pequeña tradición» ajena y olvidada por el discurso histórico, además de excluida del devenir de los estados a partir del fin de la Edad Media y hasta el siglo XIX (en 2009, 2014: 62-69). Ha sido identificarse a la supuesta cultura del pueblo con la segunda.

⁸ Véase el apartado 4 y, en específico, el punto 4.2.

se ha mantenido incluso hasta tiempos recientes⁹. Por suerte, los investigadores abogan cada vez más por perspectivas transnacionales que se fundamenten en metodologías comparatistas. No obstante, observar lo primero me condujo a preocuparme todavía más por el momento de construcción de la nación española y por las representaciones que desde este proceso emanaron y recayeron sobre el mundo de la literatura y la oralidad, ya que en este «pueblo» que señalábamos se pensó que podía encontrarse una veta de expresión del carácter de la nación, el cual se creía que había perdurado, como soterrado, a lo largo de la historia.

Así pues, la construcción de la nación desde el siglo XIX hasta el primer tercio del siglo XX tuvo mucho que ver con la búsqueda de una tradición cultural representativa. Para ello, se acudió a una Edad Media imaginada o ensoñada¹⁰ y, especialmente, al romancero en busca de relatos fundacionales que sustentaran la comunidad étnica y política. Con ello, gracias a diferentes instituciones y personalidades, consiguió crearse una tradición cultural nacional que tendría su momento cumbre en la Segunda República. Ahora bien, la Guerra Civil iba a suponer un duro golpe también en este orden. Tras ella, en el consiguiente exilio de gran parte de la intelectualidad española, el nacionalismo, vinculado a la construcción de una identidad colectiva, iba a continuar muy presente. Debe tenerse en cuenta que los desterrados partieron de un contexto en el que los esfuerzos nacionalizadores eran más que notables. Portaban una tradición recientemente constituida -un bagaje cultural- que recordarían y desde la que tratarían de enfrentar la lucha entre la continuidad con su propio pasado o la integración en la nueva geografía de acogida. Dentro de todo este panorama, lo popular y la literatura que se consideró como popular tendrán una vital importancia.

Así las cosas, el presente estudio pretende explorar el modo en que la literatura popular ha formado parte de la construcción de la identidad nacional desde mediados del siglo XIX hasta principios del siglo XX y analizar cómo esta tarea seguía presente dentro de dos revistas del exilio republicano en México: *Aragón* y *Las Españas*¹¹. En sus páginas trataré de rastrear aquellas cuestiones que tengan que ver con la construcción de identidades, además de atender

⁹ Señalo lo anterior ya que he podido observar, al tratar de estudiar las leyendas existentes en el Pirineo aragonés, que el «pueblo» que suele considerarse como creador de esas leyendas conecta con la idea de un pueblo humilde, guardián de la tradición, ajeno al proceso de desarrollo, modernidad y civilización, que se creó y al que se acudió a lo largo del siglo XIX. A modo de ejemplo, podemos ver lo anterior reflejado en el título -también en el contenido- del libro de Ramón Violant i Simorra: *El Pirineo español: vida, usos, costumbres, creencias y tradiciones de una cultura milenaria que desaparece* (2003)

¹⁰ Término utilizado por Gonzalo Ruiz Zapatero (1997) en referencia a la cultura celta.

¹¹ La elección de estas revistas se debe a mi interés previo por uno de sus principales promotores y animadores, José Ramón Arana, a quien pude dedicar varios trabajos a lo largo del máster en los que estudié, principalmente, su poesía, otros proyectos que animó, así como otros en los que participó.

especialmente a las representaciones y a los discursos que puedan existir sobre lo popular y la literatura popular dentro de ellas. A la hora de acercarnos a estas revistas, será conveniente estudiar y analizar en primer lugar la trayectoria de uno de los nombres que animó las anteriores publicaciones: José Ramón Arana. Este aragonés escribirá todos los editoriales y con ello marcará muchos de los puntos que guiarán su evolución a lo largo de los números. Además, podremos observar que muchas de sus obsesiones, así como sus influencias, estarán muy presentes.

Dicho esto, el trabajo va a contar con un primer y segundo apartado en el que tratará de perfilarse la metodología a seguir, así como un marco conceptual que abarque el conjunto de temas y áreas que definen esta investigación. En un tercer apartado podremos explorar el modo en que la cultura y la literatura popular han sido parte importante e, incluso, imprescindible dentro del proceso de construcción nacional español a lo largo del siglo XIX. Lo anterior nos llevará a analizar algunas de las pulsiones entre modernidad y nacionalismo, vanguardia y tradición, dentro de las primeras décadas del siglo XX, llegando hasta la conformación de la denominada como «República popular». Tras esto, en cuarto lugar, trataremos de rastrear las diferentes concepciones nacionales que existieron en el contexto anterior a 1939, así como los conflictos relacionados con ellas, los cuales se extendieron hasta varias décadas después de la llegada de los exiliados a costas mexicanas. Ya en esta geografía, los espacios de sociabilidad serán importantes para entender las identidades que pretendieron crearse y podremos descubrir que en muchos casos las revistas funcionaron como sus órganos de expresión. En quinto lugar, presentaré brevemente a José Ramón Arana, quien fundará y animará algunos de los proyectos culturales más importantes del exilio mexicano, para llegar, de este modo, al análisis de *Aragón* y, posteriormente, de *Las Españas*. En ellas exploraremos, sobre todo, textos provenientes de la tradición popular, ensayos de crítica sobre diversos aspectos dentro de la literatura popular, o bien colaboraciones que puedan incluir representaciones relacionadas con lo que el grupo consideraba popular. Apoyaremos lo anterior en la lectura de algunos editoriales de la revista a modo de guía sobre la evolución de sus ideas y objetivos. Esperamos que su realización arroje luz y contribuya, no sólo al estudio de las identidades en el exilio, sino también a conocer mejor una etapa y un espacio escasamente estudiados dentro de la historia cultural del folclore y de la literatura popular de nuestro país.

Teniendo en cuenta lo anterior, me declaro consciente de que las cuestiones que podamos tratar a partir de estas revistas, no supondrán en ningún caso la voz de la totalidad de los exilios en México. Por otro lado, debe destacarse que este trabajo supone un primer

acercamiento que posteriormente se espera poder desarrollar en mayor profundidad y de mejor manera en una eventual investigación doctoral, ya que se ha detectado una importante veta de sentido y puede ser pertinente atenderla en otras revistas en las que la tradición y la literatura popular puedan tener gran relevancia como, por ejemplo, los diarios creados a bordo de los barcos *Sinaia*, *Ipanema* y *Mexique* (may.-jul., 1939)¹², así como las revistas *Romance* (feb. 1940-ene. 1941) y *España Peregrina* (feb. 1940-1941), o la tardía *Diálogo de las Españas* (jul. 1957-oct. 1963).

2. REVISTAS CULTURALES Y NACIONALISMO: ASPECTOS TEÓRICOS Y METODOLÓGICOS

El siguiente trabajo parte de la creencia de que la acción de narrar, relatar y contar historias en el marco de la oralidad supone un elemento clave e indispensable a la hora de construir relatos colectivos y sustentar identidades de grupo¹³. En este sentido, planteábamos en un primer momento la idea de buscar y analizar los relatos, los cuentos y las leyendas que los diferentes grupos del exilio republicano en México pudieran recordar, compartir y difundir, con la intención de reflexionar en torno al papel de esta literatura dentro de la construcción, o reconstrucción, de sus discursos y de sus identidades transterradas. Pensábamos que estos debían tener una importancia capital y que su presencia sería notoria. Esto resultó no ser del todo así.

Empujados por esta hipótesis, el primer problema que enfrentamos fue dónde encontrar estos textos o un registro de los mismos. Para ello, nos preguntamos si quizás los programas académicos de las instituciones educativas creadas en México¹⁴ podrían aportarnos alguna pista, ya que la tradición académica que los inspiraba provenía de la Institución Libre de Enseñanza, y esta confería a esta literatura un papel y un espacio importante. Teniendo en cuenta el tiempo, el espacio y las características del trabajo que debíamos afrontar decidimos abandonar esta idea, además de que con ello estaríamos analizando una cultura institucionalizada, que no nos interesaba tanto.

Tras esto, pensamos que la literatura popular debía cumplir una importante función dentro de la vida cotidiana del exilio en México. Así pues, el siguiente problema que se nos presentaba tenía que ver con cómo estudiar o llegar a estos textos en ese otro marco, menos formalizado. Pudimos comprobar que existen escasos estudios sobre esta cuestión, y los que

¹² Puede consultarse el estudio y la edición facsímil realizada por Fernando Serrano Migallón (2006).

¹³ Véase la referencia que hacíamos al trabajo de Nieves Gómez López en la nota 1 del trabajo.

¹⁴ En Hoyos (2016) puede encontrarse abundante información al respecto.

hemos podido hallar¹⁵ no dan cuenta de la presencia o no de relatos orales o populares. Esto acabó dirigiéndonos hacia el estudio de los movimientos migratorios y las dinámicas que los acompañan. Al acercarnos a ello pudimos comprobar que el asociacionismo era una de las prácticas más comunes al cruzar el océano y alejarse de la tierra de origen. De ese modo, nuestra investigación viró hacia tratar de hallar un registro de los textos que nos interesaban dentro de los espacios de sociabilidad creados en México. No obstante, llegar a ellos seguía resultando una tarea compleja, ya que las noticias que resumían las actividades llevadas a cabo por sus integrantes pocas veces nos aportaban la información que buscábamos o resultaba difícil llegar hasta ellas.

Al poco tiempo, encontramos una leyenda en las páginas de la revista *Las Españas*¹⁶. Esto nos hizo plantear la posibilidad de analizar algunas revistas del exilio en México para ver hasta qué punto encontrábamos más textos como el anterior, así como qué representaciones, significados y perspectivas se desprendían de ellos. La tarea resultó provechosa, ya que estas revistas solían ser casi siempre el órgano de expresión de diferentes agrupaciones y asociaciones desde las que se revisitaba y se revisaba la tradición, además de suponer «espacios de negociación» (Núñez Seixas, 2014: 41) para la conformación de la identidad del grupo. Desde ellas se exponía y se lanzaba hacia el exterior un conjunto de representaciones en un ejercicio dialógico que rebasaba los límites y las fronteras de quienes las conformaban.

2.1. Las revistas literarias o culturales como objeto de estudio

Una vez elegido el objetivo de nuestro estudio, quedaba la tarea de hallar una metodología que nos guiara en el proceso. Annick Louis (2014), en un artículo que resume en buena medida las diferentes metodologías y estrategias que han existido en las últimas décadas con respecto al estudio de las revistas literarias, nos insta a pensar en ellas como un fenómeno particular y como una de las influencias y circuitos de poder determinantes de una cultura en un momento histórico. En este sentido, el poder de las agrupaciones responsables de la edición de muchas de ellas queda fuera de toda duda. Debe tenerse en cuenta que la voz que de esas revistas se desprende es, a fin de cuentas, la de una élite intelectual. Por otro lado, Louis nos señala que resulta imposible aprehender el medio cultural y la identidad de una época sin ellas. Como

¹⁵ *El exilio español y su vida cotidiana en México* (Serrano Migallón, 2021)

¹⁶ Nos referimos al texto «Una leyenda: Kresala» escrito por María Dolores Arana en el primer número (oct. 1946: 11). Para su consulta hemos usado la edición facsímil: *Las Españas: revista literaria* (2002). A partir de este momento, las referencias a los textos de su interior se realizarán siguiendo el siguiente orden: nombre de la revista, sección, número, mes y año de publicación, página. Algunos de estos datos podrán obviarse en los casos en que quede clara su referencia.

veremos, en nuestro caso sus páginas trataron de convertirse en altavoz y base para un debate sobre la identidad de los exiliados que pretendían llevar a cabo de manera colectiva.

Ahora bien, las aproximaciones tradicionales solían considerarlas como antecedentes de la carrera de un escritor o como espacio de realización de un movimiento cultural, una escuela o una tendencia ideológica. Nosotros, en cambio, siguiendo las perspectivas más actuales y que anota Annick Louis, las entenderemos como objetos autónomos. Esto nos llevará a considerar su realización como una dinámica de retroalimentación entre todos sus colaboradores. De este modo, los discursos de unos y otros se sumarán, chocarán y contrastarán mientras tratan de proyectar hacia el exterior una imagen más o menos homogénea y coherente. Además, habrá de entenderse que en nuestro caso de estudio estas revistas buscarán generar posicionamientos culturales y políticos que entrarán en diálogo con otras revistas y colectivos dentro y fuera del país en que se publican, así como con otras instituciones. Queda pendiente, sin embargo, un estudio que analice de manera pormenorizada la noción de contexto, ya que su marco de publicación, edición, producción y lectura es algo que sólo mencionaremos suavemente en nuestro trabajo. Sí perfilaremos brevemente, no obstante, algunos apuntes relacionados con su recepción, atendiendo a su contexto más inmediato dentro de las fronteras mexicanas, así como a su pretensión transatlántica.

Por otro lado, en la constitución de una revista cultural, la figura del director es clave. En relación con ese aspecto, en nuestro trabajo nos encontraremos frente a dos publicaciones editadas desde una codirección conformada por un grupo de colaboradores que forma parte, a su vez, de asociaciones existentes tras los proyectos desde los que se fijarán en muchos casos los puntos y los temas sobre los que escribir¹⁷. Por otro lado, tratarán de contar con las voces más importantes dentro de un amplio abanico de disciplinas, y no sólo dentro del conjunto de exiliados en toda América, sino también de intelectuales y autores de multitud de países hispanoamericanos -y no sólo hispanoamericanos¹⁸- . Progresivamente, se sumarán algunas de las voces más reticentes al franquismo del interior de la Península.

Por último, Louis, nos señala que el estudio de las revistas permite replantear las relaciones entre la «cultura popular» y la «cultura letrada» o «alta cultura», refiriéndose a que ponen en evidencia la circulación entre varias zonas culturales, subordinadas o no, sea cual sea

¹⁷ Véase, además del apartado 6, la nota 173 en la que hacemos referencia a esta cuestión de manera más detallada.

¹⁸ No entraremos en ello en este trabajo, pero cabe apuntar que participaron en las páginas de *Las Españas* figuras extranjeras de renombre internacional como Albert Camus, Herman Hesse, Thomas Mann, Alfonso Reyes o Gabriela Mistral, entre otros.

su ideología explícita. Añade a este respecto que algunas revistas pueden proponer puntos de disputa sobre objetos apropiados por medios populares, así como proponer versiones «cultas» de objetos, temas y géneros populares. En nuestro caso de estudio, podremos observar cómo las barreras entre estos -por otra parte, inventados- niveles culturales se difumina y se entremezcla en favor de una identidad nacional con la que abordar la reconstrucción y el futuro de España.

2.2. Discursos, imágenes, representaciones y apropiación

Nuestra propuesta es la de reflexionar en torno a los discursos presentes y analizar el papel y la función que juegan los textos y los diferentes elementos populares al interior de estas revistas. Al igual que Jorge de Hoyos (2010), en un artículo muy relacionado con nuestra intención, consideramos que desde los discursos y el lenguaje empleado podemos rastrear con nitidez los elementos esenciales para comprender la conformación de las identidades. Además, analizar estos elementos nos llevará a entender el modo en que complementan, forman parte y articulan los imaginarios sociales y las identidades que llevan aparejadas. Como señala de Hoyos, todo lo anterior se dirige a tratar de desentramar y definir la compleja «urdimbre de significaciones» que pudo generarse y existe en su interior (346).

Dentro de estos discursos, trataremos de buscar el conjunto de representaciones que puedan existir sobre lo popular, el pueblo y su supuesta literatura. Ahora bien, sobre la noción de «representación», Roger Chartier (1992) la define como la imagen que se presenta como idea y como memoria de los objetos ausentes, y que trata de representarlos tal cual fueron (67). En este ejercicio, evidentemente, se filtrará la mentalidad y la perspectiva de quien realiza la representación, pudiendo dislocarla de su significado inicial. De este modo, acudiendo a la semántica, podríamos explicarlo diciendo que quien representa siempre selecciona semas dentro del conjunto de significados que conforman una idea o cosa. Representar, en el caso que queremos analizar, significará realizar una exégesis que acerque el pasado al presente para revisarlo y constituirse.

Por otra parte, la noción de «representación» conecta, justamente por filtrarse la mentalidad y el universo simbólico del sujeto o del colectivo emisor, con una rama de la literatura comparada como es la imagología. Josep Leerssen (2012), en un artículo muy iluminador, expone que la imagología resulta una metodología muy provechosa a la hora de abordar el conjunto de imágenes en el marco del pensamiento nacional, presentes, sobre todo, desde el siglo XIX en el ámbito de la literatura. Según este autor, la literatura es una de las disciplinas más explícitas a la hora de reflejar y dar forma a la conciencia de sociedades enteras,

incluso en cuanto a la formulación misma de su identidad cultural. Desde esta perspectiva, puede entenderse que las fuentes literarias no suponen meramente un registro de la representación de una nacionalidad dada, sino que más bien constituyen una práctica cultural que articula e incluso construye esa nacionalidad. Así pues, las imágenes nacionales, más que representaciones miméticas de la realidad empírica, resultarán objetos discursivos inmersos en una polaridad entre el Yo y lo Otro, generándose «autoimágenes» y «heteroimágenes» (Leerssen, 2012: 62). A este respecto, en nuestro trabajo podremos observar que la construcción de las identidades generada a partir de las revistas seleccionadas se basa en una continua dialéctica entre heteroimágenes, que sentirán como ajena, y autoimágenes, que pretenderán constituir como propias. A fin de cuentas, la lógica dentro del discurso del exilio consistirá en una selección y actualización dentro del proceso de construcción nacional que venía del siglo XIX de diferentes elementos con los que sustentarán una nueva identidad nacional en sintonía con la nueva sensibilidad y con la que responder a las circunstancias específicas.

En sintonía con lo anterior, puede ayudar a nuestro cometido el concepto de «apropiación» acuñado de nuevo por Roger Chartier (1992: 36). El historiador propone el concepto en respuesta a los análisis que caracterizan como populares o cultos determinados objetos culturales, así como a los sujetos supuestamente destinatarios de tales producciones. Frente a esto propone que los estudios deberían centrarse en los modos de apropiación de esos objetos, es decir, en las condiciones y procesos que determinan las operaciones de resignificación de la producción de sentido (19). Es decir, son los usos de los objetos culturales los que les otorgan un significado en función de las expectativas, formación y experiencias de su lector consumidor (20). En este sentido, y en relación con el anterior párrafo, lo que nos interesará, más allá de los diferentes textos y elementos populares que conformarán los debates, los discursos y las identidades que el colectivo en torno a nuestras revistas pretenden construir, será el ejercicio de apropiación y de selección de los mismos.

2.3. Nacionalismo y nación

Llegados a este punto, conviene definir conceptos como «nacionalismo» o «nación». Podemos comenzar rescatando las palabras con las que Rubén Corchete abre un reciente artículo. En él anota que «el nacionalismo es, sin duda, uno de los temas estrella de las ciencias sociales de los últimos cuarenta años [...]» (2022)¹⁹. Sin embargo, Ferrán Archilés considera que «todavía estamos muy lejos de disponer de una historia social de las identidades nacionales, esto es, de

¹⁹ Dados los límites de este trabajo, he decidido guiarme en buena medida por las excelentes síntesis realizadas por Rubén Corchete (2022) y Eric Storm (2019) en cuanto a las teorías relacionadas con la nación.

un análisis de la construcción de las identidades nacionales y de la interiorización de las mismas por parte de los sujetos» (en Corchete, 2022). Conviene suscribir las palabras de estos dos autores y señalar que el nacionalismo y la construcción de una identidad nacional colectiva española supone un tema merecedor de análisis por el nivel de «contaminación»²⁰ que hoy todavía guarda y por la capacidad de «infección»²¹ que presentó y presenta.

Una de las definiciones de nacionalismo más aceptadas es la formulada por Benedict Anderson desde la cual se define como un «artefacto cultural» (1993: 33). Rubén Corchete profundiza en esta definición indicando que se trata de

un conjunto de significados culturalmente transmitidos e interiorizados por los individuos por medio de procesos de socialización articulados en torno a instituciones como la escuela y conjuntos de prácticas como la lectura, la celebración de fiestas nacionales, las visitas a museos o los paseos por lugares cargados de memoria o patrimonializados. (2022)

Por su parte, Fernando Wulff define nacionalismo como «cuerpo de pensamiento y, en particular, como práctica, [que,] aunque se constituye plenamente en el siglo XIX, no hace sino articular modelos de pensamiento y, sobre todo, sentimientos colectivos de una enorme hondura, intensidad y capacidad de penetración» (2003: 8). Teniendo en cuenta las anteriores definiciones, hemos de señalar que serán las diferentes instituciones y organismos administrativos del Estado los que ayuden a generar unas más o menos sólidas relaciones de pertenencia hacia un proyecto de nación. A este respecto, Anderson afirmaba que para comprender cómo las unidades administrativas llegaron a ser concebidas como «patrias» era necesario atender a cómo los organismos administrativos producen significado (en 1993: 54).

El siglo XIX, como bien señala Alfredo Saldaña, se singularizó por un fuerte desarrollo de una política identitaria basada en el concepto político del estado nacional y en el nacionalismo cultural que impulsó disciplinas como la filosofía y la historia literaria (2008: 107). Atendiendo al caso español, Inman Fox nos indica que la identidad nacional y el espíritu nacionalista nacieron con el estado liberal hacia mediados del siglo XIX (1998: 11). Por su parte, Pérez Vejo añade que alrededor de los sucesos de 1812 surgió el primer intento de convertir el imperio en nación (2015: 10).

²⁰ Hablamos de «contaminación» haciendo referencia a la capacidad de influir en todas las áreas de la cultura y la sociedad, las cuales se entendieron o se vieron entrelazadas con lo nacional como la política, el arte, la literatura, la historia e, incluso, la religión.

²¹ Autores como, por ejemplo, Eric Storm (2019) o Mari Paz Balibrea (2017), entre otros, señalan que la historiografía ha atendido a fenómenos de finales del XIX y principios del XX, como el exilio, desde una lógica de preguntas y respuestas imbricadas dentro de una clara lógica nacional. Sin embargo, fenómenos como las identidades construidas a partir del regionalismo responden a lógicas totalmente transnacionales.

Fue con el Romanticismo, sobre todo alemán, cuando se sentaron las primeras bases del nacionalismo moderno. En este sentido, Herder²², una voz muy influyente para lo que aquí nos interesa, promovía la construcción de naciones culturales a partir de las cuales poder alcanzar una paz universal una vez estuvieran bien definidos todos los estados nacionales (Saldaña, 2008: 108). El núcleo central de su planteamiento se basaba en la afirmación de que una identidad política colectiva no viene de la aceptación de un estado soberano común, sino más bien de compartir una cultura común, un *Volk*²³. Una vez encontrado o creado el sentimiento nacional, el individuo podría llegar a descubrir, no sólo el sentido de sí mismo, sino también de la colectividad. Este *Volk*, a su vez, se manifiesta en el interior de una tradición representativa de la cultura, que se plasmará en las diferentes facetas de la creatividad humana (arte, tecnología, industria, comercio), así como en lo que ese mismo *Volk* piensa (ideas, creencias, valores y mitos) (Fox, 1998: 47). También debemos señalar que Herder pensaba que, aunque el Estado pueda cambiar o perecer, este «espíritu» o «carácter nacional» mantendrá la conciencia de sus tradiciones culturales distintivas (47).

A partir de las ideas anteriormente mencionadas, los Estados se lanzaron a lo largo del siglo XIX a la definición de lo que les era propio. Si acudimos al paradigma imperante, generado a partir de las indiscutibles aportaciones de Ernest Gellner²⁴, Eric Hobsbawm²⁵ y Benedict Anderson, las naciones, según palabras de Corchete, vendrían a ser «constructos socioculturales surgidos en Europa en época moderna y utilizados por diversos grupos de agentes para la consecución de fines fundamentalmente políticos» (2022). En este sentido, Anderson las define como «una comunidad política imaginada» capaz de despertar en los individuos apegos muy profundos (1993: 56). Por otra parte, podemos considerar también a las naciones como relatos. Sobre esta idea insistirá Álvarez Junco, quien las concebirá como relatos históricos²⁶ al servicio de la construcción de una identidad colectiva (2017). En conclusión, el

²² Para este autor cada nación poseía unas características y un destino que evolucionaban a través de la historia con normas internas y únicas de cada cultura (Fox, 1998: 46).

²³ Inman Fox (1998: 47) señala que este *Volk* vendría a ser la nacionalidad, un conjunto de aspectos que se manifiestan de especial forma en la lengua y caracterizan a una colectividad, diferenciándolas de otras.

²⁴ Para Gellner, nos señala Storm (2019: 12), las naciones y el nacionalismo resultaban inconcebibles dentro de las sociedades agrarias. Fue la sociedad moderna capitalista e industrializada la que presuponía la existencia de una cultura nacional homogénea.

²⁵ La teoría de Hobsbawm (2012: 25) señalaba que, tras la transición a la modernidad, el proceso de construcción nacional requería gran cantidad de tradiciones inventadas y por eso hizo hincapié en la naturaleza esencialmente artificial de las identidades nacionales.

²⁶ Unido a este relato y tratando de servir a sus fines, surgirá un nuevo género literario: el ensayo identitario y con él diferentes intelectuales y figuras de cultura se lanzarán a buscar la génesis y el nacimiento de la comunidad, así como a los auténticos padres de la patria o los héroes del pasado con cuyos valores y virtudes tratarían de identificarse (Junco, 2017: 15).

proceso de construcción de las naciones, además de ser un proceso internacional, nos señala Andreu Miralles, supuso un fenómeno intrínsecamente comparativo²⁷ (2016: 18).

3. LITERATURA POPULAR Y EXILIO: ASPECTOS TEÓRICOS Y METODOLÓGICOS

3.1. Cultura y literatura popular

Las décadas de los sesenta y setenta del siglo XX supusieron el despertar del interés por parte de diferentes historiadores por la cultura popular²⁸. De este modo, para Antonio Gramsci, uno de los primeros en aportar una definición del concepto, «cultura popular» vendría a representar a las clases en contraposición a las concepciones del mundo oficiales, las «clases subalternas» que a lo largo del tiempo supusieron el polo sometido, alienado y en resistencia de la sociedad²⁹ (2011: 134). Para afinar esto un poco más, conviene recuperar las palabras de Peter Burke. El historiador inglés entiende a la cultura popular como la cultura propia de los grupos que no formaban parte del poder ni de las élites, por supuesto, pero nos señala que en esta clase existirían multitud de grupos sociales como artesanos y campesinos, sobre todo, pero también mujeres, niños, pastores, marineros o mendigos (Burke, 2009: 17-18).

En cuanto a quiénes forman realmente estas clases populares o subalternas, durante mucho tiempo la respuesta fue: «el pueblo». Se entendió a este pueblo como la unidad social que ocupa un área geográfica duradera en el tiempo y que está constituido por individuos y grupos vinculados entre sí con una intensidad superior a las incidencias de la vida individual. Además, presentarían en el tiempo cierta unidad de costumbres, creencias y de habla (Baroja, 1979: 15). El antropólogo Julio Caro Baroja entendía al pueblo como el compuesto por unas clases rurales marginales y ajena a la modernización; como una fuerza natural cuyo folclor llegó a plantearse casi como una rama de la biología. Estas “gentes populares” se verán como

²⁷ Según esta idea, los estados europeos se lanzaron a lo largo del ochocientos hacia una aventura de definición y afirmación, construyendo o inventando, los ingredientes o las señas de identidad que les fueran propias a partir de un juego de oposiciones con sus estados vecinos. Por esto ha de comprenderse que este fue un fenómeno transnacional (Andreu, 2016: 18).

²⁸ Basta considerar el trabajo de historiadores como Julio Caro Baroja, Edward Thompson, Natalie Zemon Davis o Carlo Ginzburg, entre otros. Tras ellos, en los años ochenta y noventa del pasado siglo existirá una mayor proliferación de monografías y artículos sobre detalles de la misma, ofreciéndonos hondos repasos historiográficos. Tomás Mantecón (2008: 21) explica que la consolidación de diferentes sistemas democráticos, unidos a la idea de igualdad de derechos y deberes entre todos los individuos, trajo consigo una de las mayores transformaciones que ha vivido la historiografía y estuvo relacionada con el estudio y valorización de lo popular y de la cultura popular.

²⁹ En una línea similar, Mijail Bajtín la define en un estilo épico, con una vigorosa narrativa que expresaba y representaba la batalla entre lo oficial y lo no oficial (2003: 16). Esta definición, que será posteriormente matizada, reduce a la cultura popular al universo de la risa, de lo carnavalesco, y considera a la cultura oficial, tanto medieval como moderna, como completamente seria, oscura y severa.

la antítesis del hombre civilizado, que es preciso revisar e integrar en el proceso renovador de la identidad nacional que se estaba llevando a cabo a lo largo del siglo XIX (10-11). Por su parte, Clara E. Lida (1997) nos explica que las «clases populares» han solidado ser definidas de forma negativa atendiendo a lo que no son. Sin embargo, si se las trata de definir por lo que resultan ser, la autora indica que participan en el mundo del trabajo y de la producción, tanto en el campo como en la ciudad, ya sean productores de tierra o de la urbe. También entrarían dentro de estas clases aquellos hombres y mujeres que se dedican a actividades vinculadas con el pequeño comercio o con un pequeño taller, así como «gente de pluma», intelectuales, críticos y disidentes, ya que en su definición existe siempre un cierto reto a los mecanismos e instrumentos del privilegio y de la política de las clases hegemónicas. En definitiva, se definen dentro de un universo intermedio entre lo hegemónico y lo marginal (Lida, 1997: 8).

Ahora bien, si acudimos al Diccionario de la RAE, en su primera acepción, podemos definir como «pueblo» al conjunto de personas de un lugar, región o país. Desde un punto de vista político, el pueblo son las personas que forman parte del Estado, sin ningún tipo de distinciones de raza, género, religión, nivel económico o social. Por otro lado, puede significar país o nación, y puede emplearse como sinónimo³⁰. La palabra, asimismo, puede utilizarse con un sentido étnico, cultural o racial para referirse a las distintas etnias, razas o culturas que forman parte del tejido social de una nación³¹. Como pueblo también se ha solidado denominar al grupo de la gente común y humilde de una población, el llamado pueblo llano, es decir, la gente de clase baja, también conocida a lo largo de la historia como la plebe, el común, el estado llano. En este sentido, el concepto de pueblo se ha asociado con lo popular y sus expresiones culturales³². Veremos que en las revistas que vamos a analizar predominará la primera definición, la cual lo entiende como un sujeto político colectivo depositario de soberanía³³, así como con la última definición, la cual le confiere la característica de ser el portador del carácter y las expresiones artísticas tradicionales de la nación.

Por otro lado, en este trabajo hablaremos de «literatura popular» haciendo referencia a la expresión literaria que en la época se consideró que provenía del pueblo, ese conjunto de

³⁰ Por ejemplo: el pueblo mexicano o el pueblo colombiano.

³¹ Por ejemplo: el pueblo indígena, el pueblo latinoamericano o el pueblo afroamericano.

³² Por ejemplo: la música del pueblo, los bailes del pueblo o el lenguaje del pueblo.

³³ Según el diccionario de la RAE, se denomina pueblo soberano a aquel “país o nación que cuenta con un gobierno independiente y que, en virtud de esto, tiene plena potestad para ejercer la autoridad suprema dentro de su territorio” (s.v. *pueblo*). En este sentido, un pueblo soberano es aquel que goza de la libertad de autodeterminación para crear sus propias leyes, elegir sus formas de gobierno y a sus gobernantes, así como para decidir sobre sus asuntos políticos y económicos sin ningún tipo de injerencia de otros estados o naciones.

individuos humildes de la sociedad³⁴. No obstante, debe tenerse en cuenta que existen otros términos para hacer referencia a esta literatura como «literatura tradicional»³⁵, «literatura oral»³⁶ o «literatura de tradición oral»³⁷. La definición más común que puede encontrarse sobre los textos populares ha de tratarse con precaución³⁸:

son narraciones que se transmiten de una generación a otra, ocasionando que cada individuo o cada grupo social aporte algo en particular, por esta razón se les considera de autoría colectiva o anónima. Dichos textos emanan del pueblo y pertenecen a la cultura porque son parte inherente de las manifestaciones cotidianas y tradicionales. (Rojas, 2019: 181)

El término «literatura popular» surgió como una de las ramas del folclore, en tiempos en que imperaba la mentalidad romántica, buscando rescatar los cuentos y composiciones que el «pueblo» o «aldea nacional» cantaba, según los primeros folcloristas (Baroja, 1979: 44).

Más allá de lo anterior, habrá de tenerse en cuenta que en nuestras revistas encontraremos a menudo que el término «literatura popular» estará relacionado con la noción de pueblo-nación y no tendrá que ver del todo con esos textos orales, anónimos y verdaderamente tradicionales que tanto interesaban en la época. Encontraremos este significado cuando se reivindiquen autores cultos como Lope, Quevedo o Cervantes, y se destaque en ellos la influencia e inspiración de los temas, las formas o el tono de la verdadera literatura popular. Sea como fuere, utilizaremos el término popular para hacer referencia tanto a la literatura que

³⁴ Juan García Única (2009) señala que ha solidado verse a este pueblo como natural, sencillo, iletrado, intuitivo, irracional, tradicional, de la tierra e individual.

³⁵ Ha solidado entenderse a la literatura tradicional como aquella que nace de manera anónima y se transmite de generación en generación, de forma oral y sujeta a las variantes del paso del tiempo (Palmer y Campos, 2019: 296). Se la concibe muchas veces como un ejemplo claro de cómo los pueblos y sus formas de entender la realidad tienen vínculos entre sí y se cree que muestra la forma de mirar de una zona en particular (295). En España este término surge gracias a los estudios sobre poesía hispánica llevados a cabo por Menéndez Pelayo y, posteriormente, por Menéndez Pidal. Para su estudio puede consultarse Nebot (1980).

³⁶ Jeanine Fribourg nos habla de la literatura oral como aquella transmitida de generación en generación, ajena a la escritura, en formas y circunstancias propias a la sociedad y ésta nos aporta datos sobre la organización social, el modo de vivir y la cultura (1995:37). Por su parte, Walter J. Ong (2004: 22) nos señala que considerar este término supone algo parecido a pensar en «los caballos como automóviles sin ruedas», teniendo en cuenta que etimológicamente «literatura» viene a significar aquello que está escrito. Además, concebirla desde estos términos puede llevarnos a tratarla de manera secundaria e indirecta y no prestar la debida atención a las relaciones y los condicionamientos que pueden existir dentro del ámbito de la oralidad (19).

³⁷ Pascuala Morote Magán, en una entrevista realizada por Teresa Zapata Ruiz (2008: 177), nos señala que «La literatura de tradición oral [...], denominada también “tradicional”, de tipo tradicional, “popular”, de tipo popular o simplemente “oral”, es la que se transmite de boca en boca y de generación en generación, y cuya característica esencial es la oralidad y el uso de una lengua versátil, que se transforma continuamente, dando lugar a infinitas variantes en todos los géneros». La entrevistada indica, asimismo, que esta literatura fue considerada durante mucho tiempo como propia de la gente poco cultivada y sería Rafael Lapesa quien llegaría a considerarla como auténtica literatura (178).

³⁸ No debe confundirse lo propio de la tradición oral con lo que se ha llamado popular o lo que se ha popularizado. Juan Gomis (en Bolufer, 2014: 15) nos señala que la última fue ampliamente consumida por lectores de muy distinta condición y sus fórmulas adoptadas, incluso, como forma de afirmación distintiva y desafiante por sectores dominantes que gustaron identificarse con las pasiones supuestamente libres de un pueblo «más imaginado que real».

se pretende vinculada con el «pueblo», como a aquella que descubrieron al buscar una «tradición eterna»³⁹ con la que sustentar su presente. Lo que realmente nos interesaría, como bien nos señalan Cerrillo y Sánchez (2010), es que esta literatura para finales del XIX y principios del XX suponía «el síntoma más expresivo de la nacionalidad española» (11), creyendo que el pueblo como sujeto colectivo representaba al verdadero «poeta nacional» (12). Esta mentalidad llevó, por supuesto, como nos señala Antonio Cid (2005), a que la tradición literaria popular se mixtificara, creando una tradición apócrifa que sirviera a la causa nacional (52).

3.2. El exilio y la construcción de identidades

Si tratamos de acercarnos al estudio del denominado como exilio republicano, motivado por el final de la Guerra Civil española en 1939, encontramos que resulta un campo trabajado por multitud de investigadores y desde múltiples disciplinas. Ahora bien, lo anterior no significa que, por ser una época conflictiva y problemática de nuestra historia, todavía no falte mucho dentro de ella por estudiar. Al respecto, se ha dicho, por ejemplo, que se han tenido más en cuenta a aquellos exiliados que pudieron regresar e insertarse en la sociedad española tras el franquismo (Andújar, 1991: 34); o que se han destacado en mayor medida a las grandes figuras o intelectuales (Naharro, en Abad: 2008: 13)⁴⁰. Todo esto en gran parte es cierto. Su estudio suele carecer de puntos de vista comparativos⁴¹, además de perspectivas transnacionales⁴². Tener en cuenta lo anterior nos conducirá a entenderlo como el fenómeno complejo, diverso y plural⁴³ que es.

Xosé Manoel Núñez Seixas, en relación con lo anterior, denuncia el tratamiento acrítico o excesivamente idealizante que ha desarrollado tradicionalmente la historiografía española (2020: 16). Según este autor, se ha acudido en muchas ocasiones al exilio en busca de unas

³⁹ Véase apartado 3.2 y 3.4.

⁴⁰ Vicenç Naharro en el prólogo de *Las huellas del exilio* (en Abad, 2008: 14-16) señala que la ausencia de todas estas personas de gran valía supuso una de las mayores causas de la mediocridad intelectual, científica y cultural para la dictadura. Añade que no debería ser aceptable el olvido al que se ven abocados muchos, por salvar a los grandes personajes.

⁴¹ Edward Said (2005:17) señala a este respecto que las culturas están siempre construidas por discursos mixtos y heterogéneos y, por ende, suponen un fenómeno comparativo. Por ello, sería pertinente aplicar esto al estudio de la cultura del exilio español.

⁴² Mari Paz Balibrea (2017: 16) señala que la capacidad de superar el desconocimiento o la invisibilidad del exilio depende en buena medida de las estructuras historiográficas y conceptuales en las cuales sus conocedores fueron capaces de insertarlos. Por ello, es necesario abordar el fenómeno exílico desde una perspectiva transnacional, ya que la historiografía española atiende poco al modo en que influyeron o fueron influidos fuera de ella y de sus lógicas.

⁴³ Jorge de Hoyos (2012: 12) señala que deberíamos hablar de «exilios», en plural, y no de exilio, ya que eso nos impide ver su heterogeneidad, así como los múltiples factores que intervienen.

esencias patrias con las que se trataba de establecer una continuidad histórica que la dictadura franquista fracturó y que la posterior transición democrática no supo reenfocar (17). En este sentido, eran vistos como los auténticos depositarios de la legitimidad democrática, republicana o nacional, privilegiándose en su estudio que mantuvieran vínculos con su sociedad de origen (18).

Por su parte, Mari Paz Balibrea (2017) destaca que el estudio del exilio ha estado marcado tradicionalmente por varias ansiedades⁴⁴, además de que su estudio está condicionado por una serie de factores a tener en cuenta. En primer lugar, indica que el exilio es intrínsecamente político en cuanto a su origen y por ello deben incorporarse a su estudio las evidencias y el impacto de lo político como factor constitutivo (18). En segundo lugar, supone un fenómeno multidisciplinar y transdisciplinar, ya que define una situación de realidad total que abarca lo personal, lo social, lo político, lo cultural, lo filosófico, artístico, tecnológico y científico (18-19). Como tercer factor, supone una anomalía historiográfica, ya que se desarrolla más allá de la nación, en la «multiplicidad de líneas de fuga construidas en tiempos y espacios ajenos a la nación de partida», sin embargo, están sometidos a su lógica, a la vez que a la del exilio. Por ello, el exilio supone una incongruencia y no un fenómeno únicamente español (20). En cuarto lugar, el exilio no admite clausura y sus narrativas nacionales no concluyen cuando regresan a España y se integran (20-21). Por último, el exilio presenta abundantes líneas de dispersión en busca de un legado. En esta línea, su compromiso es el de la recuperación y el trabajo para demostrar que pertenecen a la historia (22).

Más allá de lo anterior, según nos indica Balibrea (2017: 13), parece que una obra magna que aborde el amplio espectro que supone la diáspora republicana no ha sido planteada desde que José Luis Abellán coordinara su obra *El exilio español de 1939* en 1876 en 6 tomos. En relación con lo anterior, lo cierto es que dichos volúmenes nos sirvieron de gran ayuda a la hora de acercarnos al fenómeno, en especial el volumen 3, *Revistas, pensamiento y educación* (1976), codirigido junto con Manuel Andújar, y el volumen 4, *Cultura y literatura* (1976), codirigido con Aurora de Albornoz. El apartado «los historiadores y la historia en el exilio» de Javier Malagón dentro del volumen 5 *Arte y ciencia* (1976) también nos aportó algunas interpretaciones historiográficas muy pertinentes para nuestro estudio. En cuanto al estudio del fenómeno exílico republicano en México, Jorge de Hoyos (2010; 2011; 2012; 2016a y 2016b)

⁴⁴ En primer lugar, una ansiedad ética por dar testimonio y hacer justicia, nombrar y ubicarlos. En segundo lugar, una ansiedad disciplinaria por hacerlo encajar en categorías reconocibles y valorables. En tercer lugar, una ansiedad historiográfica por encontrar una sola narrativa capaz de incorporar a todos en la creación de sentido y susceptible de ser dotada de una conclusión (Balibrea, 2017: 14-15).

nos ha ayudado de manera brillante, ya que según he podido observar supone su principal línea de investigación. Por otro lado, para contextualizar y estudiar las revistas que proponemos, recogimos muchas de las ideas presentes en los estudios de Francisco Caudet (1992; 1997; 2003a; 2003b; y 2005), así como del trabajo realizado por James Valender y Gabriel Rojo Leyva (1999). Por otro lado, no podemos obviar el increíble esfuerzo por estudiar el legado del exilio republicano llevado a cabo por Manuel Aznar Soler (1995; 1998; 2003; entre otros) y, tiempo después, Juan Carlos Ara Torralba (2001)⁴⁵ a partir de importantes e imprescindibles congresos. En último lugar, cabe destacar el gran trabajo realizado por Editorial Renacimiento en sus libros de la Biblioteca del Exilio⁴⁶, la inabarcable cantidad de artículos y colaboraciones que conforman la homónima Biblioteca del Exilio de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, así como la inestimable labor emprendida por la revista *Migraciones y exilios* de la Asociación para el Estudio de los Exilios y Migraciones Ibéricos Contemporáneos (AEMIC) y los importantes trabajos recogidos en otras revistas como *Trébede*, *Turia* o *Rolde*.

Tras lo anterior, queda perfilar una cuestión que Francisco Caudet tiene a bien señalar en su libro *Hipótesis sobre el exilio republicano de 1939* (1997: 13-14): ¿qué entendemos realmente por cultura del exilio? Para definir el término «cultura», este autor acude a diversos autores como Pierre Milza, para quien la cultura comprende todas aquellas manifestaciones de la cultura de élite, así como de la cultura popular dentro del mismo colectivo. Apoyándose, en segundo lugar, en la teoría de un importante estudioso del medievo como Huizinga, viene a definir este concepto tan abstracto como la «condensación en figuras culturales, en motivos, temas, símbolos, formas conceptuales, ideales, estilos y sentimientos del vivir de un grupo humano» (13). Por último, a partir de las palabras de Roger Chartier, considera a la cultura como un «universo simbólico» (13). Define mejor esta última cuestión tomando la acepción de «símbolo» acuñada por el antropólogo Clifford Geertz quien lo entiende como «todo objeto, acto, acontecimiento, cualidad o relación que sirve de soporte a una representación» (14). Dicho lo anterior, Caudet concluirá con que la cultura del exilio vendrá a ser todo aquel universo simbólico que rodee a los diferentes colectivos de refugiados y que se sustentará en buena medida en representaciones, en tanto que, generalmente, tratarán de hacer presentes elementos ausentes. Esta cultura, además, nos señala, poseerá una «magnífica veta de expresión popular»,

⁴⁵ A este congreso que conmemora el sesenta aniversario del exilio le seguirán otros dos, dirigidos de nuevo por Manuel Aznar Soler, conmemorando el setenta (2009) y el ochenta aniversario (2019).

⁴⁶ Colección dirigida por Manuel Aznar dedicada monográficamente a reeditar obras de autores exiliados de la llamada edad de plata y obras de crítica sobre el exilio republicano español de 1939. Esta colección se articula a través de tres series: una serie menor, una mediana y una mayor. Pueden consultarse sus títulos en la siguiente página web: <https://www.editorialrenacimiento.com/40-biblioteca-del-exilio>

ayudará a acentuar el sentimiento de comunidad y tendrá mucho de autodidacta, aunque beberá de muchas de las fuentes de la tradición burguesa liberal del siglo XIX (15-16).

Por último, puede ser oportuno recuperar para nuestro trabajo algunas de las ideas expuestas por Edward Said en su libro *Reflexiones sobre el exilio: ensayos literarios y culturales* (2005) en relación con la construcción de las identidades en el exilio. En él Said señala que el principio desde el que surge la construcción de la identidad en el exilio es el extrañamiento. Sobre ello nos dice que se relaciona con la condición de permanecer siempre escéptico y en guardia, así como con la construcción mental de lo ausente. De este modo, el motor del exiliado, que lo conduce a resistir y protegerse de la desintegración, resulta de un conjunto de valores asociados con lo perdido (40). Además de lo anterior, la conciencia del exiliado deberá estar siempre alerta y dispuesta a resistir los embates y las encrucijadas que la historia y la vida diaria pueda traer consigo. En este sentido, este autor entiende como consustancial al exilio una «conciencia contrapuntística» (194). Por todo lo dicho entiende a las identidades exílicas como asediadas (22) y sobre ello podremos añadir, además, que resultarán ectópicas⁴⁷ y conectarán, en muchos casos, con un exacerbado nacionalismo (Sabio, 2020: 146). Said explica, como veremos, que la presencia del nacionalismo se encontraba muy relacionada con un proceso de afirmación y de búsqueda de pertenencia (2005: 179). En este sentido, al igual que ocurre con los pueblos colonizados, lo que se crea en el exilio supone un discurso de resistencia nacional (29).

3.3. Lo popular en las revistas de la diáspora republicana

En cuanto al estudio de la literatura popular y de las representaciones de lo popular en las revistas que aquí nos interesan, lo cierto es que no han podido encontrarse apenas investigaciones relacionadas. Ahora bien, existen otras revistas que sí parecen haber llamado la atención de los investigadores. Estos estudios pueden servirnos de gran ayuda para nuestro objetivo y pueden ayudarnos a entender una mentalidad que seguramente compartían buena parte de los intelectuales exiliados en América.

En primer lugar, el artículo «De *Hora de España* a *Romance*» de Rosa María Grillo (1990) puede suponer un punto de partida. En él la autora nos indica que el «pueblo, en cuanto depositario de la sabiduría popular y producto él mismo de cultura, representa el complemento de la intelectualidad republicana; el guía para recobrar la perdida integración entre hombre y artista» (186). Es por esto por lo que desde la revista *Hora de España* (1937-39), creada durante

⁴⁷ En tanto que construidas fuera del “útero” o del lugar de origen (Núñez Seixas, 2020: 10).

la contienda civil, hasta *Romance* (1940-41), el pueblo, su literatura y el arte que -entendían- de él emanaba suponía un punto clave para la renovación temática e, incluso, estética que estaban emprendiendo diferentes artistas y literatos. Sin embargo, la guerra iba a quebrar el «sueño de ósmosis» entre los intelectuales y el pueblo y desde la distancia debían recuperar una tradición que había renacido tiempo atrás desde una matriz romántica que ensalzaba sobre todo al «pueblo-poeta» y a la poesía anónima y popular (189). Todo esto explica que en el exilio nazca la revista *Romance* tomando como nombre una estructura poética que se había convertido tiempo atrás en pieza clave de la identidad nacional⁴⁸ y ahora se convertía en símbolo de unión y de independencia para España y los países americanos⁴⁹.

En segundo lugar y en una línea similar, quien puede servirnos de gran soporte para nuestro trabajo es Tereza Férriz Roure con su libro *Romance: una revista del exilio* (2003). En esta monografía la autora analiza el modo en que los colaboradores de la revista revisitan un acervo común, una tradición compartida desde la que reivindican modelos y referencias imprescindibles (7). En cuanto a lo popular, nos dice que su presencia en esta publicación se debe a que gran parte del exilio heredó la invención temática del pueblo por parte de los intelectuales de la Edad de Plata, así como el discurso institucionista de la Institución Libre de Enseñanza (127). También explica que la guerra acercó al intelectual al pueblo, quien trató de incorporar la cultura popular a la dominante como una estrategia para redefinir su propia labor y adquirir un nuevo sentido (128). Ya en el exilio, la autora insiste en algo que esboza Rosa María Grillo, lo popular podía servirle a la comunidad refugiada como punto de encuentro con las propuestas políticas y artísticas de Hispanoamérica (130). En conclusión, en *Romance* detecta la creación de una historia literaria confeccionada desde lo popular con la que tratarán de conferir unas raíces españolas de carácter popular a las identidades que construyan (188).

Por último, en otro estudio de Teresa Férriz, «Relectura de la tradición literaria española desde el exilio» (1994), la autora nos señala que en *Romance* y en *España peregrina* (1940-41)

⁴⁸ Véase el apartado 4.3.

⁴⁹ Rosa María Grillo señala que el romance suponía una estructura poética que «renace cada vez que un pueblo lucha por su independencia» (1990: 188). Lo anterior puede estar sustentando en lo que Andrés Soria Olmedo (2008: 99) explica al respecto de este género popular durante la guerra civil española. Este autor nos indica que el romance, por su carácter narrativo, resurge con fuerza cuando la sociedad vive acontecimientos violentos que precisan de una construcción épica del presente. De este modo, fue muy común durante la independencia de los países americanos, así como durante la Guerra de Independencia española. Asimismo, a lo largo de los primeros años del siglo XX se difundieron en América diferentes antologías poéticas españolas pretendiendo dar respuesta al reaccionarismo premoderno. Esto es lo que Soria Olmedo llama «Poesía popular en pie de guerra». Durante la Guerra Civil española esta tradición rebrotó con fuerza dentro del bando republicano al servicio de la propaganda teniendo en cuenta su sencillez expresiva y a la parquedad del género. El poema, pasado por este molde popular, unas veces anónimo y otras veces siendo conocido su autor, resultaba un «arma de combate».

se da una relectura de la tradición literaria a la par que una mitificación del país perdido. Los colaboradores de estas revistas identifican lo popular con lo revolucionario y entienden al folclore como la representación más fiel de la cultura. Desde esta perspectiva emprenden un empeño de continuidad, de mantenimiento de la identidad cultural precedente, así como una búsqueda de pautas estéticas en la tradición a partir de una relectura ideologizada (134). Insiste también aquí en que el punto de partida se encuentra en la mentalidad existente en la anterior Edad de Plata, pues sus representantes creían en la cultura como un factor decisivo para la transformación social y conferían a la tradición y la historia literaria una vital importancia para dotar de sentido al pasado y, sobre todo, al presente (136). En último lugar, destaca la importancia del romancero y la intención de desenterrar, recordar, adscribirse y construir una «verdadera tradición literaria» que sea heterogénea, plural, popular y nacional que los libere de aquel «pasado de pesadilla» del que hablaba María Zambrano (1977: 97) y les permita recuperar «un pasado que, en definitiva, se vertía en un presente activo y creador» (143) con el que resistir la experiencia del exilio. En cuanto a nuestras revistas, Valender y Rojo (1999: 34) señalan que *Las Españas* sigue la estela de *España peregrina*. Estos autores nos señalan que, al igual que esta última, pretenderá contribuir a la continuidad de la cultura nacional, a la difusión cultural y a la discusión política desde una concepción plural de la nación.

4. LA CONSTRUCCIÓN DE LA NACIÓN ESPAÑOLA Y LA CULTURA POPULAR

«Porque temo dejar de ser / Si me olvido de lo mío»
José Moreno Villa (en Férriz, 1992: 133)

La construcción de identidades en el exilio tiene mucho que ver con el llamado proceso de nacionalización desarrollado a lo largo del siglo XIX en España y en toda Europa en base a una ideología relacionada con el nacionalismo y con la construcción de lo que llamaron «nación». Dentro de este proceso, la identidad pensada desde el exilio bien podría suponer una etapa, ya que comparte muchos momentos o, mejor dicho, regresa a los grandes temas sobre los que décadas antes se había reflexionado⁵⁰. Lo interesante de todo esto es que mientras duró el exilio republicano español estos temas se reactualizaron pretendiendo fundar y constituir un proceso de identificación inevitablemente en contacto con diferentes realidades y colectivos⁵¹.

Lo que en adelante analizaremos trata de comprender cómo la llamada cultura popular y, específicamente, la literatura popular entraba en juego y suponía un ingrediente esencial para

⁵⁰ Regresan, entre otras cuestiones, al problema de España relacionado con su supuesto atraso frente al avance de la modernidad, a la leyenda negra, a su decadencia tras el Desastre de 1898, o a la reflexión en torno a Castilla como región irradiadora del sentido nacional.

⁵¹ Véase el apartado 5 y, en concreto, el 5.2.

configurar la identidad nacional previa al exilio. La cultura, los relatos, las historias, el arte y la forma de vida de lo que se consideró «pueblo» o «aldea nacional»⁵² supuso, en buena medida, la base desde la que reflexionar sobre lo propio y lo foráneo. Por ello, pensamos que de igual manera en el exilio debió volverse a esta literatura y debió formar parte importante de los procesos de identificación que los refugiados pudieron configurar en México. Es conveniente, por tanto, repasar el proceso de construcción nacional desarrollado a lo largo del siglo XIX y durante las primeras décadas del siglo XX, ya que, como veremos, dentro de las páginas de las revistas que queremos analizar se regresará continuamente a muchos de los componentes, temas y personajes que ayudaron a construir el pasado nacional. Dentro de la construcción de identidades en el exilio, buena parte del esfuerzo se dirigirá a revisar la tradición nacional precedente.

4.1. Enseñar o contar la nación

Tomás Pérez Vejo insiste en que la nación es un relato en el que la literatura, la historia, el folclore y el arte tuvieron un papel importante (2015: 13). Inman Fox, por su parte, señala que entre las contribuciones más decisivas a la definición de una cultura nacional al servicio de la vida política liberal en España se encuentran: el pensamiento histórico krausista; los textos regeneracionistas de Joaquín Costa, Rafael Altamira y otros; las ideas de Unamuno sobre la intrahistoria, el quijotismo y el sentimiento trágico de la vida; la interpretación azoriniana de la literatura, la sociedad y la geografía españolas; los estudios sobre la épica de Menéndez Pidal y la escuela de filología; la «manera española (o castellana) de ver las cosas» de Ortega y Gasset sobre el arte y la literatura; la poesía de Antonio Machado, sobre todo en *Campos de Castilla*; la publicación de los «Clásicos Castellanos»; la recuperación del arte de el Greco y Velázquez; y la obra del Centro de Estudios Históricos (1998: 13)

En el marco de la construcción de un presente nacional que hundiera sus raíces en el pasado y en la búsqueda de unos orígenes para el pueblo español, Álvarez Junco señala que a esta tarea había de ayudar con gran entusiasmo la historia⁵³, ya que el nacionalismo europeo del siglo XIX y principios del XX coincidía con la profesionalización de esta disciplina (Junco,

⁵² Se utiliza el término «aldea nacional» haciendo referencia a lo que Luis Díaz Viana (1999: 8) señala al respecto de las mentalidades románticas y los primeros folcloristas a lo largo del siglo XIX. Consideraban que «los principales portadores del acervo tradicional eran los moradores de pueblos y aldeas y allí podía hallarse la buscada autenticidad.

⁵³ Por su parte, en relación con la «invención de la tradición» de Hobsbaw (2012), Romero Tobar señala que la tradición se inventa a partir de sus usos históricos (2008: 13). Por su parte, Viana y Fernández (1997: 13) opinan algo similar, ya que indican que la historia supuso la base para la invención o construcción de la nación.

2017: 12). De este modo, los discursos historiográficos⁵⁴ de este periodo iban a estar muy influidos por el esquema mental de un patriotismo primario. En consonancia, gran parte de los relatos históricos que se construyeron pueden entenderse al servicio de la configuración de una identidad colectiva, la cual buscaba, en última instancia, generar relaciones de pertenencia con el conjunto o con diversas partes del territorio español. La historiografía liberal fortaleció, por tanto, el discurso nacionalizador y llegó a entenderse a la disciplina histórica como historia nacional, la cual trataba de generar en la población una memoria popular (Díaz Viana y Fernández, 1997: 14).

En relación con lo anterior, la manera de entender la historia en España estará muy marcada por la idea de «historia interna» promovida por Giner de los Ríos. Giner diferenciaba entre historia externa e historia interna, considerando como verdadera la segunda. Esta estaba relacionada con la evolución interna de la población, en contacto íntimo con el pasado, así como con los discursos que la expresaban: el literario, el filológico y el artístico. Según palabras de Giner, «el camino al interior de la fantasía de los pueblos es el trazado por sus creaciones artísticas» (en Fox, 1998: 51). Estas creaciones nos conducirán al denominado como genio nacional. Por ello, además de analizar y valorar la obra literaria, la crítica debía desentrañar y glosar la íntima realidad histórica que en ella se manifiesta (50). Por el lado contrario, la historia externa era la causante de la desviación del pueblo de su destino y genuino desarrollo humano. Venía a ser el resultado histórico a causa de las fuerzas rectoras y no la potencialidad o lo que pudo ser España. Por ende, será la historia interna la que Giner reivindique y en ella se buscarán los valores y las manifestaciones espirituales del pueblo hispánico⁵⁵ (52).

Por otra parte, la literatura fue un campo también imprescindible para construir el espíritu nacional. Desde ella se reflexionó de igual modo sobre los orígenes hispanos, tratando a la vez de encontrar soluciones a los problemas nacionales (Fox, 1998: 14). La importancia de la literatura a lo largo del siglo XIX se hace patente en espacios como el Ateneo de Madrid y la

⁵⁴ Uno de los historiadores más influyentes, y que Inman Fox (1998:36) señala como elemento imprescindible para la construcción de la nación española, fue Rafael Altamira. Este personaje será muy recordado y contará con presencia en muchas páginas de *Las Españas*.

⁵⁵ El gusto de Giner por el folclore era extremado. Abad Nebot (1980: 29) nos señala que su gusto por lo popular estaba relacionado con la contemplación de las raíces hispanas. En su afición por el folclore latían vibraciones del pensar romántico donde, por ejemplo, en el bordado manufacturado por una mano aldeana él encontraba resonancias de temas milenarios, sin tiempo y sin patria, como eco profundo en los que se albergaba el *Volksgeist* español.

Institución libre de Enseñanza⁵⁶ y gracias a esto consigue institucionalizarse⁵⁷ y convertirse en un factor esencial para la formación de mentalidades y para la creación de una conciencia nacional (28).

En España, la interpretación literaria de Azorín influirá mucho en el modo de ver y entender la literatura. Para este autor la literatura refleja el «espíritu nacional», así como el carácter y las particularidades de un pueblo a lo largo del tiempo (en Fox, 1998: 135). Para él en las obras literarias podemos aprender el modo de vivir de los españoles, así como hallar una conciencia del propio ser con el que plantear una continuidad nacional. Para ello, se debe entresacar de la literatura la subcorriente tradicional que sirve para orientar la reacción contemporánea a la situación histórica del momento (136). Debe buscarse lo que trascienda el momento histórico. Al mismo tiempo, debe aceptarse cierta evolución de la sensibilidad que hará que cada generación entienda ese espíritu de cierta manera, pero siempre en sintonía con el genio nacional (137).

En relación con esta cuestión, Romero Tobar nos señala que la nueva «literatura nacional» fue una pieza clave para la revalorización de la lengua y para la creación de numerosos mitos fundacionales a partir de obras que se ponían en diálogo y contacto con el presente⁵⁸ (2008: 10). Este despertar del interés literario seguía las ideas planteadas tiempo atrás por Herder⁵⁹. Según este autor, la literatura suponía una de las manifestaciones más peculiares del espíritu del pueblo o genio nacional, del *Volksgeist* del que hablaban gran parte de los románticos alemanes (en Saldaña, 2008: 107).

Por otro lado, si acudimos a los planeamientos de Gabriel Núñez, a mediados del siglo XIX, la burguesía europea intenta teorizar y propagar la noción de «conciencia nacional» y para ello recupera abundantes materiales propios de la tradición. Buscaban conocer mejor el pasado, propiciar la reflexión sobre el presente y preparar el porvenir de los españoles y el de España como nación (Núñez, 2010: 12). En este contexto, el director general de instrucción pública, Gil de Zárate, desplaza a la Retórica e implanta la Historia de la literatura como asignatura obligatoria para la enseñanza. Entre sus principales objetivos estarán los de transmitir a los

⁵⁶ A partir de ahora se utilizará la abreviatura ILE.

⁵⁷ Gabriel Núñez (2010: 14) señala que la historia literaria se convirtió en asignatura obligatoria dentro del contexto de la ILE con la intención de transmitir a los jóvenes la idea de nación. En este sentido, el folclore y el krausismo se entrelazarían, recayendo sobre la literatura popular un peso considerable en esta tarea.

⁵⁸ Romero Tobar (2008: 476) indica que las historias literarias surgidas con el romanticismo conllevan un problema relacionado con la selección de aquellas obras, así como de géneros, que mejor representaban el carácter nacional, dejando de lado en el camino otros muchos autores y títulos.

⁵⁹ Pueden revisarse gran parte de las ideas de Herder en el apartado 2.3 y 4.3.

jóvenes la idea de nación, así como rehabilitar el reinado de los Reyes Católicos como origen de la nacionalidad española vinculada a Covadonga, a la expulsión de los árabes y a la unificación de Castilla y Aragón (13).

Llegados a este punto, debemos mencionar la importancia del krausismo y de la ILE. Fue Julián Sanz del Río⁶⁰ quien trajo la influencia del filósofo Krause a España, el cual se convirtió en el principal animador de la vida cultural del país hasta bien entrado el siglo XX. Desde esta filosofía, se buscaba una transformación íntima, personal, del hombre español gracias a una reforma pedagógica y moral del individuo y de la sociedad, además de una reforma política y social de la España liberal (Fox, 1998: 31). En torno a estas ideas, en 1868, cristalizaría alrededor del Ateneo de Madrid una crítica a la España oficial y una preocupación por la regeneración del país dentro de un contexto nacionalista. De la mano de Francisco Giner de los Ríos, junto con Gumersindo de Azcárate, la nación tomó cuerpo alrededor de la ILE⁶¹ (32). Esta institución se caracterizará por mostrar un espíritu y constitución liberales, además de ideales reformistas con los que encauzar la modernización del país. Tras ella, un marcado espíritu patriótico buscará la formación de minorías activas que puedan actuar como núcleos expansivos de un concepto renovador de España (33). Al respecto, Fox apunta que esta institución presentará un afán de colonización de España, lo cual queda demostrado tras sus tentativas de salir a conocer la realidad del país con sus excursiones⁶². En definitiva, la ILE será imprescindible para la invención de la cultura castellano-céntrica, el desarrollo de la historia, el conocimiento de las costumbres y la creación, así como del fortalecimiento y de la difusión de una cultura nacional (34).

4.2. La cultura popular y el nacimiento del folclore

Uno de los cambios más decisivos para la sociedad del siglo XIX fue que la soberanía nacional recayó por vez primera sobre todos los ciudadanos de la nación y, por ende, el relato nacional debía llegar y dirigirse al conjunto de la sociedad. A partir de esta idea, las clases más bajas del país, relacionadas con lo que se entendió como «pueblo», comenzaron a cobrar relevancia en un fenómeno que Peter Burke denominó como «descubrimiento del pueblo»⁶³ (Burke, 2009:

⁶⁰ Abad Nebot (1980: 31) señala que Krause, así como Julián Sanz del Río, hablaron de los caracteres artísticos opuestos entre los pueblos. Cada pueblo debía buscar su carácter propio acudiendo a la individualidad de su fondo local, ya que había subsistido allí su esencia por debajo de los influjos extranjeros.

⁶¹ Fundada en 1876.

⁶² Para ahondar en este tema Rubén Corchete (2022) profundiza sobre la práctica del viaje en la ILE en relación con la nación como comunidad política imaginada.

⁶³ Con esta idea Peter Burke (2009: 39) hace referencia a la actitud cultural mostrada por las élites del siglo XIX durante la cual se da una exaltación de lo popular y de la poesía de este tipo. Por su parte, Díaz Viana (en Díaz Viana y Fernández, 1997: 21) añade que dentro de este fenómeno existen tres épocas: una de exaltación

40). A partir de esta idea, la ecuación que iba a regir la ideología nacionalista era la de Estado-nación-pueblo (Fox, 1998: 19), la cual no debe llevarnos a pensar que realmente se convirtieran en protagonistas políticos individuos tales como campesinos, molineros o ganaderos. No obstante, se convirtieron en elementos o ingredientes importantes para la construcción de la identidad colectiva nacional⁶⁴.

Andreu Miralles nos señala que a partir de 1830 se hace patente un claro proyecto de reforma y moralización de las clases populares emprendido por las diferentes culturas políticas, cada una de las cuales vendría a disputarse la tutela y representación del «pueblo» (2016: 311). Según este autor, las culturas políticas trataron de identificarse con las clases populares, dado que intentaban movilizarlas a su favor dentro de un contexto de enorme agitación política y social correspondiente con el de la última revolución liberal (313). Así pues, las nuevas élites liberales tratarían de presentarse como los valedores de las figuras populares (313). Desde esta tendencia, el interés por los temas y los motivos que se consideraron populares creció hasta resultar totalmente imbricado con la causa nacional.

Si atendemos al nacimiento del folclore dentro de este contexto, Arnold Van Gennep apuntaba en 1910 en su libro *La Formación de las leyendas*⁶⁵ que el desarrollo tan rápido del folclore a lo largo del siglo XIX no se debió únicamente al interés de sabios y de curiosos. Se debió, más bien, a un fenómeno a la vez político y sentimental relacionado con que «el principio de las nacionalidades debía fundarse para su teoría, de modo imprescindible, en el conocimiento exacto de lo verdaderamente nacional» (1982: 26). Gabriel Núñez nos explica lo anterior señalando que hacia 1876 los folcloristas volvieron la mirada hacia la historia, pero tratando de recuperar la voz de los humildes y de los olvidados, ya que entendían que la historia había sido parcial e injusta (Núñez, 2010: 14). Desde esta intención reivindicaron la literatura propia de las clases populares, pasando a formar parte de los programas y contenidos de la enseñanza del momento y llegando a reconocerse como el síntoma más expresivo de la nacionalidad española. De este modo, en las décadas de los sesenta, setenta y ochenta del siglo XIX la literatura de tradición oral pasó a formar parte de los programas educativos (17). La necesidad de

protagonizada por Herder y los hermanos Grimm; otra de reacción positivista y racionalización del fenómeno hacia el cambio de siglo; y la última que se pretende de síntesis donde habrían de retomarse ciertas tesis iniciales del movimiento romántico durante las primeras décadas del siglo XX

⁶⁴ A este respecto, Miralles (2016: 24) nos indica que, al contrario de lo que planteaban las primeras teorías que estudiaban el fenómeno nacional, los receptores no actuaron como sujetos pasivos. El relato debía ser creíble y, por tanto, relacionarse con un etnosimbolismo que les fuera reconocible y que apodaron, a partir de entonces, como nacional.

⁶⁵ Utilizamos la edición de 1982.

nacionalizar a las masas traía consigo la necesidad de primar aquella literatura que el pueblo pudiera entender y de la que pudiera gustar. Con esto queda claro que el proceso de construcción de la historia literaria resulta paralelo y ha estado íntimamente ligado al proceso de construcción de la historia nacional.

Por su parte, Luis Díaz Viana⁶⁶ señala que fue en el siglo XIX cuando se inventó el folclore⁶⁷, entendido como ciencia encargada del estudio de lo popular⁶⁸ (1998: 13). Desde esta disciplina, la cultura popular⁶⁹ supuso una parte de la cultura que se revisó en profundidad en busca de unas esencias que se iban a concebir como germen de la nación. Este acudir a lo que entendían como pueblo⁷⁰, supuso descubrir al otro que estaba aquí, dentro de las propias fronteras, en busca de una conexión con la antigüedad, ya que en ese pueblo encontrado se creía que pervivía el genio o la esencia de los pueblos en el tiempo (191). Todo este fenómeno partía de la convicción de que en sus manifestaciones culturales y artísticas existía un espíritu colectivo, un *Volk*, que se expresaba en sus tradiciones, una tradición eterna (1999: 16). De este modo, el folclore nacía como aliado del nacionalismo y ayudaría a construir un modelo ideal de base tradicional-rural que otorgaría una nueva funcionalidad a viejas tradiciones entrando a formar parte del proceso de reconstrucción nacional o regional (18). Así pues, según concluye este autor, en España, esta lectura recayó de muy especial forma en la literatura popular⁷¹ (1998: 192). En la época se dirigirían, por tanto, a lo popular, no por popular, sino por la creencia de representar lo auténticamente propio (1999: 16).

4.3. De literatura del pueblo a tesoro nacional

⁶⁶ Muy cercano a las ideas de Miralles, Viana (1999: 18) señala que en esta defensa de lo propio existe una búsqueda de seguridad por parte de unas élites que se sintieron agredidas a lo largo del siglo. La invención de lo popular como parte fundamental de la invención y construcción de la nación supondría, en resumidas cuentas, un medio para medrar.

⁶⁷ Proviene del inglés *folk-lore* y hace referencia al conjunto de saberes, hechos y disciplinas relacionadas con la literatura oral, el patrimonio etnográfico y la antropología de cualquier comunidad (Pedrosa, 2017: 17). Parece que el término pudo haberse acuñado en 1846 en Inglaterra, país donde surgiría en 1878 la Folklore Society (Díaz Viana, 1998: 10).

⁶⁸ Díaz Viana (1998: 16) señala que el folclore nació irremediablemente ligado a la historia como suerte de disciplina auxiliar.

⁶⁹ Los folcloristas han solidado tomar el modelo cultural de Rafael Redfield a dos niveles (en Burke, 2009: 62-69)

⁷⁰ Consideraron como «pueblo» a aquellos moradores de pueblos y aldeas, habitando un espacio no protagonista del desarrollo y la modernidad, la ciudad, resultaban los portadores, los auténticos «guardianes de la tradición», de un acervo tradicional al que había que acudir para construir la identidad nacional (Díaz Viana, 1999: 8). Díaz Viana nos señala que, al tiempo que se descubre o se inventa lo popular, se descubre lo exótico gracias a un ejercicio que acaba configurando lo que entenderían por pueblo en base a las siguientes «marcas»: lo popular será rural, anónimo, oral, su arte se transmitirá en versiones, tendrá una antigüedad indeterminada, y se considera como lo autóctono o vernáculo (12).

⁷¹ El interés por el cancionero tradicional o el romancero vino muy condicionado por los pedagogos de la ILE que desde sus orígenes krausistas defendían la categoría de lo bello-útil y el aprecio por las artes aplicadas y populares. Valoraban de especial manera la perpetuidad evolutiva que entendían que poseía el arte popular (Soria, 2007: 68).

Si acudimos a las palabras planteadas por Díaz Viana, encontraremos que los conceptos «cultura tradicional» y «literatura tradicional» están íntimamente relacionados con la «invención de la tradición» planteada por Eric Hobsbawm. Según este autor:

El elemento de invención se hace particularmente claro desde el momento en que la historia que llega a ser parte de la base del conocimiento o ideología de la nación, estado o movimiento no es lo que – de hecho- ha sido preservado por la memoria popular, sino lo que ha sido seleccionado, escrito, trazado, popularizado e institucionalizado por aquellos cuya función es hacerlo así. (Hobsbawm, 2012: 13-14)

Como veremos, la cuestión de la invención de la literatura tradicional o popular va a estar muy relacionada con el proceso de construcción nacional emprendido a lo largo del novecientos.

Durante el siglo XIX y principios del XX, los estudios de poesía medieval se centraron en el problemático origen de la literatura romance. Su interés se centró, sobre todo, en la épica⁷², aunque también en la lírica, ya que en la primera se creía poder encontrar gran parte de los mitos fundacionales de los estados europeos⁷³. Esta tarea fue emprendida por el tradicionalismo romántico y posromántico surgido, en primer lugar, en Alemania, posteriormente en Francia con Gastón Paris como representante, y que más tarde llegaría a España de la mano de Menéndez Pidal (Beltrán, 2009: 13).

Como se ha señalado anteriormente, las ideas de Herder supusieron una gran influencia con respecto a la valoración de la literatura popular o tradicional para el conjunto de iniciativas que buscaban construir la nación, pero, además, pueden señalarse multitud de elementos que el alemán comparte con el neotradicionalismo⁷⁴ profesado por Pidal. Herder insistió a lo largo de la primera mitad del siglo XIX en que la poesía viva de las zonas más rurales cumplía unas funciones prácticas relacionadas con un modo de vida arcaico propio de una comunidad que denominó como «orgánica» (Burke, 2009. 57). Este autor escribía con nostalgia sobre unos pueblos que denominó como salvajes y que creía que conservaban una moralidad mayor que la de los habitantes de las ciudades, espacio del progreso. Así pues, consideraba que las narraciones épico-líricas procedían del mismo alma del pueblo. Además de lo anterior, instaba a que la canción popular oral se convirtiera en un patrimonio común a toda la humanidad, ya

⁷² Menéndez Pidal hará de la épica su piedra angular en su construcción doctrinaria. Hace destacar las realidades cotidianas existentes en el *Poema del Mío Cid*, en las que según él existe una supuesta lucha entre clases, así como, tras todo ello, un espíritu democrático que caracteriza a Castilla (Abad, 1980: 34).

⁷³ Se reivindicará el carácter originario de Castilla dentro de la península a partir de los personajes de Fernán González y Ruy Díaz de Vivar como héroes (Abad, 1980: 47).

⁷⁴ José Carlos Mainer (2010: 61) nos señala que el neotradicionalismo practicado por Menéndez Pidal se ajustaba a la tradición institucionista previa, así como a la nueva estética nacional planteada las primeras décadas del siglo XX. Convergía con valores políticos del liberalismo moderado que emergió hacia 1920, pero cuyo porvenir quedó obstaculizado por la dictadura de Primo de Rivera.

que, a diferencia de la poesía culta, no era un patrimonio individual, no estaba pensada para el ojo, no estaba escindida de la música, ni era tan frívola como la poesía culta (Burke, 2009: 40).

En cierta sintonía con Herder, Pidal creía que el romancero⁷⁵ era heredero de la vieja epopeya y estaba íntimamente conectado con el devenir del pueblo español⁷⁶. Cabe destacar que lo anterior coincide con el momento del florecimiento nacional y con la reflexión en torno a la identidad de las regiones. Por tal motivo, para él Castilla y su épica suponían la encarnación de la corriente más innovadora en el campo de lo político, del derecho, de la literatura y del lenguaje. Esta innovación castellana sería el resultado de una lucha entre romanismo y germanismo que se habría llevado a cabo durante los primeros siglos de la Edad Media. Pidal se posicionaría del lado de lo germano, haciéndolo coincidir con el valor del progresismo y la innovación, mientras que la herencia latina la vería como conservadora (24). A partir de estas reflexiones, en las que participaron por supuesto más voces del momento, el ingrediente castellano acabaría suponiendo una parte central de la identidad nacional española.

Puede apuntarse, por último, que en fechas próximas al cambio de siglo Unamuno y Pidal buscaron llegar a un conocimiento científico de lo español. Para ello, hacia 1892, Unamuno se disponía a presentar ante la RAE su proyecto de demótica española *Vida del romance castellano: ensayo de biología lingüística*, mientras que Pidal presentaba su monografía titulada *Texto, gramática y vocabulario del Poema del Mío Cid*, el cual fue premiado en 1895 por la mencionada institución. Con este trabajo Pidal consiguió ilustrar el origen y la peculiaridad de la nacionalidad emergente, basada en una tradición épica primitiva y castellana (Mainer, 2010: 60).

4.4. El duro fin de siglo y la conflictiva modernidad

Hacia finales del siglo XIX se producen una serie de cambios que influirán considerablemente en el modo de entender lo nacional. Esto se debe a que gran parte de los intelectuales se verán influidos y tratarán de dar soluciones al tema de la decadencia española surgida tras el conocido como «Desastre del 98»⁷⁷ provocado tras la derrota española contra Estados Unidos en 1898.

⁷⁵ Abad Nebot (1980: 53) señala al respecto que «como el arqueólogo reconstruye idealmente un edificio partiendo de un capitel, un pedazo de fuste y un trozo de friso, él, partiendo de los resúmenes y prosificaciones de las crónicas y de aquellos romances que se desgajaron de la epopeya, rehizo la historia de la épica castellana desde fines del siglo X».

⁷⁶ Abad Nebot (1980: 31) considera que Pidal con el estudio sobre el romancero pretendía precisar los caracteres primordiales de la literatura española, a la vez que exploraba los hábitos históricos del pueblo castellano en los de contribuir a la construcción nacional.

⁷⁷ La derrota militar del 98 instaló un pesimismo que llevó a pensar a España como un pueblo mal constituido y mal formado; «una nación desventurada, decadente, moribunda, vista incluso como muerta» según nos señalan autores como Escudero y Castán (2015: 16). Con este «hambre de nación» los esfuerzos regeneracionistas

Una decadencia que recordaba que su país había sido grande en otra época, pero estaba viéndose arruinado, bien sea por fuerzas extranjeras, o bien por propias tentativas internas⁷⁸. La derrota bélica genera en España un profundo impacto que llevará a que las personalidades formadas alrededor de la ILE y del Ateneo de Madrid se dividan en dos movimientos opuestos: uno de hondo corte pesimista y otro con tintes optimistas que dará luz y formará parte del llamado regeneracionismo⁷⁹ (Fox, 1998: 64). Esta nueva clase de intelectuales⁸⁰ asumirá la importancia de la ciencia y del positivismo para llegar a una verdadera transformación liberal y burguesa de la sociedad (55). No obstante, las pugnas dentro de este contexto, iban a desencadenar la construcción de identificaciones enfrentadas (56).

La intelectualidad española del momento propone ideas para la regeneración nacional, a menudo interpretando las condiciones del problema dentro del contexto del pasado del país. Según señala Inman Fox, acuden a:

la promesa de la Edad Media española progresista, la creación del Estado-nación de los Reyes Católicos y la política arruinadora del reinado autocrático e intolerante de los Habsburgo; una Castilla y un castellano míticos; la resucitación del Cid y del político ideal de Gracián como modelos para el liderazgo. (1998: 58).

La denominada como “Generación del 98” buscará indagar en la psicología colectiva del pueblo español a partir de las manifestaciones artísticas y culturales del pasado para encontrar los grandes defectos de España junto con la espiritualidad noble y quijotesca que terminarán proponiendo para el conjunto de la nación española (61). Las diferentes voces del momento encuentran en la literatura la base para sus ideas políticas (60). A este respecto, destacarán, sobre todo, los romances, donde desenterrran a un Cid democrata, enemigo del absolutismo y

buscarían nacionalizar al conjunto de la sociedad (18). Puede comentarse también que lo anterior se perfila en *La España invertebrada* de Ortega y Gasset (1921).

⁷⁸ Al respecto, Henry Kamen (2020: 400) señala que el mito de la decadencia española fue inventado desde París, aunque lo cierto es que ese pesar existencial es común a toda la Europa del momento teniendo en cuenta la conocida como «crisis del espíritu y las letras».

⁷⁹ Regeneracionismo venía a representar una «conciencia del atraso económico, social, político y cultural de la nación» según palabras de Escudero y Castán (2015: 15).

⁸⁰ Las plumas de la llamada generación del 98 escribían preocupadas por el problema de España, el cual tenía que ver con la poca preparación de los científicos, la alta tasa de analfabetismo, la existencia de un presupuesto militar diez veces superior al de la educación, además de una gran colonización por parte de capital extranjero (Fox, 1998: 59). A causa del denominado como «Desastre del 98», iba a surgir el movimiento regeneracionista que ocuparía el primer plano en política y trataría de ofrecer a la nación un programa de soluciones a partir de un lenguaje pragmático y científico. Autores como Costa o Altamira, entre otros, tratarían de ofrecer soluciones económicas y educativas a una serie de problemáticas que entendían como nacionales (60).

respetuoso de la justicia⁸¹. La epopeya del Cid supondrá el relato idealizado de la vida de un pueblo en la que toda la sociedad se encontraba en concordia y armonía⁸² (60).

Por otro lado, en la última década del siglo XIX y durante las primeras del siglo XX surge el denominado como «despertar de las regiones» caracterizado por un interés por la cultura popular y las zonas rurales (Storm, 2019: 12). Entre otras disciplinas y aspectos de la sociedad, la progresiva regionalización de la literatura posromántica coincide, según José Carlos Mainer, con el momento de creación de oligarquías regionales y con el proceso de modernización de la nación. Los protagonistas de este movimiento, muy al contrario de lo que podría pensarse, forman parte de la burguesía (Mainer, 1982: 14). Eric Storm anota que el regionalismo⁸³ fue un fenómeno transnacional que trato de dotar de nueva operatividad a la identidad nacional construida anteriormente (22). El nuevo nacionalismo de masas que se creaba hacia el cambio de siglo buscaba generar unas identidades reconocibles por los estratos sociales más bajos, tratando que, de este modo, pudieran identificarse y sumarse a la nación (303).

Así pues, el regionalismo de fin de siglo inventaría una cultura popular regionalista en la cual volvería a buscarse el *Volksgeist* o genio nacional. La región debía sucumbir y sumarse a la modernización, quedando en el proceso su repertorio de tradiciones y folclore supeditado a la construcción de la comunidad nacional⁸⁴. El regionalismo, según palabras de Ferrán Archilés supuso una nueva fase o etapa del proceso en que los ciudadanos comenzaron a percibir la realidad social a partir del ámbito local. Según este autor, «hacer región es hacer patria» (en Seixas, 2006: 146). En resumidas cuentas, el regionalismo será la vía por la cual se pretenda la regeneración nacional. Podremos ver cómo en el exilio las identidades regionales

⁸¹ Al parecer destacarán los mismos valores en autores cultos como Quevedo y Gracián (Fox, 1998: 60).

⁸² El tiempo del Cid era el de la unión orgánica de la nación (Fox, 1998: 61). La misma unión orgánica que creía encontrar Herder cuando hablaba de la poesía vida del pueblo.

⁸³ El regionalismo perteneció a una fase muy específica de la historia europea que coincidía con la transición de la sociedad del siglo XIX, liderada por notables, a una sociedad moderna de masas que tuvo lugar entre 1890 y la década de 1930. Según apalabolas de Eric Storm, el regionalismo supone un intento algo paternalista de integrar a nuevos votantes en el sistema político intensificando y extendiendo, a su vez, el proceso de construcción nacional (2019: 302). Este mismo autor lo define como un movimiento que fomentó el estudio, la construcción y el fortalecimiento de la identidad regional. El regionalismo se proyectaba desde la necesidad de nacionalizar a las masas. Con él se pretendía construir la región desde arriba muy influenciados por el método científico que desarrolló Hippolyte Taine y las ideas románticas promovidas por Herder y otros que incitaban a la búsqueda del *Volksgeist* (302).)

⁸⁴ Alon Confino advierte que no debe caerse en el error de entender las regiones como un refugio del atraso provincial, sino como áreas imbricadas dentro de la modernidad y del proceso de construcción nacional (en Seixas, 2006: 118).

también estarán presentes y formarán parte importante del proceso de negociación⁸⁵ de las identidades y los procesos de identificación fuera de la patria.

Si nos adentramos ahora en el denominado como «corto siglo XX»⁸⁶ la tarea de modernizar a España y acercarla a Europa cobró más relevancia que nunca. Al respecto, pudiéramos pensar que la preocupación por la cuestión nacional había decaído, sin embargo, tal como señalaba Ortega y Gasset hacia 1916⁸⁷, con la primera gran contienda mundial la tarea nacionalizadora seguía sustancialmente siendo la misma (en Mainer, 2010: 9). Lo específico de este siglo fue, según palabras de Mainer, el desplazamiento de la percepción historicista de lo nacional hacia una percepción predominantemente estética (8). Veremos que así será: los ingredientes nacionales rescatados o inventados en la anterior centuria se convertirán ahora en mecanismos para alcanzar la modernidad. Entre ellos, la supuesta simpleza estructural de la literatura popular llamará mucho la atención. Por otro lado, si la ILE y el krausismo fueron imprescindibles para configurar una más o menos coherente cultura nacional a finales del siglo XIX, durante las primeras décadas de la posterior centuria, el Centro de Estudios Históricos (1910), la Junta de Ampliación de Estudios (1907), así como la Escuela Española de Filología⁸⁸ resultaron instituciones decisivas para crear una cultura académica española (Abad, 1980: 52). En este sentido, formando parte importante de estas instituciones, la fuerza con la que el neotradicionalismo de Menéndez Pidal reivindicará la lírica medieval, así como la épica y el romancero, las convertirán en un auténtico caballo de batalla para la consolidación y difusión del carácter español⁸⁹, no sólo en lo concerniente con el territorio peninsular, sino también a partir de contactos y redes con América y, en específico, con México⁹⁰.

⁸⁵ Eric Storm (2019: 18) utiliza estos términos para hacer referencia a que la nacionalización no fue impuesta desde arriba, sino que se genera a partir de un proceso activo de aceptación o no de las identidades que se pretendían configurar. En dicho proceso intervienen tanto los actores estatales, como la población local.

⁸⁶ Eric Hobsbawm (en Mainer, 2010: 8) comenta que bien podría entenderse que el siglo XX comenzó en 1914 con el estallido de la Gran Guerra y terminó en 1989 con la caída del bloque comunista.

⁸⁷ En el prefacio de *El Espectador* (en Mainer, 2010: 3).

⁸⁸ Fundada en 1910 como sección dirigida por Menéndez Pidal dentro del mencionado Centro de Estudios Históricos. Gran parte de sus estudios se divulgarán y difundirán mediante su *Revista de Filología Española*, además de a partir de conferencias y exposiciones públicas.

⁸⁹ Hablamos de carácter español, pero nos referimos a castellano. Jesús Antonio Cid (2005: 58) nos señala que el romancero servirá como argumento añadido para sustentar las tesis del castellano-centrismo tan caras a la reflexión sobre España de los hombres del 98 y sus epígonos. Según este autor el mayor expositor de las perspectivas castellano-céntricas será Menéndez Pidal.

⁹⁰ Aurelio González (2003: 43) señala que los estudios de Pidal influyeron en buena medida a un México que, tras la independencia y la posterior crisis, se percibía en peligro frente a la aculturación de Estados Unidos. Teniendo en cuenta lo anterior trata de rescatar una forma de tradición de tipo hispánico. De este modo, autores como Guillermo Prieto o Altamirano escribirán romances tratando de dotar de épica popular a su país. Parece que algo parecido ocurrió en Cuba (44) e, incluso, en Santo Domingo y Colombia (45).

El «nada moderno y muy siglo XX», como a esta centuria se referiría Ortega y Gasset⁹¹, heredaba del anterior una predominante estética regionalista⁹² con la que fundará un nuevo nacionalismo de masas que anteriormente hemos comentado. A la par, tras la crisis de fin de siglo y el decadentismo que se presentó como síndrome general, surgieron variados remedios, entre los que destaca un primitivismo⁹³ que trataba de regresar a la inocencia primigenia adoptando sentimentalmente una Edad Media imaginaria (Mainer, 2010: 30). Este primitivismo animó un deseo íntimo de sinceridad y simplicidad que posteriormente podremos observar en algunos creadores del 27. Por otro lado, cabe destacarse que la historiografía ha solidado ver al siglo XX como el siglo de la modernidad, del progreso y de un desarrollo tecnológico sin parangón, atendiendo al mundo occidental, por supuesto. En este sentido, ha solidado entenderse al nacionalismo muchas veces como un freno al avance o una marca de atraso, así como en muchas ocasiones se ha considerado a la modernidad como una confrontación de la tradición. No obstante, en España van a existir visiones sobre esta cuestión muy variadas, aunque bien es cierto que en el cambio de siglo se la vio habitualmente como una nación que sufría serias dificultades para alcanzar toda su potencialidad. Por ello, en amplios sectores de la intelectualidad, así como en gran parte de la historiografía posterior, llegó a predominar una visión de España como un país antimoderno⁹⁴ en esencia. Este legado de ambigüedad, nos señala José Carlos Mainer, conformó buena parte del nuevo nacionalismo español hacia 1910 (Mainer, 2010: 10). Atendiendo a la realidad estas dos cuestiones se presentaban mucho más imbricadas y de forma paralela, conviviendo y matizándose la una a la otra en una permanente búsqueda de la autenticidad española (10).

⁹¹ De nuevo en el prefacio a *El espectador* (Mainer, 2010: 3). Puede ser una alusión a las palabras que Rubén Darío escribió en el preludio a su poemario *Cantos de vida y esperanza* (1905): «Yo soy aquel que ayer nomás decía muy siglo XVIII y muy antiguo».

⁹² Quizá convenga recordar que, según indica Eric Storm (2019: 302), el fenómeno regionalista se extiende hasta la tercera década del siglo XX. En este sentido, Storm apunta que esta predominancia auguraba un nuevo nacionalismo de masas (16). José Carlos Mainer, por su parte, coincide con Storm y observa de igual modo durante este periodo la constitución de un nuevo patriotismo (2010: 51).

⁹³ Al parecer el primitivismo supuso un presunto regreso a la inocencia con el que lo refinado se compadece poco con lo elemental. Dentro de esta idea, destaca la pintura de Rusiñol, el esperpento de Valle Inclán, el historicismo contemplativo de Azorín, el barojismo como actitud española, o el sueño populista de Antonio Machado (Mainer 2010: 30-32).

⁹⁴ José Carlos Mainer (2010: 5-6), siguiendo las palabras de Antoine Compagnon, indica que la representación de España como estado antimoderno fue forjada por el romanticismo foráneo. En esta línea, Andreu Miralles (2016) señala que la construcción de España como reverso de la Modernidad está muy relacionada con la representación del país como una nación oriental, según señala Edward Said (2022), la cual fue construida por los viajeros y por diferentes potencias y países externos a España a lo largo de los siglos anteriores al siglo XX. Millares señala que España supuso la nación oriental, bárbara, que el Romanticismo había descubierto a puertas de Europa (2016: 35). Por ello, el proceso de construcción de la nación moderna en España iba a suponer un camino hacia el progreso y la europeización en el que la preocupación por la pérdida de lo propio se presentaba como amenazado por la tiranía y por variadas potencias extranjeras (37). Este autor señala como, curiosamente, muchas de las heteroimágenes construidas desde el exterior terminarían asumiéndose como propias.

La consolidación de lo moderno que definitivamente desacreditaría al patriotismo propio de las décadas anteriores llegaría de la mano de Unamuno y su ensayo *En torno al casticismo*⁹⁵ publicado en 1902 (43). Este libro, cuya influencia sería enorme y llegaría hasta el exilio, planteaba que la única verdad nacional atendible no provenía de la historia, sino de la *intrahistoria* y de la «tradición eterna» que en ella prevalece. Al respecto, Inman Fox explica que *intrahistoria* venía a significar la historia de los pueblos, no la contada tradicionalmente alrededor de los grandes hombres. Esta concepción estaba relacionada con los productos tradicionales, los cuales se perpetuaban en las entrañas de la vida social, en el arte popular y en el lenguaje, valorando en todos ellos la característica del anonimato (Fox, 1998: 36). Según señala Mainer, esta concepción histórica es popular por naturaleza y se alejaría premeditadamente de aquella «tradición que suele buscar al pasado enterrado en libros y papeles, monumentos y piedras» (2010: 44). Desde esta idea, Unamuno repudiará el nacionalismo como aleccionamiento colectivo para considerarlo como una revelación individualizada o un diálogo con la verdad oculta de España⁹⁶ (44). De este modo, lo castizo⁹⁷, y con ello el arte popular, penetraría profundamente las artes decorativas o la arquitectura urbana⁹⁸, entre otras disciplinas (45). En este contexto, la literatura popular se entendería como huella de la inspiración colectiva a la vez que traza de la agilidad individual, aunque anónima, y ayudaría a constituir una nueva nacionalidad emergente a partir de una tradición épica primitiva y castellana (60).

⁹⁵ Publicado anteriormente como serie de artículos en las páginas de la revista *La España Moderna* (1895). Según Fusi y Lopez (2014: 47), la España que presenta Unamuno aquí es la sumida en el atraso, la esclerosis, falta de juventud y cuyas espaldas están dadas a Europa.

⁹⁶ Esta verdad yacería en su paisaje y en su cultura (Mainer 2010: 44).

⁹⁷ La necesidad a finales del siglo XIX de regenerar el país, nos señala Castán, trajo consigo un miedo a la pérdida de la identidad y de la tradición, además de una preocupación por la uniformidad, provocada en gran parte por los procesos industriales derivados del mundo moderno (2016: 25). Desde esta premisa, Miguel de Unamuno nos habla de lo castizo como lo puro. Vendría a ser el adjetivo que expresa lo íntegro, aquello sin mezcla y libre de elementos extraños (Unamuno, 2005: 15). El importante antropólogo Julio Caro Baroja, por su parte, en su libro *Temas castizos* (1980), nos señala que en esta época las élites culturales entienden la actividad popular como espontánea, genuina y primigenia (10), además de marginal, ajena a la modernización y antítesis de la que pudiera llegar a realizar el hombre civilizado. En este sentido, Baroja, verá que el término castizo esconde grandes equívocos y, más allá de algo tradicional, remoto, puro, antiguo e invariable (11), podría venir a significar lo determinativo o más significativo, dentro de un ámbito popular específico en un momento determinado (29).

Cabe destacarse, por otro lado, que el concepto de lo castizo surge muy en la línea de las ideas planteadas por Hippolyte Taine (1865). Según este autor, la tierra supone un elemento condicionador para el hombre y para su carácter. Proponía algunos términos como el de raza, medio y momento y se convertiría en uno de los más invocados por la intelectualidad española del fin de siglo (Castán, 2016: 17). Gracias a sus planteamientos buscar y encontrar el alma del paisaje llevaría a las diferentes artes plásticas a llegar al supuesto alma de las regiones. De ese modo, un importante intelectual del momento como Unamuno llegaría a decir: «es dentro y no fuera donde hemos de buscar al Hombre; en las entrañas de lo local y lo circunscrito, lo universal, y entre las entrañas de lo temporal y pasajero, lo eterno» (25).

⁹⁸ José Carlos Mainer (2010: 59) señala que a la par existió una moda basada en el gusto y en el colecciónismo de antigüedades populares.

Avanzando el siglo, la España de 1914 continuaba impactada por la pérdida colonial y marcada por una cierta soledad internacional. En este contexto, surgió una nueva generación que trató de sacar provecho a la neutralidad de la Primera Guerra Mundial⁹⁹ y buscó reformular el país para ponerlo a la altura de sí mismo y en consonancia científica, artística y social con el resto del continente (Fusi y López, 2014: 8). Los intelectuales de esta época trataron de buscar nuevas fuerzas para la renovación dado que se sentían y se querían alejados del duelo nacional del fin de siglo (13). Hicieron de la europeización de España su quicio generacional, gracias en buena medida a la Junta de Ampliación de Estudios y a las becas que otorgaba para realizar estancias en el exterior. Así pues, buscaron dar solución al problema de España a partir de la ciencia, la razón, la cultura y la investigación (18). Las voces de esta generación, capitaneadas por Ortega y Gasset, vieron a la nación liberal construida a lo largo del siglo XIX como fallida¹⁰⁰, pues creían que las élites anteriores la construyeron sin basamento social (24). No obstante, no olvidarán del todo la tradición liberal¹⁰¹. Más bien, la rescatarán definiendo un liberalismo de nuevo cuño con el que conseguir una nueva nacionalización del país que supere los particularismos (25).

Los logros de las gentes del 14 se manifestaron en todo su esplendor a partir de los años veinte¹⁰². En esta década ejercieron un papel directriz en la vida española mediante su acción y actividad científica, cultural e intelectual. Adquirieron un prestigio socioprofesional muy elevado y asumieron un compromiso público¹⁰³ basado en ideales reformistas que apoyarían, en su mayoría, el final de la monarquía y la llegada de la II República. En este contexto, los jóvenes del 14 manifiestan su intervención intelectual diferenciándose de la anterior generación del 98¹⁰⁴, y se comprometerán con la nacionalización del país buscando conocer la verdadera

⁹⁹ La neutralidad frente a la guerra europea separó en dos bandos a los españoles: por un lado, se encontraban los germanófilos, los cuales admiraban la fuerza y disciplina de Alemania, a la vez que criticaban con desdén la cultura francesa, tan decadente y superficial y el egoísmo utilitarista británico; por otro lado, los aliadófilos, quienes veían a los imperios centrales como parte de un oscurantismo autoritario frente al espíritu democrático y de libertad que se identificaba con Gran Bretaña, Francia e Italia. En resumidas cuentas, lo que nos señala Mainer (2010: 138) es que este clima de hostilidad iba a agudizar la conciencia de marginación de nuestro país.

¹⁰⁰ Fusi y López (2014: 55) comentan al respecto que toda esta generación contemplaba como fallido el proyecto nacional emergido a partir de las Cortes de Cádiz de 1812, teniendo en cuenta que siguen existiendo unos poderes del Antiguo Régimen como el viejo caciquismo que siguen vivos, resisten y deben ser desactivadas.

¹⁰¹ Sánchez Ron (1988: 14) indica que la generación del 14 «vino a salvar la continuidad misma de la tradición liberal, gravemente cuestionada en el bache de fin de siglo».

¹⁰² Momento en que la historia occidental sufre un brusco viraje a causa de la crisis económica del 29, a la emergencia del nazismo y a la eclosión de las masas en el escenario europeo (Fusi y López, 2014: 25).

¹⁰³ Mainer (2019: 43) señala que los movimientos literarios desde el Modernismo se caracterizan por la pretendida conquista de un público lector.

¹⁰⁴ Fusi y López (2014:45) señalan que se diferencian en tres cuestiones: existe en ellos, en primer lugar, una clara percepción de que la política se fragua de manera primigenia como opinión pública; en segundo lugar, se entregan al estímulo comunicativo de las nuevas masas democráticas; y reconocen, por último, la acción de la prensa acompañada por campañas de movilización pedagógicas.

realidad de España (36). En definitiva, surge, como señala Mainer, una nueva clase media intelectual¹⁰⁵ crítica, que buscará hacer eficaz la máquina Estado y suscitar, estructurar y aumentar la vida nacional (2010: 142).

Por otro lado, a lo largo del primer tercio del siglo XX iba a surgir una actitud fundamentada en buena medida en el mito y a la entronización de lo nuevo, con el consiguiente desprecio de gran parte de las realizaciones del pasado. Nos estamos refiriendo a las conocidas como vanguardias artísticas, las cuales han sido vistas habitualmente como un posicionamiento político o, más bien, estético, marcado por una clara conciencia de ruptura y de renovación. Con respecto al tema que aquí nos interesa, se ha pensado no pocas veces que las vanguardias se alejaban de las ideas nacionales¹⁰⁶ y que suponían una suerte de respuesta a tantas décadas en que lo nacional fue el eje de la vida y de la política. En esta línea, algunos autores como Eric Storm entienden esta estética de renovación como una cierta respuesta al predominante regionalismo de principios de siglo (2019: 310). En relación con lo anterior, Jordi Gracia y Domingo Ródenas indican que puede suponer un distanciamiento con el que se consigue que la tradición se desgarre del casticismo (2021: 38).

Sin embargo, entender vanguardia y tradición como dos extremos que no se tocan no se ajusta bien a la realidad. Teóricos como Jorge Schwartz han utilizado el concepto de «vanguardia enraizada»¹⁰⁷ para ciertas estéticas latinoamericanas que buscaron renovar sus formas, a la vez que no dejaban de dirigir su mirada hacia la tradición (2002: 28). De hecho, Mantilla Suárez llegará a indicar para el caso de algunos literatos ecuatorianos que esta vanguardia enraizada se relacionaba con la creación de una estética claramente nacional-popular¹⁰⁸ (2018: 17).

En España este momento de concomitancia entre vanguardia y tradición se expresa claramente en parte los autores de la llamada “Generación del 27”. Gracia y Ródenas apuntan

¹⁰⁵ Mainer (2010: 142) señala que tuvo importante conexión con esto que en 1913 se constituye la Liga de Educación Política Española a partir de la conferencia «Vieja y nueva política» dictada por Ortega y Gasset en el Teatro de la Comedia de Madrid. La liga agrupó diversos estratos generacionales en la vida intelectual e inspiró el «semanario de la vida nacional» en 1915.

¹⁰⁶ Al respecto, Francisco de Ayala dirá que «si la Generación 98 fue patéticamente nacionalista y la Generación del 14 seriamente nacionalista; la generación de la Vanguardia estaba superando ya a su manera el nacionalismo para situarse culturalmente por encima de las fronteras» (en Soria, 2008: 18).

¹⁰⁷ Puede leerse más sobre este concepto en Schwartz (2002) y Bosi (en Schwartz, 2002).

¹⁰⁸ Este autor recoge este concepto de la teoría de Antonio Gramsci (1967; 2009). Con este concepto Gramsci profundiza en la relación entre los artistas y el pueblo ante la pregunta sobre el porqué ciertas obras se quedan impregnadas en la memoria del pueblo y otras no. Lo nacional-popular propondrá un proyecto de la vida nacional que tendrá como base a las fuerzas populares, dentro del cual deberán encontrarse interrelacionados lo económico, lo político y lo cultural.

que dentro de estos jóvenes literatos la tradición podía llegar a utilizarse como fórmula de renovación estética (2021: 35). Relacionado con lo anterior, en 1919 Menéndez Pidal habló sobre la primitiva poesía lírica española¹⁰⁹, presentando así el *Volksgeist* del que ya hemos hablado. Pidal reivindicó la belleza de esta lírica basada en el olvido de artificio y lanzó con ello un guante que recogieron autores como Lorca o Alberti (48). Gracias a esto, fue creándose un modelo que permitía continuar con una tradición selectiva, desgarrada del casticismo, poniéndola al servicio de la Modernidad (Soria, 2008: 67). La atención a la poesía popular¹¹⁰ fue importante y así podremos entender la escritura de abundantes romances por parte de diversos intelectuales del momento¹¹¹. Años antes, nos señala Soria Olmedo, parece que una influencia inestimable del grupo del 27, configurada alrededor de la Residencia de Estudiantes¹¹², había hablado de la «aristocracia del arte popular»¹¹³ y de la «tradición inconsciente»¹¹⁴ soterrada bajo toda manifestación artística (63). Con todo, los del 27 interiorizaron las ideas sobre lo tradicional formuladas por Pidal¹¹⁵ y adoptaron el concepto de «perpetuidad evolutiva del arte popular» formulado tiempo atrás por la ILE¹¹⁶ (68). De este modo, podemos entender el surgimiento de la conocida como estética neopopularista de la mano de Lorca y Alberti¹¹⁷ (71).

Si atendemos brevemente a la concepción de lo popular en Lorca, la influencia de Falla resulta decisiva. Falla otorgaba una importancia capital a la evocación de la verdad, de lo auténtico, basada en un sentido anticasticista y moderno de su trato con lo popular. Defendía, entre otras cuestiones, el valor patriótico del cante jondo, así como la lírica heredada de las viejas y primitivas civilizaciones. En base a esto, reivindicará el espíritu popular andaluz (Soria,

¹⁰⁹ En el Ateneo Español de Madrid, centro que recordemos Fox señala como importante para la construcción de la nación.

¹¹⁰ Soria Olmedo (2008: 70) nos señala que Alberti se preocupó por el tema en dos conferencias. Para él no existía el arte popular, sino la tradición popular del arte, a la cual debía intentar incorporarse todo escritor intentando recrear esas muestras de arte elemental que el pueblo transmite, repitiendo el gesto de esos individuos anónimos.

¹¹¹ El antropólogo mexicano Aurelio González (2003) señala que el romance se convirtió en un género ampliamente aceptado por la comunidad que pasó a formar parte del acervo comunitario.

¹¹² Fundada en 1910.

¹¹³ Concepto acuñado por Juan Ramón Jiménez basado en la unión entre lo popular y lo aristocrático como lo aristocrático de intemperie, excluyendo lo vulgar. (en Soria, 2008: 69)

¹¹⁴ Parece que estos términos son atribuibles a Bergamín, quien los utilizaba refiriéndose a la poesía de Juan Ramón Jiménez (Soria, 2008 62)

¹¹⁵ Según este autor, «lo indígena popular está siempre como base de toda la producción literaria de un país» (en Soria, 2008: 68)

¹¹⁶ De igual modo, Juan Ramón Jiménez recordaba importancia de institucionismo para la recuperación del pasado popular (en Soria, 2009: 68).

¹¹⁷ Para José Carlos Mainer, Lorca y Alberti serán los inventores de la estética neopopularista. Estética que podrá verse, en el caso del segundo, en poemarios como *Mar y tierra* y más adelante en *Marinero en tierra*. Ambos se compusieron bajo la fascinación por el cancionero tradicional español que el autor había conocido gracias a Dámaso Alonso. La segunda parte del segundo, *La amante*, supone un recorrido por Castilla la vieja en el que no falta el humor ni la hondura enigmática de lo definido, tan típica del poema popular (Mainer, 1983: 224).

2008: 71). Por su parte, el Lorca de *Poemas del cante jondo* y de *Canciones* presentará una clara influencia de la canción andaluza tradicional. Su poesía supondrá un corpus que comparte los caracteres de lo culto y lo popular, asunto que conocerá, según Mainer, por impregnación ambiental y por estudio, tal y como venían conociéndola numerosos poetas desde mediados del XIX (Mainer, 1983: 221). Sin embargo, Lorca no vería en lo popular la simple posibilidad de intensificación sentimental que usaron otros deudores del romanticismo, sino que la consideró desde la óptica de un artista de vanguardia y vio en la concisión expresiva de la copla, en su aparente carencia de sentido lógico, en sus dobles sentidos, una tentadora posibilidad para una sensibilidad como la suya, habituada a la ocultación¹¹⁸ (222). Por su parte, Soria Olmedo (2008: 82) nos señala que el poeta granadino tiene tras de sí la conciencia moderna que desde Schlegel valoraba en los romances el fragmentarismo y la estética vanguardista de la discontinuidad.

En conclusión, la Generación del 27 generó una línea de continuidad (Núñez, 2010: 16), acudiendo a nombres, a temas y a formas del recién construido pasado nacional para vincularlos al presente y con ello consiguen nacionalizar las formas nuevas, armoniosamente enlazadas a las antiguas (Mainer, 2010. 87). Reivindicarán y rescatarán a autores que unen lo culto y lo popular bajo sus premisas como Lope De Vega¹¹⁹ (Soria, 2008: 70). Así pues, siguiendo las palabras de Soria Olmedo, podemos decir que, a finales de la tercera década del siglo XX, modernidad y tradición, lo popular y lo culto, se encuentran para construir conjuntamente una estética nacional¹²⁰ (102). Mainer añade a esto que la llamada Edad de Plata¹²¹ fue una época en la que los literatos padecieron los enfrentamientos entre lo viejo y lo nuevo y que, tras la invención del pueblo como tema y una actitud populista, acabó convirtiéndose una ideologización de la vida nacional por parte de los intelectuales (2010: 139).

4.5. La República popular

Tras todo lo dicho, la tarea de construir una identidad colectiva se transformaba, cobrando nuevos matices, y se extendía a lo largo del primer tercio del siglo XX, llegando a uno de los

¹¹⁸Al respecto, Lorca nos dirá que «se debe tomar del pueblo nada más que sus últimas esencias y algún que otro trino colorista, pero nunca querer imitar fielmente sus modulaciones inefables, porque no hacemos otra cosa que enturbiarlas. Sencillamente por educación» (Soria, 2008: 73).

¹¹⁹Lope de Vega supuso un modelo, según indica Soria Olmedo (2008: 71), debido a que «supo cazar en los aires vivos de la poesía popular, y no para matarlos, sino para soltarlos otra vez llenos de sangre nueva; para devolverlos otra vez al mismo aire que se los había entregado».

¹²⁰En este sentido, escribía Antonio Machado en la revista *Hora de España*: «la patria -decía juan de Mairena- es, en España, un sentimiento esencialmente popular», tratando de arrancar el término al nacionalismo casticista del bando contrario y buscando deshacer la identificación entre tradición y tradicionalismo. (en Soria, 2008: 102)

¹²¹Así denominaba José Carlos Mainer (1983) a los diferentes artistas y escritores que formaban parte del proceso cultural y político español comprendido entre los años 1902 y 1939.

capítulos más decisivos para su realización: la II República española (Corchete, 2022). Convirtiéndose casi en mito, la historiografía ha solidado centrar la atención al proyecto republicano atendiendo a sus variados logros dentro de lo político, educativo y cultural, entendiéndola muchas veces como el fruto final de la acción de unos intelectuales y actores culturales que habían tomado conciencia de su papel como agentes sociales y políticos desde finales de la dictadura de Primo de Rivera (Hoyos et al, 2016: 8). Lo cierto es que los propios agentes culturales republicanos trataron de difundir la imagen de la «república de los intelectuales»¹²², entendiéndola como un Estado formado por profesores, literatos, artistas, músicos, entre otros, que trataban de superar la monarquía anterior caduca, asociada a las fuerzas más castizas de la tradición (9). Así pues, sobre este régimen que se extiende entre los años 1931 a 1939 recayeron unas esperanzas de modernización y transformación del país que los intelectuales venían acumulando desde que dicha tarea recayó sobre ellos, sobre todo, a partir de la Generación del 14 (9). Por todo lo anterior, podemos entender a la II República como el capítulo en que finalmente los discursos de construcción de la nación, así como las instituciones a partir de las cuales se difundió y se configuró, se ven respaldadas y pasan a formar parte definitiva del aparato del Estado.

Unido al mito de la república intelectual, surge el de la república popular¹²³. El gobierno decidió impulsar al pueblo como centro de la acción regeneradora, en oposición al elitismo de décadas precedentes. Jorge de Hoyos señala que los valores republicanos debían permear el cuerpo social y para ello se emprendió una gran labor pedagógica y educativa¹²⁴ en la que el intelectual debía de formar parte y comprometerse¹²⁵ (10). De este modo, este «laboratorio de aprendizaje de la democracia», como la llamaría de Hoyos, buscaría formar ciudadanos y crear un concepto nuevo de ciudadanía: el pueblo español (11). Todo lo anterior estaría acompañado por un fomento del libro y de la lectura, además de un apoyo importante a las compañías de teatro. Con todo, en la II República acaba de consustanciarse lo nacional y lo popular como

¹²² Término acuñado por Azorín (Hoyos et al., 2016: 14).

¹²³ Según apunta Jorge de Hoyos (2012: 60): «los intelectuales contribuyeron a difundir una idea de la república popular, esencia misma del progreso y la modernidad, a la que muchos quedaron ligados para siempre. La república de las letras, de la cultura y la ciencia debía estar al servicio del pueblo que se sacrificaba frente al enemigo de dentro y de fuera».

¹²⁴ Destacan las Misiones Pedagógicas, las cuales ayudaron a elevar el nivel cultural del país ha sido la tasa de alfabetización de la sociedad (Hoyos et al, 2016. 18).

¹²⁵ Jorge de Hoyos (2016: 24) señala que en los años 30, al interior de la sociedad de masas y la política de partidos de masas, el intelectual debía convencer y actuar como pedagogo en calidad de líder referencial.

parte del Estado, ya que además de apoyar el arte vivo, trató de protegerse el rico patrimonio cultural español pasando a convertirse en tesoro cultural¹²⁶ del Estado (14).

5. CONCEPCIONES Y CONFLICTOS NACIONALES EN EL CAMINO HACIA MÉXICO

«También para el pueblo español aún hay sol en las bardas. Volverá a ser dueño de su destino. Y en el mundo resonará otra vez la voz española, la de don Quijote.»

José María Gallegos Rocafull¹²⁷

Edward Said nos habla del siglo XX como una centuria caracterizada por haberse producido multitud de exilios y desplazamientos humanos (2005: 18). Puede observarse a día de hoy que esto es algo que amenaza con no disminuir. Ahora bien, si acudimos a nuestro exilio más importante, el denominado como exilio republicano, motivado por el final de la Guerra Civil española en 1939, enseguida nos damos cuenta de que nos encontramos ante un fenómeno cargado de percepciones, configuraciones y, por qué no, distorsiones que siguen tiñendo nuestro modo de entenderlo y abordarlo. En este apartado vamos a tratar de rastrear las diferentes concepciones nacionales que pudieran existir en el contexto anterior a 1939. Esto nos conducirá, entre otras cuestiones, a divisar algunos de los debates en torno a ellas dentro del contexto de la Segunda República, de las posteriores elecciones de 1936, del consiguiente levantamiento del ejército sublevado el 17 julio del mismo año, así como dentro del conflicto bélico que se desarrollará en consecuencia. Los debates en torno a la identidad o las identidades nacionales que en estos contextos se generen supondrán, en gran medida, el germen de muchas de las actitudes de las diferentes culturas políticas y colectivos, así como el doloroso punto de partida desde el que se explicará la construcción de los procesos de identificación dentro de las revistas que nos interesan.

5.1. Camino a la ruptura: II República, Guerra Civil y exilio

Mari Paz Balibrea nos señala que durante el tiempo que duró la Segunda República¹²⁸ existió un complejo nudo de tensiones entre diversas concepciones de la patria, del estado y de la nación (2017: 79). Por ello, no resulta descabellado pensar que estos nudos continúen presentes

¹²⁶ Preocupación heredada de la formación y el trabajo de los círculos institucionistas anteriores, según los cuales el tesoro cultural de la nación debía salvaguardarse bajo custodia del Estado. (en Hoyos, et al., 2016: 14). A este respecto, en 1933 se crea la ley de Tesoro Artístico.

¹²⁷ Extraído de su artículo «El mensaje de esperanza de Cervantes. Aún hay sol en las bardas» (*Las Españas*, nº 5, jul. 1947: 11).

¹²⁸ Según esta autora el contexto republicano se encuentra «situado históricamente en la fase alta del proceso de descomposición de los imperios decimonónicos, la consolidación del Estado-nación burgués (Hobsbawm, 1982) y del nacionalismo como religión política del estado moderno”» (Rocker, 1936)» (Balibrea, 2017: 79).

en el exilio si además entendemos que los intelectuales formaban parte activa y consustancial del proyecto republicano. Muchos de estos productores culturales¹²⁹ se decidieron a luchar y sacrificarse por el proyecto político que representaba la República (58-59). Al respecto, Balibrea añade: «puesto que la República no estaba sustentada en una idea mistificada de nación, sino en un acto performativo de la ciudadanía, la conciencia nacional del exiliado del 39 busca su razón de ser en la lealtad a aquel proyecto, como una utopía con una dimensión universalizadora» (2017: 85). De este modo, la República supone el paraíso perdido (Hoyos, 2012: 154) vislumbrado desde la derrota; un proyecto político al que regresarán las identidades inestables del exilio, basadas en muchas ocasiones en la nostalgia, el desencanto, la desilusión y la desesperanza y que se vincularán con él como único canal de estabilidad desde el que emprender diferentes lecturas sobre las causas de la derrota.

Tras esto, la preeminencia de lo performativo en el concepto de nación se quebraría con la contienda civil, entre 1936 y 1939. En ella, además, ambos bandos se atribuirían la representación de la nación y acusarían al enemigo de estar vendido a potencias extranjeras (Balibrea, 2017: 80). Jorge de Hoyos nos señala que la sublevación militar del 17 de julio de 1936¹³⁰ estuvo planteada desde el principio para acabar con un gobierno que ponía en riesgo los principios más esenciales de la «eterna nación» (2012: 56). Inmersos en este contexto, el argumento para anular la validez de los otros sería el elemento extranjerizante. De este modo, las fuerzas sublevadas acusaban a la izquierda de estar envenenadas por «ideologías extranjerizantes», marxistas, mientras que la izquierda republicana criticaba que el bando sublevado contara con el armamento y la ayuda de potencias como Italia y Alemania, con las cuales compartían ideales fascistas (Hoyos, 2012: 56). De hecho, nos dice de Hoyos, «el recurso de los sublevados a la ayuda extranjera contribuyó a difundir entre los leales a la República, la imagen de que se trataba de una guerra de ocupación. Una guerra contra el fascismo internacional» (60). De igual modo, en las filas sublevadas crecería la crítica al contar el bando republicano con el único apoyo de dos países posrevolucionarios: la U.R.S.S. y México (62). Así pues, los sublevados entendían la situación de España antes de las elecciones de 1936 como insostenible y con un futuro incierto (56-57). Ante estas circunstancias, se crearía una concepción enfrentada de la contienda como una guerra de ocupación planteada por una España

¹²⁹ Así denomina en alguna ocasión Mari Paz Balibrea a los intelectuales (2017: 59).

¹³⁰ Antes de esto, el resultado de las elecciones radicalizaría a la derecha nacionalista antirrepublicana, la cual debía «salvar a España de la catástrofe» (Hoyos, 2012: 56). Esto llevaría a que se planteara un golpe militar, el cual fracasó, y tras él diera comienzo una guerra civil con unos objetivos muy claros, delimitados por el general Emilio Mola: «la eliminación sistemática de todo aquel que no fuese afecto a la causa nacional» (57).

republicana que exaltaba al pueblo, el proceso y la modernidad, frente a una guerra de liberación nacional planteada por una España gloriosa e imperial.

Cabe señalarse que la guerra civil se hallaba también en el interior del bando republicano. Este proceso de enfrentamiento progresivo durante la contienda mermaría la unidad republicana, generándose una proliferación de elementos diferenciadores entre las culturas políticas y posibilitando el desarrollo de diferentes lecturas de la realidad (58). A causa de esto último, se desdibujaría la imagen de la República de los trabajadores y de la República democrática¹³¹. Lo señalado anteriormente, representa una primera causa que conducirá a un proceso de enfrentamiento cada vez mayor dentro del bando republicano (58). En consecuencia, se ha apuntado muchas veces que la derrota se vio como consecuencia de un conflicto no resuelto de la identidad nacional española (343). Un conflicto que aumentó durante la guerra y que llevó a que las diferentes culturas políticas republicanas no llegaran a generar una construcción común de la nación¹³². Con la derrota y durante el exilio, Balibrea apunta que la identificación nacional «estallaría en mil pedazos»¹³³ (2017: 81).

Llegados a febrero de 1939, caería el frente de Cataluña, última área de resistencia republicana ante el ejército sublevado. Tras esto, el altísimo costo¹³⁴ producido por la contienda condujo al desánimo y a la desmoralización general de las tropas, las cuales acabarían por cruzar junto a multitud de ciudadanos la frontera con Francia¹³⁵, lugar donde muchos de ellos se hallarían hacinados en campos de concentración¹³⁶, además de sufrir otros muchos males. Jorge

¹³¹ Aspecto que se convertiría en un obstáculo respecto al exterior a la hora de pedir apoyo y colaboración a otras potencias internacionales, ya que no se consiguió proyectar una imagen coherente sobre lo que estaba en juego en España (Hoyos, 2012: 57).

¹³² Ante esto, la derecha sublevada supo organizar un perfil más coherente de nación construido desde arriba y de manera jerárquica que le aportaba rigidez. La pluralidad de la izquierda, en cambio, se veía como una riqueza, pero como parte consustancial del fracaso (Hoyos, 2012: 344).

¹³³ A esto habría de sumarse que, en 1940, los desplazados acabarían perdiendo su nacionalidad, viéndose impuesta la condición de apátridas (Balibrea, 2017: 81). De este modo, el exiliado debería re-nacionalizarse o luchar por mantener su condición nacional.

¹³⁴ El coste fue enorme para España, tanto a nivel económico como humano, político, social y cultural. Para profundizar en ello Jorge de Hoyos (2012: 57). nos señala que pueden consultarse: Tuñón de Lara (ed.) (1986); Arsutégui, (1997); Preston (2011); Malefakis (dir.) (2006); y el número monográfico de la revista *Ayer*, nº 50, dirigido por Moradiellos (2003). Vicenç Naharro, por su parte, indica que la dictadura que se posibilitó tras la guerra supuso en realidad la más brutal de la Europa del siglo XX, ya que, por cada asesinato de Mussolini, Franco hizo 10.000 (2008: 13).

¹³⁵ El informe «Valière» del Gobierno francés cifró en 440.000 el número de refugiados españoles en el sur de Francia. Esta cifra muy seguramente pueda oscilar, ya que he llegado a encontrar en otros lugares un número que aumenta hasta los 475.00. Consultado en:

<https://www.culturaydeporte.gob.es/cultura/areas/archivos/mc/centros/cida/4-difusion-cooperacion/4-2-guias-de-lectura/guia-exilio-espanol-1939-archivos-estatales/campos-de-refugiados.html> . Fecha. 14/12/22.

¹³⁶ Los primeros en levantarse serían Argèles-sur-Mer, Saint Cyprien y Le Barcarès y, posteriormente, Bram, Agde, Septfonds, Gurs, entre otros. Consultado en:

<https://www.culturaydeporte.gob.es/cultura/areas/archivos/mc/centros/cida/4-difusion-cooperacion/4-2-guias-de-lectura/guia-exilio-espanol-1939-archivos-estatales/campos-de-refugiados.html> . Fecha. 14/12/22.

de Hoyos apunta que, ante la conflictiva diversidad política tras salir de España, la situación desembocaría en una pugna por la hegemonía política, convirtiéndose México en un auténtico campo de batalla (323).

A lo largo de la experiencia exílica, se cuestionarían la viabilidad de las instituciones republicanas, así como su legitimidad y continuidad, y proliferarían acusaciones y quejas que llevaron, incluso, a desdibujar el discurso antifranquista (323). Por todo ello, muchos de los que tuvieron que salir de la Península debieron tejer a su llegada diferentes mitos fundacionales dirigidos a la sociedad de acogida (324). Esto se debe en buena medida a la experiencia francesa¹³⁷ y a las gestiones¹³⁸ llevadas a cabo por las organizaciones políticas responsables de la ayuda a los desplazados. Aspectos que acabarían de quebrar la ya debilitada unidad entre las diferentes culturas políticas y que conducirían a que muchos exiliados cayeran en un proceso de progresivo alejamiento de la política partidista (345).

El camino hacia el exilio supondrá un camino hacia la ruptura en el que sus protagonistas debieron luchar contra el desgaste del tiempo, el desencanto y la desesperanza (Tuñón de Lara, en Fernández Clemente, 2003: 33). Una ruptura causada por haber perdido sus proyectos de vida. Aspecto que los llevará a resistir amasando discursos casi más nacionalistas que los que manifestaban aquellos que los habían lanzado al exilio (Ayala, en Balibrea, 2017: 82) y que les conducirá, junto con la lucha por la hegemonía política, hacia una lucha por la hegemonía cultural que caracterizó a gran parte de su producción intelectual (Balibrea, 2017: 59). De este modo, los distintos proyectos de futuro que las diferentes culturas políticas del exilio en México

¹³⁷ La experiencia francesa y las dificultades sufridas en los campos de concentración (dispersión familiar, férrea disciplina, falta de alimentos, entre otras), mientras los dirigentes políticos se enzarzaban en agrias polémicas en torno a las legitimidades que decidieran el curso de los hechos, condujo a un sentimiento de abandono que impregnó las conciencias y que ayudó a que las autoridades mexicanas se vieran como la auténtica esperanza (Hoyos, 2012: 72-73).

¹³⁸ El Gobierno de Negrín, frente al temor a la derrota, desde 1937 puso en marcha las gestiones para lograr un compromiso con Lázaro Cárdenas con el que se comprometiera a recibir a los refugiados en caso de concluir desfavorablemente la guerra (Hoyos, 2012:64). Por otra parte, en 1938 José Bergamín recibió el encargo del gobierno de trasladarse a París para organizar una plataforma de apoyo a los intelectuales republicanos. En 1939 crearía la Junta de Cultura Española con el objetivo de salvaguardar el legado cultural republicano. En 1940 esta Junta se trasladaría y fundaría la revista *España Peregrina* (65-66). Tras la derrota, las gestiones llevadas a cabo en torno a la ayuda de los desplazados abrieron una nueva grieta entre los exiliados y las organizaciones políticas. Jorge de Hoyos explica que las autoridades mexicanas fijaron unas condiciones para autorizar el arribo de los exiliados a su país: contar con unos recursos económicos mínimos, ubicarse en zonas rurales lejanas a la capital para poblar zonas escasamente habitadas, ser jóvenes solteros de ambos sexos, que fueran preferentemente agricultores y pescadores, y que estuvieran representadas de forma proporcional las distintas posiciones políticas españolas. Estas condiciones no fueron cumplidas en la práctica. La selección, en manos de las autoridades republicanas y supervisada por Narciso Bassols, se basó en que, el SERE primero, y la JARE después, priorizaran la evacuación de los refugiados fijándose en otros criterios entre los que prevaleció el compromiso político por encima de todos, debido fundamentalmente al miedo a las persecuciones y posibles repatriaciones hacia la España franquista (74-75).

presentaban ponen en evidencia que la cuestión nacional tenía un papel de importante relevancia para sus protagonistas. Esto se debe a que el contexto del que partían estaba marcado por un hondo patriotismo. En consecuencia, el interés y la preocupación por el destino de España y sus gentes tras la guerra impediría a los exiliados desligarse totalmente del país de origen¹³⁹ (Hoyos, 2012: 12). En resumen, según apunta Jorge de Hoyos, «se trató de conservar y potenciar el componente nacional y nacionalizador de gran parte de las izquierdas españolas» (12). No obstante, habrá de tenerse en cuenta algo que nos señala Núñez Seixas y es que este componente pudo reinterpretarse desde la denominada imaginación diáspórica, aspecto que conduciría a preservar la identidad nacional desde un espejismo interpretativo que podía conllevar la construcción de una patria ideal (2020: 30).

Con todo, hemos podido comprobar que la presencia de lo nacional como tema se explica en buena medida por el complejo contexto que antecedía al exilio. Así pues, regresar a lo nacional en el exilio supondrá reconocer un bagaje cultural que cada uno portaba y que pondrá sobre la mesa para analizar y volver a revisar los grandes debates, los ingredientes y las diferentes señas de identidad que pretendieron tiempo atrás dar forma a la sociedad española. En este sentido, José Carlos Mainer nos explica que, tras la derrota de los fascismos europeos en 1945, «hubo que volver a hablar del pasado porque ninguno de los posibles pasados españoles estaba cancelado del todo, como tampoco estaba escrito ninguno de los posibles futuros» (2010: 9). Los proyectos literarios posteriores a esta fecha se muestran llenos de remordimientos, de recuentos y de reconstrucción de valores. En este contexto, según palabras de Mainer:

Se produjeron, sucesivamente, el diálogo con lo que quedaba del 98 -con Baroja y Azorín, todavía vivos- o lo que era recuerdo próximo -Unamuno, Antonio Machado y Valle-Inclán-, y luego vino la significativa confrontación de partidarios y negadores de [...] Ortega y Gasset. Y luego llegaron, ya en forma casi simultánea, el rescate del siglo XIX liberal [...], a la vez que empezaba a verse el proyecto republicano como marco de la «generación del 27» y de una literatura de avanzada. [...] Las letras del exilio empezaron a ser el legítimo rescate unos antecesores negados. (Mainer, 2010: 10)

La tarea seguía siendo, pues, la misma que venimos analizando en este trabajo: constituir y construir una tradición¹⁴⁰. Una tradición con que sostener un proceso de identificación colectivo que, muy seguramente, volverá a lo popular como estrategia o como elemento indispensable.

¹³⁹ Mari Paz Balibrea comenta que no podían desligarse de su condición de «exnación» por representar los exiliados una criatura históricamente producida por la nación-estado moderno que era España (2017: 19).

¹⁴⁰ Cabe destacar que en el exilio no sólo se rescatarán los elementos que nos señala Mainer. Fusi y López (2014: 162) nos señalan que «el proyecto del 14 se frustra y reverbera en la lejanía del exilio».

5.2. Llegada y conflictos en México: espacios de sociabilidad, asociacionismo y revistas como catalizadores de resistencia

Al llegar a costas mexicanas los exiliados tenían en común ideales antifascistas y democráticos que los llevaron a compartir unos rasgos identitarios con los que pretendían sobreponerse a la pluralidad de culturas políticas y a la dispersión inherente a la diáspora (Balibrea, 2017: 312). Sus esfuerzos se dirigieron a dotarse de nuevas señas de identidad que, sin contrastar con las anteriores, pudieran adaptarse y fueran operativas en el nuevo espacio. En este contexto, el exilio acabará convirtiéndose en categoría identitaria (Hoyos, 2012: 12) y desde esta base existirán diferentes grados de integración en las patrias de acogida, generándose un proceso plural de desarrollo de identidades múltiples (Hoyos, 2012: 12). El desconcierto llevará en muchos casos a un sentimiento de múltiple pertenencia al que los exiliados deberán hacer frente. De manera paralela, también tuvieron que desarrollar una actitud de resistencia frente a tergiversaciones históricas que pudieran producirse tras su salida de la Península. De este modo, trataron de crear imágenes sólidas que posibilitaran la cohesión a través de una memoria compartida con los demás sujetos que soportaban la misma situación (Balibrea, 2017: 311). En este sentido, la identidad que se construya, nos señala Balibrea, tratará de ser compartida, buscando generar redes; tendrá que ver con la esencia nacional; y surgirá sobre el viejo cuestionamiento de qué es España (312). Todo ello desembocará en la creación de una cultura donde se crearon y afirmaron imágenes y conceptos de nación, así como en «la configuración de comunidades reales e imaginadas, paisajes físicos e intelectuales, cánones, panteones y genealogías» (23). Muchos de estos elementos aparecerán insertos en diferentes debates dentro de espacios asociativos y, de forma privilegiada, en muchas revistas del exilio.

Así pues, al momento de llegar al otro lado del Atlántico, parece claro que los exiliados no llegaron a insertarse en los espacios de sociabilidad ni en las asociaciones que ya existían en México antes de su llegada¹⁴¹ (Hoyos, 2012: 142). Alicia Gil nos señala al respecto que los

¹⁴¹ La historiografía ha tendido a construir mitos con respecto al exilio que no son del todo ciertos. Se ha construido, por ejemplo, la imagen de que los llamados «españoles de la colonia» se opusieron a su llegada, ya que los percibían como la «antiespaña» (Núñez Seixas, 2020: 88), y que por ello se cerraron en banda no permitiendo su ingreso en los centros regionales o espacios de sociabilidad de los que formaban parte (91). Esto debe matizarse, ya que también existieron ejemplos de españoles emigrados que recibieron de buen grado a los exiliados, incluso que les ofrecieron sus primeros trabajos (Hoyos, 2012: 141-144). En consonancia con lo anterior, otro mito construido, quizás demasiado edulcorado, tiene que ver con la recepción de los exiliados por parte de la población mexicana. Hay que tener en cuenta que la población del México posrevolucionario presentaba cierta hispanofobia (Núñez Seixas, 2020: 82) y, aunque durante el periodo que duró la Segunda República las relaciones se restablecieron, sólo podemos hablar de una buena recepción por parte de las autoridades y los políticos mexicanos, y esto ni siquiera fue así del todo, ya que el gobierno de Lázaro Cárdenas sufrió importantes oposiciones derivadas de su política de apoyo y ayuda a los ciudadanos españoles salidos de la guerra (Hoyos, 2012: 127-128).

exiliados fundaron sus propios centros republicanos y con ello su impronta intelectual y cultural consiguió modificar sustancialmente el carácter que hasta entonces había ostentado la actividad asociativa en este país, llegando a vivir de espaldas las unas a las otras (2014: 113). A su llegada, se crearon organismos culturales apoyados por el SERE como la Junta de Cultura Española, que se trasladó de Francia a México entre 1939 y 1940. Este organismo perseguía «mantener la unidad y el espíritu colectivo de la vida intelectual española y conquistar a los amigos de la cultura española en aquellos países donde fueran huéspedes los españoles» (114). Una década después, en 1949, se fundaría el Ateneo Español de México. Esta autora también nos señala que un elemento que caracterizó la primera etapa del exilio fue la férrea tutela de los organismos de ayuda, gestionados económicamente por el gobierno republicano en el exilio, el cual había creado diversas instituciones *ad hoc* (115). Según se fue comprendiendo que un regreso a España no iba a ser posible¹⁴² esta tutela se fue desarticulando progresivamente.

En cuanto a las estrategias asociativas, hemos de apuntar algunas cuestiones que nos ayuden a situarnos y a entenderlas mejor. Lo primero que cabe señalar es que no surgen como mera reproducción de los lazos comunitarios de origen (Núñez Seixas, 2014: 35). Núñez Seixas nos invita a entenderlos como ámbitos de negociación de identidades colectivas, de disputa simbólica y de recreación de proyectos políticos (41). Esto resulta muy interesante para nuestro objetivo, ya que en estos espacios se expresan identidades colectivas y desde ellos puede llegarse a procesos de construcción de la identidad y la etnicidad, así como de la identidad nacional y regional¹⁴³ (42). En resumidas cuentas, estos espacios pueden resultar un observatorio privilegiado para el estudio de las identidades y, dentro de ellos, las revistas pueden entenderse como manifestaciones que reflejan sus intereses, proyectadas hacia el exterior. A través de estas tribunas de expresión¹⁴⁴ (Caudet, 1992: 23) se podrá observar parte del modo en que se construyó la identidad del refugiado, de la que a continuación hablaremos.

Algo que debemos señalar en último lugar es que las iniciativas en cuanto a la construcción de la identidad del exiliado se caracterizaron por crear una identidad en oposición a la que presentaban los españoles de la colonia o emigrados, así como en oposición a la

¹⁴² Alicia Gil aporta un detallado listado y análisis de las diferentes asociaciones creadas por los exiliados clasificadas tipológicamente (2014: 119).

¹⁴³ Cabe señalar, no obstante, que el colectivo representado en estos espacios no responde al conjunto del colectivo inmigrante, sino que en ellos suele participar mayormente la mesocracia exitosa o las élites sociales, económicas culturales y/o políticas (Núñez Seixas, 2014: 53).

¹⁴⁴ Según Francisco Caudet (1992: 23), las revistas pueden definirse como tribunas de expresión de grupos unidos por afinidades estéticas y/o políticas y por ello suponen un exponente privilegiado de la relación que se produjo entre los exiliados.

generada al interior de la España franquista: la identidad del refugiado¹⁴⁵ (Hoyos, 2012: 20). Hay que destacar que esta nueva identidad suponía un mecanismo intermedio de integración¹⁴⁶ en la sociedad de acogida (35) que, desde el extrañamiento (Said, 2005: 40), trató de comprender el hecho histórico del que partían buscando integrarse a una nueva realidad en la que necesitaban algún tipo de sentimiento de pertenencia (Hoyos, 2012: 19). Así, por ejemplo, el mito del exilio intelectual, fue enaltecido y creado en muchos casos por los propios exiliados como mecanismo de diferenciación, confiriéndoles una cierta pátina de prestigio, y de este modo, legitimarles (22). Con todo, Jorge de Hoyos apunta que en el exilio prevaleció una identidad cultural sobre una identidad política (25). No obstante, cultura y política se presentarán conjuntamente. En conclusión, las revistas fueron un importante soporte para todo lo anterior. Desde ellas, la identidad refugiada jugó el doble juego de presentarse y legitimarse, a la vez que emprendía su rearme cultural.

6. LO POPULAR EN DOS REVISTAS DEL EXILIO REPUBLICANO EN MÉXICO

Llegados hasta aquí, conviene presentar mínimamente a una figura, por desgracia, hoy todavía muy olvidada y que bien puede servirnos como un modo de acercarnos a muchos de los puntos clave presentes en las revistas que pretendemos analizar: José Ramón Arana¹⁴⁷. Muy en la línea de lo que comenta Yolanda Rinaldi, Arana fue un personaje incapaz de olvidar (2006) en el que confluye gran parte de la problemática que rodea la construcción de la identidad en el exilio, así como la muy relacionada generación de espacios y proyectos que ayudaron a expresar la situación. Su historia individual trasluce el trauma y las estrategias de resistencia que buena parte de los exiliados intelectuales en México llegaron a desarrollar. Por ello, a partir de este personaje podremos llegar a proyectos tan importantes como la revista *Aragón*, la imprescindible revista *Las Españas*, la posterior *Diálogo de las Españas*, así como a una institución tan importante para el exilio como fue el Ateneo Español de México. En este trabajo abordaremos las dos primeras publicaciones. En ellas exploraremos, sobre todo, textos provenientes de la tradición popular, ensayos de crítica sobre aspectos dentro de la literatura popular, o bien colaboraciones que puedan incluir representaciones relacionadas con lo que el

¹⁴⁵ Sobre ella, Jorge de Hoyos (2012: 15) nos señala que el exilio dedicó buena parte de sus esfuerzos a crear proyectos de Estado y sueños de nación para la España del mañana, generándose así un horizonte de futuro incierto construido desde la distancia.

¹⁴⁶ Al parecer trataría de difundirse entre las posteriores generaciones (Hoyos, 2012: 58).

¹⁴⁷ En nuestra bibliografía figuran diferentes referencias que pueden consultarse para el estudio de este personaje: Esteve (2006), Fernández Jiménez (2001), Otaola (1999) o Rinaldi (2006). Cabe destacar, no obstante, todos los artículos introductorios presentes en *Poesías* (2005) de José Ramón Arana, obra editada por Javier Barreiro.

grupo consideraba popular. Apoyaremos lo anterior en la lectura de algunos editoriales de la revista a modo de guía sobre la evolución de sus ideas y objetivos

6.1. El trauma y la memoria: el caso de José Ramón Arana

«El pueblo español ha olvidado su natural modo de ser porque le hicieron olvidar su verdadera historia. Vive sin raíz».

José Ramón Arana (en Andújar, 1981:173)

José Ramón Arana no fue una figura periférica para el exilio español en general ni para el aragonés, sino una figura central dentro del periodismo, la política y la literatura (Fernández Clemente, 2003: 109). Desde que llegó a México trabajó de librero ambulante y, posteriormente, en una librería¹⁴⁸ que se constituiría como uno de los principales puntos de reunión para españoles y aragoneses en la Ciudad de México. Antes de su llegada al continente americano, nuestro autor cruzó a Francia en una misión de espionaje¹⁴⁹; permaneció algún tiempo en el famoso campo de concentración de Gurs, de donde escapó; más tarde, gracias a Margaret Palmer, viajaría a la isla de la Martinica, luego a Santo Domingo, Cuba, y, por último, a México, gracias a la ayuda de su amigo Manuel Andújar (Barreiro, en Arana, 2005: 21-22). Todo este éxodo se reflejó en su nombre, ya que, cabe decirlo de una vez, nuestro José Ramón Arana es en realidad José Ruiz Borau, nacido en 1905 en Garrapinillos (Zaragoza). Será de su segunda mujer, María Dolores Arana, de quien tome el nombre con el que hoy le conocemos y con el que funda una nueva identidad con la que cruzará el Atlántico desde Francia. Al parecer este cambio de nombre resulta una imposición propia para tratar de olvidar todo aquello que debió dejar atrás: su primera familia, su madre, sus gentes¹⁵⁰ (21). No obstante, la alternancia en cuanto a sus nombres no acaba aquí, ya que en las revistas que animará firmará en muchas ocasiones como Juan de Monegros, Pedro Abarca, Celtiberión o Abenámar.

Con respecto a los proyectos que promueva, estarán plagados de una casi obsesiva preocupación por su patria, por la esperanza de volver, junto con el deseo de conectar con los jóvenes antifranquistas de la Península para tratar de acometer juntos la reconstrucción de la patria rota. Las preocupaciones que plantea Arana durante su exilio manan ya de la generación

¹⁴⁸ Simón Otaola (1999: 128) en su novela *La librería de Arana: historia y fantasía* publicada en 1953 nos señala que ese lugar se conformará el grupo Aquelarre y será un espacio decisivo para la conformación del Ateneo Español.

¹⁴⁹ Le lleva a Bayona una misión en relación con el servicio de información (SIM) controlado por los comunistas, aunque parece que este fue un tema del que no quiso hablar demasiado (Barreiro, en Arana, 2005: 21).

¹⁵⁰ Yolanda Rinaldi añade que el abandono de su primera familia al interior de España, la llegada de la noticia de la muerte de su hija, así como la futura muerte de su madre, hicieron que su personalidad se resquebrajara y no consiguiera de ningún modo autenticidad (2006: 141). Javier Barreiro, por su parte, afirma lo anterior y comenta que siempre le persiguió un hondo sentimiento de culpabilidad (en Arana, 2005: 21).

«popular» de 1936 a la que pertenecía. Alejandro R. Díez Torre nos da algunas pistas para entender la mentalidad pre-exilio del autor y nos cuenta que estos «hombres-españoles de paz» debieron participar en la Guerra Civil, responsabilizarse y dirigir¹⁵¹ una región que buscaba su personalidad, entre el fragor de los frentes y las líneas militares (en Arana, 2005:30). Por ello, esta preocupación nunca le abandonará y llegará a ser una «preocupación casi enfermiza» (Barreiro, en Arana, 2005:29). Su tercera mujer, Elvira Godás, y sus hijos retratarán a Arana como un escritor desfalleciente, siempre rebotando entre depresiones, renuncias, desgana y desinterés por todas las cosas que el nuevo espacio le ofrecía, así como «incapaz de integrarse a la selva mexicana, pero inevitablemente rehén del ritmo de vida de México, lento para él, sin asidero para el futuro, menos aún el pasado en el presente» (Rinaldi, 2006: 139). El zaragozano se mostrará siempre como alguien «herido por los recuerdos» (Fernández Jiménez, 2001: 112). A modo de anécdota, su obsesión y su nostalgia será tal, que su familia dirá que no quería veranear en Acapulco por estar «de culo a España». Por eso siempre prefirió Veracruz. Su mirada siempre estará dirigida a su antigua tierra (Barreiro, en Arana, 2005: 29).

Sus *Cartas a las nuevas generaciones*, escritas entre 1956 y 1963 pueden dar buena cuenta de todo lo anterior. Javier Barreiro nos indica que, en ellas, tras recordar la época de la República como una época con una generación «de nervadura espiritual fuerte, rica en sueños, en capacidad de fe, de entrega, de rebelión», recuerda la labor que junto con otros exiliados emprendió para tratar de emprender una revisión crítica de «cuanto se hizo y de cuanto se dejó de hacer debiendo hacerse desde el año 30 al acogotamiento militar de la democracia española» (en Arana, 2005: 70-71). Tras esta revisión, se llegaría a una nueva actitud, «producto de una renovación interior a fuerza de pensar y repensar, individual y colectivamente, qué ha pasado en España y por qué fue posible que pasara» (72). En estas cartas habla también de la situación de los exiliados en México por aquellos años. En definitiva, señala el propio Arana que la cuestión era volver, con una cierta dignidad. Estas cartas suponen un buen resumen de toda la trayectoria que José Ramón Arana desarrollará a lo largo de las diferentes revistas que trataremos en este trabajo.

Algunos de los estudios existentes sobre su narrativa nos muestran que sus temas principales son la ausencia de España, las raíces y la guerra (Fernández Jiménez, 2001: 115).

¹⁵¹ Arana había sido dirigente ugetista y hacia 1936 formaría parte del núcleo dirigente del PCE en Aragón. Esto le llevó a que el otoño de 1936 tuviera la oportunidad de integrarse en un órgano de poder regional como fue el Consejo de Aragón. Finalmente, acabaría dirigiendo en 1937 la zona de Caspe desde la dirección de la Consejería de Obras Públicas del Consejo de Aragón (Díez, en Arana, 2005: 37).

Trató de escribir sobre España para estar en ella, llegando a obsesionarse por la recuperación del pasado. Publicó también no pocos libros de poesía, de los cuales algunos continúan perdidos¹⁵². En cuanto a la función de su labor literaria, si su narrativa sirve para realizar retrospectivas sobre el pasado, su poesía servirá para hacer presente su presente a medida que el forzado arrancamiento de su patria le golpeaba. Para Arana, la memoria será la estrategia desde la que ver la España en la que no puede enraizar y desde esta memoria tratará en muchos casos de generar una tarea colectiva que repase las causas del fracaso y la derrota, la esencia española, los proyectos futuros tras el regreso y la continuidad del legado cultural que teme se pierda a causa de la desconexión con el pasado que impone el franquismo. Por todo lo anterior, Arana puede suponernos una figura imprescindible para seguir el rastro de algunos de los proyectos más importantes dentro del exilio republicano en México como la revista *Las Españas*, entre otros, y tratar de llegar con ello a las representaciones que allí se hagan sobre lo popular en relación con la construcción o re-construcción de las identidades diáspóricas.

6.2. La construcción regional aragonesa en México: la revista *Aragón*

Hasta hace no tanto, nos señala Eric Storm, el proceso de construcción nacional había olvidado o se había entendido como separado del regionalismo. Sin embargo, parece que este fenómeno en realidad lo fortalecía (2019: 15). Este autor señala, además, que el regionalismo representaba un fenómeno internacional y que podía llevar implícito un doble patriotismo, tal como señala José María Fradera (en Storm, 2019: 19). El regionalismo, por tanto, vendría a ser, más bien, una etapa¹⁵³ dentro del proceso de construcción nacional (23). Desde esta perspectiva la tarea consistía en que cada región buscara su espíritu, o su «alma», y, de ese modo, al combinarlas todas, podría llegarse al espíritu nacional (24). Cabe destacar que este proceso no representaba un movimiento político, sino que suponía en realidad un intento, paternalista en origen, encauzado y promovido por una burguesía urbana, de idealizar, inventar, la región para dotar a la nación de raíces locales y hacer operativa la identidad nacional¹⁵⁴ (Confino, en Núñez Seixas, 2006: 120).

Como habíamos mencionado anteriormente, en el exilio podemos observar que la creación de diferentes centros regionales respondió a una búsqueda de raíces que pertenecían

¹⁵² Puede consultarse el artículo de Luis Antonio Esteve Juárez (2006).

¹⁵³ Según nos dice Eric Storm (2019: 23) el movimiento regional se produjo entre finales del siglo XIX y se extendería hasta la década de 1930 como una nueva fase del proceso de construcción nacional.

¹⁵⁴ Alon Confino señala que ninguna identidad nacional moderna ha podido ser operativa sin dejar de ignorar lo local y sin elaborar sus propias concepciones acerca de lo local y de la identidad regional. La identidad nacional inventó las identidades regionales y locales, las reavivó e insufló nueva vida en ellas. (en Núñez Seixas, 2006: 127)

al juego de espejos identitarios (Núñez Seixas, 2006: 12) mediante el cual se conjugaba o se pensaba en lo nacional desde lo local (Confino, en Núñez Seixas, 2006: 120). En esta misma línea, José Ramón Arana representa, en cuanto a los proyectos culturales que animó, un muy coherente proceso de búsqueda y de construcción nacional, ya que, en primer lugar, al poco de llegar a México, y sustentada o naciendo a partir de La Peña Aragonesa Joaquín Costa¹⁵⁵, se decidió a fundar la revista *Aragón*¹⁵⁶ junto con Juan Vicéns y Manuel Andújar. Podemos decir que esta revista responde a lo anteriormente comentado respecto del regionalismo y podemos ubicarla en una primera etapa dentro de la labor cultural de Arana. En ella se reflexionará sobre España a partir de una región que no se opone, sino que contribuye al proceso de construcción de la identidad nacional.

*Aragón*¹⁵⁷ se autocalificaba como «gaceta mensual de los aragoneses en México» y de ella se editaron cinco números entre 1943 y 1945¹⁵⁸. Como señala Eloy Fernández Clemente, la revista supuso un esfuerzo magnífico y fue el máximo exponente de las aspiraciones aragonesistas y culturales del grupo que la inspiraban (2003: 104). La etapa en que aparece coincide con la fase de recuperación y victorias de los aliados en la II Guerra Mundial, ya cercana a su desenlace (Fernández Clemente, en Arana, 2006: 54). Desde la revista sus colaboradores permanecieron atentos al suceder de los acontecimientos.

Además de lo anterior, Fernández Clemente nos señala que sus páginas muestran que no se han perdido los vínculos con la tierra perdida, tierra a la que, por cierto, José Ramón Arana se sentía muy vinculado (Fernández Clemente, en Arana, 2006: 54). Podemos entender esto último atendiendo a la preocupación por construir una «nueva patria» (38) durante su dirigencia del Consejo de Obras Públicas¹⁵⁹. Desde esta óptica, el editorial del primer número funciona como una declaración de intenciones y en él Arana¹⁶⁰ dice cosas como «se trata de

¹⁵⁵ Para profundizar en esta asociación se recomienda el estudio de Eloy Fernández Clemente (1990).

¹⁵⁶ Fue heredera de sus homónimas de 1921 y 1925 publicadas en España (Fernández Clemente y Mainer, 1991: 14).

¹⁵⁷ Para su consulta hemos usado la edición facsímil elaborada por Eloy Fernández Clemente y José Carlos Mainer (1991). A partir de este momento, las referencias a los textos de su interior se realizarán siguiendo el siguiente orden: nombre de la revista, sección, número, mes y año de publicación, página. Algunos de estos datos podrán obviarse en los casos en que quede clara su referencia.

¹⁵⁸ Sus números aparecen publicados en octubre de 1943 (nº 1), enero de 1944 (nº 2), junio de 1944 (nº 3), octubre de 1944 (nº 4) y marzo de 1945 (nº 5).

¹⁵⁹ Entre sus reclamas encontramos la desaparición de tierras por los crecientes regadíos. Inspirado en hondas ideas regeneracionistas proporcionadas por una de sus grandes influencias, Joaquín Costa, buscará rentabilizar, entre otras muchas cosas, la modernización agrícola de la región tratando que las zonas de bosques se controlen y se prohíba la tala masiva, estudiando «meticulosamente las necesidades de nuestra región» (Díez, en Arana, 2005: 37-39).

¹⁶⁰ José Ramón Arana se encarga de la escritura de los editoriales tanto de la revista *Aragón* como de los de *Las Españas*.

reconquistar a España, y una vez reconquistada de ponerse a recrearla». Añade que esta tarea no será posible «sin que previamente se establezca, o restablezca, el diálogo entre cuantos sufrimos ayer la misma agonía sobre tierras de España y en ella tenemos hincadas las raíces; entre el español que fuimos y que somos» (nº 1, 1943: 1). Lo anterior apunta a una de sus principales obsesiones: «recomponer, rehacer la unidad de los españoles a uno y otro lado del Atlántico» (Fernández Clemente, en Arana, 2005: 54). Para conseguir este cometido, para buscarse individualmente, será necesario revisar muchas cosas y soñar colectivamente. Dentro de esta búsqueda, revisar la tradición, cada uno de sus ingredientes y la literatura popular dentro de ella, conducirá a desnudar la identidad nacional, a la cual se adscriben con pasión, pero con la cual no se sienten del todo cómodos, pues el enfrentamiento y la disputa está convirtiéndose en la tónica general dentro de la nueva geografía.

En una exquisita edición facsímil llevada a cabo por Eloy Fernández Clemente y José Carlos Mainer podemos encontrar algunos apuntes que nos permitan entender la labor que se pretende con la revista *Aragón*. Estos autores apuntan que, en la línea del pensamiento de José Ramón Arana, sus colaboradores muestran una honda voluntad de continuidad con la que renunciaban a cualquier otro futuro que no fuera el de regreso (1991: 7). Añaden que *Aragón* «testimonia la fidelidad de unos aragoneses a su geografía sentimental, pero es, especialmente, parte muy distintiva del todo que fue la emigración española» (7). Según estos autores, sus colaboradores se sentían unidos a las tropas que liberaban Europa del yugo del fascismo, pero, llegando el desenlace de la gran guerra, los resultados no fueron los esperados y sus editoriales y contenido evolucionaron hacia un marcado cinismo (8). Fue un duro golpe para la revista ver que las democracias occidentales no acababan con el franquismo. Por si fuera poco, la posterior Guerra Fría, haría «imposible unir en un mismo párrafo al ejército norteamericano y al pueblo ruso», asunto que a la revista le costaría su propia existencia al no querer prescindir de los colaboradores cercanos al Partido Comunista¹⁶¹ (7).

Si nos adentramos en sus páginas, el contenido de *Aragón* fluye entre la memoria y la indignación. Podemos encontrar una sección fija, «Cierzo», en la que se rememoran, según avanzan los números, el campo aragonés en primavera (nº 3, 1944: 2), las fiestas del Pilar, los tiovivos, los gigantes y cabezudos, el Rosario de Cristal (nº 4, 1944: 2) o las cinco marzadas felizmente pasadas a orillas del Ebro (nº 5, 1945: 2). Otra sección interesante es «Desde el

¹⁶¹ El panorama tras el final de la Guerra Mundial hizo que las tentativas comunistas no se vieran bien. Ante esto, *Aragón* levantó la bandera de unidad y se negó a prescindir de los colaboradores cercanos al Partido Comunista como el también fundador Juan Vicens. Fernández Clemente y Mainer señalan que esto acabó con ella en las prensas mexicanas, aunque perduró la Peña Aragonesa Joaquín Costa (Fernández Clemente y Mainer, 1991: 7).

Moncayo», noticiario, compuesto «por rumores muy vagos o informaciones incompletas» (Fernández Clemente y Mainer, 1991: 9), que presta atención a los sucesos en el Aragón franquista y que funciona como escaparate desde el que mostrar la indignación del grupo. En la misma línea, se presentan otros símbolos como la Torre Nueva (nº 4, 1944: 1), San Juan de la Peña (nº 1, 1943: 6) o Belchite (nº 4, 1944: 1). Destaca el artículo de Juan R. Piga, «Zaragoza bajo el franquismo» (nº 4, 1944: 8), en el que recuerda lugares como el Canal Imperial, la Plaza de la Constitución o la playa artificial del Ebro frente a la Basílica de la Virgen del Pilar, a la vez que lamenta la angustiosa y oscura situación que se cierne sobre Zaragoza desde hace cinco años.

Sin embargo, en su interior, no todo tiene relación tan directa con la guerra civil y sus consecuencias (Fernández Clemente y Mainer, 1991: 10). La sección fija «Ventanal» ofrece una antología de autores ilustres que, de algún modo, sirven de genealogía y funcionan como referentes para dotar de señas de identidad al grupo. En esta sección podemos encontrar en los números 1 (1943: 1 y 7) y 3 (1944: 8) un espacio dedicado a Joaquín Costa; en el número 2 (1944: 5) a Santiago Ramón y Cajal; en el 4 (1944: 11) al Conde Aranda; y en el 5 (1945: 8) a Baltasar Gracián. En otros espacios de la revista aparecerán Miguel Servet (nº 5, 1945: 5), Francisco de Goya (1994, nº 4: 6-7) e, incluso, Fernando el Católico (nº 3, 1944: 9). Figuras todas ellas que conformarán el panteón de personajes ilustres con los que los colaboradores de *Aragón* buscarán vincularse. De todos ellos se extraerán sus valores y se destacarán por ser aragoneses que contribuyeron de manera imprescindible a la nación.

A todo lo anterior habremos de sumar, por supuesto, una constante atención en todos los números a los primeros frutos del exilio en el ámbito de los libros, además de secciones en las que tiene cabida la creación literaria, así como una casi constante presencia a lo largo de todo el discurso político de la revista del pensamiento regeneracionista (nº 3, 1944: 11). El mejor compendio de estas ideas aparecerá en el artículo «Supervivencia de Aragón», aparecido entre los números segundo y quinto, en el que muestran las preocupaciones por su tierra que, según creen, sigue planteando los mismos problemas que en el siglo XIX, relacionados, principalmente, con el campo, la agricultura y el regadío.

Ahora bien, las representaciones que podamos encontrar de lo popular, así como los textos provenientes de la tradición popular o los textos críticos sobre literatura popular, no serán tan abundantes como en la posterior revista *Las Españas*. Aun con todo, podemos señalar que la identidad aragonesa que recrean desde el exilio es en gran medida popular, ya que la

configuran a partir de distintos recuerdos de festejos y hazañas, supuestamente, realizadas por un pueblo ensoñado y mitificado. En consonancia, a lo largo de sus páginas destaca la mención reiterada de la gesta anticarlista del 5 de marzo, recordada a partir del festejo popular de la Cincomarzada, así como de la Guerra de Independencia a partir de la serie «Guerrilleros aragoneses de 1808» que aparece en las tres últimas revistas. Fernández y Mainer señalan sobre esto que los redactores de *Aragón* «identifican el heroísmo popular que defendió la República con la tradición de resistencia democrática que atribuyen a la francesada y que infieren a la pugna de liberales y carlistas» (1991: 10). Con este ejercicio, nos dicen, pretenden dar lecciones de fidelidad sobre la que consideraban la tradición auténtica de la patria, frente a la que estaban inventando los franquistas (10). En esta misma línea, identifican al pueblo aragonés con una clara voluntad para el cultivo del derecho basado en un desarrollado hábito para legislar, pero no así para obedecer (*Aragón*, «Ventanal», nº 1, 1943: 1).

En sintonía con lo anterior, en su primer número podemos encontrar un romance, «Romance de la doncella guerrera» (1943: 5). En él un padre habla de la fama de las guerras entre Francia y Aragón y se lamenta de que su mujer no le haya dado ningún varón. Toma la palabra después su hija menor y le dice que ella irá a la guerra, apretando sus pechos para que no se noten, quemando sus manos blancas al sol, tapándose sus ojos, con tal de servir a su padre y que no sepan que es mujer. De este modo, marcha a la guerra con el nombre de Don Martín de Aragón. Cuenta que nadie la reconoció, salvo el hijo del rey. En consecuencia, la madre del chico insta a su hijo a que le haga pasar unas pruebas a Don Martín para saber si es hombre o mujer y todas acaba superándolas como hombre, por lo que su subterfugio y su secreto continúan a salvo. Sin embargo, cuando el príncipe le invita a nadar, ella inventa una excusa para marcharse y al irse confiesa que le sirvió en realidad una «doncella leal». Tras esto, la doncella regresa a casa tras haber cumplido con el deber familiar. Al llegar, pide a su madre la rueca para hilar, ya que «las armas y el caballo bien los supe manejar». El relato concluye con el príncipe llamando a la puerta de su casa.

Este romance contribuye sin lugar a dudas a la definición de un carácter guerrero aragonés. Según he podido rastrear, el romance fue recogido en *Flor nueva de romances viejos* por Ramón Menéndez Pidal en 1928, dentro del libro cuarto titulado «Romances del Cid»¹⁶². Ya habíamos señalado anteriormente que a principios de siglo XX la influencia de Pidal en cuanto a la demarcación de los elementos que conformaban la tradición nacional era muy

¹⁶² Se ha consultado la edición de 1973 editada por Espasa-Calpe: Madrid.

importante. Por ello, escoger un romance recopilado por este filólogo conecta con una figura esencial para la invención de España de la que nos hablaba Inman Fox (1998). Además de lo anterior, este romance representa muy bien la tradición que a lo largo de la revista se pretende recrear o con la que buscan conectar, la cual está en buena medida conformada por la resistencia al influjo extranjero, sobre todo francés. Por otro lado, muy seguramente no sea fortuito el hecho de que la protagonista sea una doncella. Esto conecta, entre otras cosas, con el protagonismo que las mujeres tuvieron mientras duró la República.

Cercano a él, puede darnos alguna orientación el fragmento de un texto de Azorín presente en la misma página. En él se nos dice que el carácter de los de Aragón es fuerte, de naturaleza noble, dura y bravía, así como de entereza varonil por su tesón, por su constancia, su rectitud y por su amor a la independencia (1943:5). Por ende, el romance busca representar estos valores, otorgándoles, además, el peso del tiempo, e incluso del espacio, ya que su difusión espacio-temporal es muy elevada¹⁶³ y sin mucho riesgo de error seguramente nos encontremos con uno de los romances más conocidos dentro de Aragón.

Tras esto, no se encuentran en el resto de los cinco números de la revista textos literarios propiamente populares o que estén relacionados con esa tradición. Lo que sí podemos encontrar, no obstante, es una veta de poesía neopopularista expresada en los poemas de Federico García Lorca «Corrida de Toros en Ronda», «El lagarto está llorando», «Nana» de su obra *Bodas de sangre*, «Canción del Jinete» y «Despedida» (nº 4, 1944; 12); en la noticia de la publicación del libro de Concha Méndez, *Villancicos de Navidad*, del cual destacan su «abolengo popular» porque «con recursos tan elementales como sencillos logra auténtica belleza» (nº 5, 1945: 7); así como en los tres fragmentos del romance en tres jornadas *La niña guerrillera* de José Bergamín: «España sin sueño», «La estrella nunca vista» y «Primavera bajo la nieve» (nº 5, 1945: 11).

¹⁶³ Pidal (1973: 203) señala que este romance no figura en cancioneros ni pliegos sueltos antiguos, pero apunta que era muy conocido en el siglo XVI, porque en la *Aulegraphia* de Jorge Ferreira un galán de la corte portuguesa canta a la guitarra los dos primeros versos, y los canta en castellano. El autor ha podido encontrar casi un centenar de versiones. Encontró variantes que se extienden por todo Portugal y en las islas Azores. También de Castilla se propagó a Cataluña, donde Milá recogió versiones de lenguaje castellano mezclado con catalán. Indica que lo conocían igualmente las comunidades judías de Tánger y de todo Marruecos, así como las de Hungría, Serbia, Grecia, Constantinopla, Asia Menor y Palestina. Además, un canto de asunto igual, y muy parecido al castellano en su plan y movimiento, está divulgado por el Piamonte y por otras partes del norte de Italia. También existe forma análoga en Francia. Fuera de los países latinos hay cantos semejantes en Grecia y Albania, donde una canción se refiere igualmente a una doncella cuyo padre lo es de siete hijas sin ningún varón, y varias de las pruebas a que es sometida la muchacha disfrazada coinciden con las del romance.

El texto que introduce los textos de Bergamín destaca la «entrañable españolidad del autor» (nº 5, 1945: 11). Importa, por tanto, que la creación culta conecte con la «entraña», con la tradición rescatada y configurada durante las décadas precedentes a la guerra. Esto lo consigue en buena medida escribiendo en forma de romance, el cual había sido ensalzado como género lírico nacional por Pidal y otros¹⁶⁴. Por otro lado, la acción del texto tiene lugar en el Alto Aragón, cerca de la frontera francesa. De él destacan lo siguiente:

se funde lo más recio y genuino del alma de nuestro pueblo, alma y materia de la obra misma que, al decir de Unamuno, es donde se deriva la verdadera sustancia del buen teatro español y en donde se encuentra la raíz de toda su grandeza. Y es así como en la heroína de hoy, nacida de la nueva epopeya de España, se nos dan las vicisitudes tradicionales de la raza con la riqueza y precisión del teatro clásico castellano. (nº 5, 1945: 11)

Como podemos observar vuelve a aparecer una heroína como protagonista, de la cual destacan su conexión con las «vicisitudes tradicionales». A través de ella brota o encuentran las ideas relacionadas con la *intrahistoria* de las que nos hablaba Unamuno¹⁶⁵.

El editorial del segundo número (1944: 1) de la revista anuncia que se ha constituido La Peña Joaquín Costa y Aragón será su órgano de expresión. La figura de Joaquín Costa es muy importante para José Ramón Arana y lo será igualmente para esta revista y para la Peña. En este mismo número incluirán un artículo titulado «Costa, educador de España» donde lo caracterizan como un titán, llegando a declararlo «héroe del pueblo» (3). Si regresamos al editorial, se señala que, al igual que Aragón, la agrupación se declara no política, sino únicamente antifascista. Buscará huir de las discrepancias, luchar por la unidad y ayudar a la divulgación cultural. Por otra parte, en este número se nos darán algunas claves importantes sobre la mentalidad y los valores que quieren defender sus colaboradores. En «Supervivencia de Aragón» (1), por ejemplo, se escribe en favor de la autonomía de la región frente a España. Autonomía que no se logrará «mientras no se recuerde que tiene una tradición de fuerza y prestigio» basada, como señalábamos anteriormente, en la valentía y la resistencia al influjo extranjero, ya sea en la Guerra de Independencia frente a los franceses o en 1592 frente a la imposición de la Inquisición de los Austrias¹⁶⁶. Así pues, en la sección «Cierzo» (2) desvelan algo más sus intenciones. Apuntan que los colaboradores de la publicación trabajan por reconocer su propia tradición, atendiendo a las tareas que les «incumben como pueblo en el concierto de los pueblos de España» (2). Unas líneas más adelante nos dirán: «para que nuestra

¹⁶⁴ Veáse el apartado 4.3.

¹⁶⁵ En el apartado 4.4. revisábamos y explicábamos este concepto.

¹⁶⁶ En el primer número se señala que «el pueblo de Aragón se alzó como un solo hombre ante la violación de sus fueros que implicaba el traslado de Antonio Pérez de las manos de la Justicia a las de la Inquisición. [...] Institución que [...] era castellana. ES DECIR, EXTRANJERA». (nº 1, 1943: 2)

España sea más fuerte, más culta, más ancha y honda en el corazón de los hombres; es menester que los pueblos que la integran sean células vivas en el gran cuerpo que nos dio vida y nos llenó de substancia» (2).

Una de las grandes influencias, no sólo de Arana, sino también de la revista, es Antonio Machado y sobre este poeta se habla en el número 3. En el artículo «Antonio Machado y sus sombras» (1944: 1) se habla de él como «esta voz honda, esta voz pura, [en la que] sangra ese pensamiento popular español haciendo palpitar con ritmo eterno su latido». Se le recuerda por estar conectada su poesía de forma auténtica con el canto y la literatura popular anónima que proviene del pueblo. Lo anterior queda todavía más claro en el texto añadido a cuatro de sus poemas: «El poeta y el pueblo» (8). En este fragmento, Machado habla sobre si el poeta debe escribir o no para el pueblo o permanecer «encerrado en su “torre de marfil”». Confiesa que le gustaría escribir para el pueblo, pero esto es «escribir para el hombre de nuestra raza, de nuestra tierra, de nuestra habla» (8). Lograr esto, insiste, «nos obliga a rebasar las fronteras de nuestra patria, escribir también para los hombres de otras razas, de otras tierras y de otras lenguas» (8). Según el andaluz, Tolstoi, Shakespeare o Cervantes lograron hacerlo. Él se muestra de manera más modesta, pero lo que sí que podemos observar es que escribir para el pueblo significa estar conectado con una tradición representada por aquellos que supieron entrar en contacto con la literatura que aquí nos interesa. Conectar con la tradición literaria, la popular, convierte al discurso en universal, como veremos más adelante, y hacia este sentido se dirigían algunas de las ideas planteadas por Herder.

Los editoriales del cuarto y quinto número nos dan algunas claves claras de lo que pretende la revista. En el cuarto se dice que es menester arrancar de la indiferencia a los intelectuales aragoneses porque «necesitamos de ellos, y ellos, necesitan suelo, substancia, paisaje humano, para no quedarse con la raíz al aire, como los árboles muertos» (1944: 2). Lo anterior está ligado a recomponer, a recrear, la tradición, lo que fueron y son, como apuntaban en anteriores números. Es importante señalar esto, ya que, a pesar de existir pocos textos literarios realmente populares, su importancia y su influencia está presente en el pensamiento de los colaboradores de la revista con el objetivo antes mencionado: recordar, no olvidar, ligarse a una construcción regional que, incluso, algunos habían ayudado a crear décadas antes de su llegada a México. La resistencia y la manera de superponerse a la situación, por tanto, se basa en no sentirse vacíos, ajenos de tradición, y con tradición, de identidad cultural y política. En el editorial del quinto número acaba por definirse esta intención. Ante la situación de complicidad de diferentes gobernantes con Franco, «el pueblo se ha organizado de nuevo y

adquiere carácter de epopeya» (1945: 2). No en vano utilizan la palabra «epopeya», pues recordemos que la construcción nacional de finales del siglo XIX y principios del XX había conferido una importancia capital a la épica hasta el punto de considerarla como «epopeya nacional». A fin de cuentas, la elección de esta palabra no es fortuita, ya que como veremos en la siguiente revista un personaje de este género literario tan importante como es el Cid será reivindicado por su valor de desterrado y sobre él, una y otra vez, se discutirán las cuestiones nacionales e identitarias.

Así las cosas, *Aragón* dejará de publicarse en 1945, año marcado por el desencanto y la desesperanza de ver lejana la posibilidad de regreso tras la no intervención europea al acabar la II Guerra Mundial, además de la dispersión de sus colaboradores y «las disputas políticas entre los exiliados» (Fernández Clemente, en Arana, 2005: 57). Valender y Rojo nos señalan que sus pretensiones consistieron en alejarse de una política partidista, priorizando mantener los vínculos culturales asociados a las distintas regiones del país, buscando la patria chica, lo local, desde la nostalgia por lo perdido, pensando que todo ello conduciría a fortalecer la unión a partir del esfuerzo colectivo (1999: 21). Tras *Aragón*, José Ramón Arana participará en *Ruedo Ibérico* (1944)¹⁶⁷, donde insistirá en la unidad y en que los españoles desperdigados dialoguen sobre la patria (Valender y Rojo, 1999: 22)¹⁶⁸. El zaragozano representa bien ese desencanto y desafección con respecto a las organizaciones políticas del exilio de las que nos hablaba Jorge de Hoyos. Hacia esta línea también se dirigirá su libro *Politiquería y política*¹⁶⁹ (1945).

Tras todo esto, cabe concluir diciendo que, si en *Aragón* se había pretendido reivindicar lo aragonés, nos cuentan Valender y Rojo (1999: 23), que en *Ruedo Ibérico* se cambiaban las miras y se daría un paso hacia la búsqueda de los problemas generales de España. En la primera, el ejercicio se dirigía hacia reconquistar, mientras que en la segunda los esfuerzos se preocupaban por reconstruir (24). Al no continuar publicándose *Ruedo Ibérico*, la revista en la que este cambio de perspectiva se manifestará será *Las Españas*.

¹⁶⁷ La revista sólo tuvo un número (Valender y Rojo, 1999: 23).

¹⁶⁸ En su artículo, Arana decía: «Solamente aquí, en la Ciudad de México, salen a la luz más de dos docenas de publicaciones editadas por partidos, grupos y fracciones de la emigración republicana española». Para él estas publicaciones sólo pretendían «mantener bien vivo, bien fresco en la memoria de las gentes, cuanto nos divide y aparta» (Valender y Rojo, 1999: 23).

¹⁶⁹ Editado curiosamente bajo el mismo sello que *Ruedo Ibérico* (Fernández Clemente, en Arana, 2005:57).

6.3. La patria fuera y dentro de casa: la revista *Las Españas*

Tras *Aragón*, Arana animó y promovió otros proyectos culturales que resistieran el paso del tiempo. Así, conviene hablar ahora de la revista *Las Españas*¹⁷⁰. Según Eloy Fernández Clemente, tras la segunda contienda mundial, en esta revista se reflejará un proceso de rearme moral, análisis de la nueva situación y búsqueda de fórmulas para avanzar hacia la concordia de los españoles (en Arana, 2005: 59). En este sentido, Alicia Alted añade que supone un «intento loable por aglutinar a los españoles de dentro y de fuera como intelectuales intérpretes de la sensibilidad popular que permitirá reencontrar una conciencia nacional perdida» (en Fernández Clemente, 2003: 117). Desde esta «tribuna de expresión»,¹⁷¹ pretenderán reconstruir, junto con los jóvenes de la Península, la patria rota, tratando de entenderla como plural, respetuosa y democrática. Para ello, será necesario reflexionar sobre las causas de la guerra, tratando de ver en qué falló la República y la actitud en general de los que formaron parte de ella.

La revista se publica entre 1946 y 1953 (números 1 a 23-25) y reaparece en 1956 con un triple número (26-28) con el que termina la publicación. Fundada por José Ramón Arana junto con Manuel Andújar y Anselmo Carretero, su pretensión era la de contar con suscripciones no sólo en México, sino en diferentes países hispanoamericanos, así como en Estados Unidos, Francia e, incluso, en España, distribuida de forma clandestina¹⁷². Además de fundarla, José Ramón Arana escribirá todos los editoriales, al igual que en *Aragón*, así como otros artículos y participaciones. Valender y Rojo (1999: 44) indican que se gestó desde una situación de ciertos apuros económicos, ya que contaban con escasos ahorros para tres números. El hecho de que perdurara puede indicar según estos autores que conseguía traducir las preocupaciones del entorno. De uno u otro modo, en su primer número la definen como «revista independiente sin capilla política», y podremos dividir su trayectoria en tres etapas: una primera englobará los números publicados entre 1946 a 1950; la segunda recorrerá los años comprendidos entre 1951 y 1956; y la tercera que corresponde a los años comprendidos entre

¹⁷⁰ Para abordar esta revista recomendamos los estudios de Francisco Caudet (1992) y el de James Valender y Gabriel Rojo Leyva (1999). Además, *Las Españas* puede encontrarse completamente digitalizada en la Biblioteca del Exilio de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes a partir del siguiente enlace:

https://www.cervantesvirtual.com/portales/biblioteca_del_exilio/partes/238659/las-espanas-revista-literaria.

Recordamos que las referencias a los textos de su interior se realizarán siguiendo el siguiente orden: nombre de la revista, sección, número, mes y año de publicación, página. Algunos de estos datos podrán obviarse en los casos en que quede clara su referencia.

¹⁷¹ Caudet (1992: 23) se refiere de esta manera a las revistas del exilio.

¹⁷² Manuel Tuñón de Lara, quien dirigía desde 1944 el *Boletín* de la Unión de Intelectuales Españoles en Francia, comenta que la revista consiguió llegar a sus manos e, incluso, a España (en Caudet, 1992: 13).

1957 y 1963 en los que decidió renombrarse como *Diálogo de las Españas*, la cual hemos decidido no incluir en este trabajo dado que no existe todavía una buena edición.

Además de la revista, se formaría un grupo a su alrededor denominado como *Amigos de Las Españas* (1949)¹⁷³, desde el que se editarían suplementos, ediciones de algunos libros, se promoverían concursos y diferentes eventos culturales, entre otras muchas cuestiones. Sobre este colectivo Núñez Seixas nos dirá que en sus proyectos siempre existirá una tarea de reflexión colectiva y transversal, al margen de los partidos políticos y en torno a la nación (2020: 81). Según este autor:

Este grupo expuso y defendió una concepción diversa de la nación constituida como agregación de naciones con personalidades propias y bien definidas por el curso de la historia, incapaces de encajar dentro de un Estado centralista, Puso en marcha diferentes publicaciones y fue motor del Ateneo Español de México, institución cultural con ansias integradoras y apartidista. (Núñez Seixas, 2020: 92)

La concepción federalista que construyeron se vería reflejada incluso en el relevante espacio con el que contaban las literaturas de diferentes naciones de España (Valender y Rojo, 1999: 183).

El hecho de que se titulara *Las Españas* se fundamenta en la necesidad por parte de los exiliados de constituirse en una España diferente a la de Franco. En este sentido, es muy útil atender al artículo «Dos Españas», publicado en el número 2 por Pedro Bosch Gimpera (nov. 1946: 1), quien habla de una España «oficial» y de otra «heterodoxa». Francisco Caudet indica al respecto:

La «oficial clamaba por una continuidad histórica» y pretendía «restaurar la “verdadera” tradición española depurada de desviaciones. [...] Hecha por los Reyes católicos, por los Austrias y los Borbones, la epopeya carlista, Miguel Primo de Rivera y Franco». Su ideal es «Volver al siglo XVI, restaurar el imperio, por lo menos en la dirección espiritual de América».

La «otra» España, estaba representada por el Cid, por el pueblo castellano derrotado en Villalar, por Pi y Margall, por la República de 1931. [...] Esa «otra» España, la verdadera, había que buscarla debajo de la superestructura de lo que él llamaba «El Imperio romano-visigodo-leonés-trastámara-habsburgo-borbónico-falangista» que no es España. (Caudet, 1992: 298)

¹⁷³ Caudet (1992. 281-283) nos señala que este grupo se reunía para debatir cuestiones que posteriormente publicarían en la revista. Por ejemplo, en 1948 indica que se reunieron y escogieron veintidós temas, de los cuales tratarían tres: «España y el problema de las nacionalidades», «El problema religioso» y «La agricultura y el problema agrario». Para ello, asignaban cada uno a un grupo especializado, cuyo resultado volvería a debatirse dentro del colectivo, quienes aportarían sugerencias. De las conclusiones colectivas que pudieran generarse, pasarían a redactar y publicar los resultados. Así, encontraremos los suplementos: «Las nacionalidades ibéricas» escrito por Anselmo Carretero (1962), «Proyecto español» por Juan Bizcaíno (1965) y «La cuestión religiosa» por Mariano Granados (1959). En este caso, estos artículos fueron publicados por el sello de *Las Españas*, pero aparecerían en la posterior *Diálogo de las Españas*. Todo esto muestra una labor de diálogo y convivencia detrás de la publicación de la revista.

Para esa «Otra» España, de la que se creerán representantes los editores y colaboradores de la revista, la literatura popular (canciones, romances, épica, etc.) será la portadora de un carácter nacional democrático sobre el que construirán una identidad colectiva.

6.3.1. Primera etapa: tradición nacional de resistencia

Comenzando por su primera etapa, en 1945 se produjo el logro más importante de los políticos e intelectuales republicanos: haber contribuido a que la Asamblea de las Naciones Unidas condenara formalmente al régimen franquista y no lo aceptara como miembro de dicha organización (Caudet, 1992: 25). Tras esto, en 1946, Francia decidió cerrar las fronteras con España y Polonia y solicitó ese mismo año al Consejo de Seguridad de la ONU que sus miembros rompieran relaciones diplomáticas (25). Caudet nos señala, que, ante esta situación de ostracismo internacional, el régimen optó por desarrollar una proyección diplomática y cultural hacia Hispanoamérica (26). Por su parte, Valender y Rojo indican que lo que podemos encontrar a lo largo de esta primera etapa es una preocupación por la España del momento surgida como rechazo ante la progresiva penetración del franquismo en el continente americano y la campaña de proselitismo que estaba llevando a cabo desde 1945 (Valender y Rojo, 1999: 147). Además de lo anterior, en los años que van de 1946 a 1951 *Las Españas* destacará por mostrar un celo por los valores vivos de la tradición.

Si nos sumergimos en ella observamos que tuvo un enorme protagonismo el recuerdo de diversos paisajes urbanos, rurales y humanos de la amplia y variada geografía española¹⁷⁴. Para ello se creó una sección bajo el epígrafe «España en el recuerdo». Por otro lado, en la sección «Jóvenes escritores» se daba paso a creadores noveles que entregaban sus primeras publicaciones, junto con otras secciones como «Poesía en el destierro», donde la primera generación del exilio publicaría sus poemas. Además de esto, resultan interesantes las lecturas que empiezan a hacerse de las obras y la literatura que llega desde el interior de la Península. Arana, por ejemplo, en el artículo «Ecos, voces y sombras» (ene. 1947, nº 3: 10-11), comentó la antología *Poesía española actual*, publicada en la España de Franco¹⁷⁵. En este artículo mostraría una imagen negativa, ya que creía que la poesía del interior había sido reducida a la expresión del odio y el canto a la muerte, sin emoción, reducida a un cúmulo de palabras

¹⁷⁴ «El Madrid de los madriles» por José Bergamín (nº 1, oct. 1946: 1); «Mi Asturias» por Luis Santullano (nº 2, nov. 1946,: 9 y 13); «Almería, ciudad arábigo-andaluza» por María Enciso (nº 3, ene. 1947: 5); y «Málaga» por Manuel Andújar (nº 4, mar. 1947,: 16).

¹⁷⁵ Publicada por Antonio Moreno (1946). Madrid: Ed. Nacional.

(Caudet, 1992: 270). Con el mismo ánimo reseñaría Manuel Andújar¹⁷⁶ la novela *Nada* (1945) de Carmen Laforet.

Por otro lado, en esta primera época de *Las Españas* se publicaron dos números extraordinarios: el número 5, dedicado al cuarto centenario de Miguel de Cervantes, y el número 7, a la UNESCO. En este último se presentó un balance de la labor cultural y científica desarrollada durante la República en España, así como en el exilio. Al mismo tiempo, se presentaba un balance del retroceso, cultural y científico, experimentado en España bajo el franquismo (Valender y Rojo, 1999: 129).

Ahora bien, si abrimos las páginas del primer número (oct. 1946) en busca de textos o de representaciones de lo popular, conviene prestar atención, en primer lugar, a algunas ideas que se lanzan desde su editorial. En él se nos dice que la revista pretende ser un «instrumento de trabajo», encabezada por «nuestros más destacados intelectuales», con el objetivo de «entre todos pensar la España nuestra, popular, tradicional, y por verdaderamente tradicional, revolucionaria» (2). Lo que encontramos en la anterior declaración es una concepción popular de la nación que se mantendrá presente a lo largo de toda la vida de la publicación.

Esta concepción popular de la nación, podremos hallarla, de igual modo, en la visión que tienen del arte y de la literatura. En este sentido, podemos destacar el artículo «España en el recuerdo: el Madrid de los Madriles» (1 y 8) de José Bergamín, donde se reivindica la figura de Lope de Vega, «primera conciencia singularísima de lo español» por crear el «teatro popular español» (1). De su obra dramatúrgica destacan la «auténtica conciencia nacional» resultado de haberse popularizado previamente (1). Por otro lado, en la línea de establecer genealogías y referentes, Benjamín Jarnés, en «Quevedo figura actual» (1 y 8), nos habla del literato del Siglo de Oro como «poeta español actual» y destaca en él su influencia clara de la corriente culta y popular (1). Según el aragonés, Quevedo sacrifica su erudición por «dar brillo a la corriente popular» y esto es lo que lo hace a un escritor arraigado y universal, muy al contrario del escritor cosmopolita, «condenados a ser leídos sólo por una zona reducida de gentes» (8). Observamos, por tanto, que desde la primera página existe una valoración positiva de la influencia de la corriente o de la tradición popular en los autores que están escogiendo para conformar su panteón referencial con el que van a repensar y construir su identidad.

Política, nación, historia y literatura popular se entremezclan en otro artículo de este mismo número: «Joaquín Costa: el gran refugiado» (4) escrito por José Ramón Arana. En él

¹⁷⁶ En «Los libros» (nº 2, nov. 1946: 4).

nos cuenta sobre este político aragonés que tanto le influyó que trató de buscar raíz española y popular a la República acudiendo a los refraneros, romanceros y gestas de la Península. Escribió su introducción a un tratado de política inspirado en todo ello, buscando asentar una nueva «estructura política de España en la vieja entraña viva de su pueblo» (4). En una serie de fragmentos insertos en la misma página, titulados «Del ideario de Costa» (4), se insiste en lo anterior. Uno de ellos, «Programa político del Cid», nos presenta a una figura de la que se va a hablar mucho en la revista. Costa considera al Cid como «expresión sintética de la nación», «ley de nuestro pasado» y «norma de conducta que debemos observar en el presente». En otro fragmento titulado «La epopeya española» señala que nuestra epopeya se caracteriza por su elevado principio de Justicia. Según su lectura, en la epopeya se anulan las particularidades y el interés individual. Por último, en «Doctrina del pueblo», Arana nos señala que todos los anteriores géneros populares (refraneros, romanceros y épica o gestas), sobre los que pretende construir su tratado político, guardan la doctrina, «las entrañas mismas de la sociedad», sobre las que debe construirse el Estado. Veremos que esta cuestión será relevante, ya que se pensará que el fracaso de la guerra ha podido deberse a no haber comprendido y estar desconectados de ese pueblo atemporal que tendría que ser el verdadero motor del Estado y de la nación.

Ahora bien, si hablamos de textos que pertenezcan propiamente a la tradición popular, podemos encontrar una pequeña sección titulada «Del refranero» (3) donde glosan diferentes refranes y frases hechas con los que quizá desean recordar la manera de hablar de su tierra. Seguramente también sirvan para conectar con esa sabiduría que pensaban que portaba el habla popular. Por otro lado, encontramos en este primer número uno de los textos que nos llevó a pensar que quizá existiría una veta fructífera de literatura popular dentro de esta revista: «Una leyenda: Kresala» (11), escrito por María Dolores Arana. En este texto se reproduce una leyenda¹⁷⁷ que habla del momento mismo en que las tradiciones milenarias precrhistianas mueren y dan paso al cristianismo. Según nos cuenta la autora, este «pueblo milenario», sin señores y sin esclavos, que honraba al macho cabrío como símbolo de la fecundidad y al terrible *Basajaun* «de ojos encendidos», además de al rayo, al trueno, a los árboles y a las fuentes, se preparaba como cada año para la festividad relacionada con el nacimiento del Sol una noche de julio. Según el relato, en un lugar cercano a Urruña existe un monte al que deben ascender los sacerdotes más sabios con una antorcha encendida que no debe apagarse por el camino. Al

¹⁷⁷ No ha podido encontrarse ningún estudio ni referencia que pueda indicarnos de dónde pudo venir la inspiración para que María Dolores Arana publicara esta leyenda. Lo único que ha podido encontrarse que quizá tenga relación es la obra clásica para la literatura vasca de temática costumbrista *Kresala* (1906) del cura Domingo Aguirre, en el cual se hace un recorrido por la costa vasca describiendo lugares y sus gentes. Quizá María Dolores Arana pudo sacar esta historia de ahí.

parecer, el sabio Choriburu, el cual no tenía hijos varones, sólo contaba con una hija muy hermosa, Kresala, la cual profesaba «gran amor por las tradiciones de su pueblo», pero no tanto por otros jóvenes. Ese año, Choriburu encendió una gran hoguera en lo alto del monte y se retiró a descansar. Su hija se acercó y su padre se lamentó ante la invasión que estaba sufriendo su pueblo de cultos y ritos cristianos. El padre estaba cerca de morir y pedía a su hija que no olvidara sus tradiciones. Al morir, poco después, Garoa, acompañante y amigo de Kresala, bajo al pueblo a por los objetos personales de Choriburu. Al volver, Kresala ya no estaba. Se había convertido en una cascada que brotaba de la tumba de su padre.

Poco se puede decir de esta leyenda sin riesgo de errar, pero lo que sí es cierto es que se presenta a los vascos como aquel pueblo jamás sometido «ni por fenicios, ni griegos, ni cartagineses, ni romanos» (11). Observamos, por tanto, que de nuevo reivindican una identidad adscrita a una nacionalidad española desde una tradición de independencia y resistencia, al igual que en el caso aragonés. Por otro lado, dicen de él que «hasta bien entrada la Edad Media, el pueblo vasco [...] adoraba al Sol, al que llamaban también Urtz-Thor». Esto puede tener que ver con la doble dirección hacia la que dirigen el afianzamiento de su identidad en el exilio: por un lado, hacia sí mismos, recordando leyendas posiblemente conocidas por todos; por otro, hacia la sociedad mexicana de acogida. Atendiendo a este segundo sentido, lo cierto es que la representación premoderna y precristiana que hacen del pueblo vasco quizá pueda querer conectar y acercarse a la cosmovisión azteca, ya que, para los *mexicas*, igual que para muchas otras culturas, por supuesto, el Sol era un elemento central. Si acudimos a los estudios de Rosa María Grillo (1990) y Tereza Férriz Roure (1994 y 2003), estas autoras nos señalan que la revisión o el rescate de la tradición popular podía querer conectar con la tradición que el país mexicano, así como otros países hispanoamericanos, trataba de rescatar para constituir su identidad nacional desde su independencia. En México, esta construcción recuperó lo popular y con ello, en gran medida, lo indígena. Quizá María Dolores Arana esté queriendo dialogar con esta cuestión al presentar al pueblo vasco dese una concepción premoderna.

Si nos adentramos en el segundo número (nov. 1946) nos encontramos el anuncio, dentro de la Editorial Centauro S. A., de la publicación de un libro relacionado con lo anterior: *Tradiciones y leyendas españolas*. Se trata de una obra seleccionada y prologada por Juan José Domenchina en la que se recogen, según nos apuntan, «las más bellas tradiciones, leyendas y creaciones populares de carácter nacional y provincial» (15). Vemos, por tanto, que el gusto por las leyendas supone algo, cuanto menos, reseñable para el comité de redacción. Podríamos destacar, además, en este caso la aparición conjunta de «creaciones populares» y «carácter

nacional», creándose así un binomio que va a servir de soporte para la identidad del colectivo. El asunto de las leyendas no se queda aquí, pues en el número cinco (jul. 1947: 18) la editorial Fomento del libro S. A. recomienda la lectura de un título publicado bajo su sello: *México: Leyendas y costumbres. Trajes y danzas*. (1945), seleccionado por Luis Álvarez y Álvarez de la Cadena. Por todo lo anterior, podríamos aventurarnos a decir que muy probablemente las leyendas y los relatos populares cumplieran una función importante dentro de la constitución de la identidad, ya no sólo de los exiliados en México, sino también para México. Si regresamos a su editorial (2), nos explican que con el trabajo que pretenden a través de *Las Españas* quieren «encontrar a España y volverla a su ser», «sacar los viejos cimientos, -lo entrañable, lo substancial de nuestro pueblo- y construir de nuevo con él y para él». Por ende, acudir a los relatos que conciben, surgen y caracterizan al pueblo quizá pretendan generar solidez y sustrato para la nación que desde el destierro quieren vislumbrar.

Tras ocho años de exilio, comienzan a preguntarse por las causas de la tragedia ocurrida con la Guerra Civil. Esto los lleva a la responsabilidad de mirar mucho más atrás de 1936 y hundir las raíces en la tradición tratando de buscar los verdaderos rasgos definitorios, así como las posibles desviaciones y errores. Vemos esto reflejado en el editorial del tercer número (ene. 1947: 2) cuando invitan a la comunidad exílica a pensar todo, a volver sobre «el cimiento vivo, [...] nuestro pueblo» y soñar sobre «España, nuestra España, la popular eterna y verdadera». Consideran que revisando la tradición podrán encontrar lo que los define y los hace ser españoles. Una vez logrado, podrán construir una «democracia auténtica, popular, revolucionaria, verdaderamente española» (nº 4, mar. 1947: 2). Además de lo anterior, el exilio y la geografía de acogida son el lugar donde poner sobre la mesa todos estos proyectos de futuro y todas estas aspiraciones. En el número 6 indican: «necesitamos una idea de España y hay que formularla en el destierro, donde existe tiempo de pensar y libertad para expresarlo» (sept. 1947: 2).

En consonancia con lo anterior, en el número 3 aparecen interesantes escritos que pretenden recordar o recrear la imagen popular que en algunos momentos pudieron tener ciertas zonas del país. Vemos esto, sobre todo, en «El traje regional de España» (nº 3, ene. 1947: 9 y 15), donde recuerdan atuendos y ropajes de Ibiza y Segovia, principalmente. Por otro lado, llama la atención el artículo «Castilla, en el panorama de las Españas» (3 y 6), escrito por el editor Anselmo Carretero. En este artículo, Carretero, frente a la «España, una, católica e imperial, [que] es antiespañola y extranjera», él reivindica «la española la de los viejos castellanos, [que] es democrática». Nuestro autor acude a la tradición y a la historia para afirmar

que en Castilla no se aceptan leyes imperiales y su naturaleza es popular y democrática. Estas leyes se encuentran expresadas en sus instituciones, así como, y esto nos interesa más, en su epopeya. Saca muchas de estas ideas de las teorías de Ramón Menéndez Pidal y también de Joaquín Costa, según el propio Carretero reconoce. Sobre la epopeya, viene a señalar que el héroe característico en ella es popular, frente al que existe en otras tradiciones nacionales donde «los héroes son príncipes o caballeros de alta alcurnia» (3). Frente a lo anterior, «el héroe máximo de la epopeya castellana es un simple infanzón que, en nombre del pueblo castellano, toma juramento al rey antes de darle la corona» (3). Refiriéndose al Cid llegará a decir que «nuestro héroe representa, según palabras de Costa [...], la lucha política contra los reyes, la lucha política contra el imperio» (6). Así pues, la representación que se está haciendo del Cid les sirve para presentarse como antiimperiales y, por tanto, como un grupo diferente y enfrentado a los ideales que con sus nuevas ideas de hispanidad estaba desarrollando Franco y lanzando hacia Hispanoamérica, gracias en buena medida a la creación de los Institutos de Cultura Hispánica. Además de lo anterior, esto les permite muy seguramente alejarse de la imagen del *gachupín* que no agradaba a los mexicanos ni a otros países hispanoamericanos del momento.

Unido a lo anterior, en el mismo número podemos comentar la reseña (4) a un libro muy relacionado: *La epopeya castellana a través de la literatura española* (1946) escrito por Ramón Menéndez Pidal y publicado en Buenos Aires. Se dice del libro que se escribió para un país que no tenía leyenda heroica ni tradición literaria rescatando la voz de «un pueblo que supo pervivir en el arte a pesar del tiempo, de las modas literarias y de las influencias extranjerizantes» (4). Según Pidal en esta obra, «los temas tradicionales dan una fundamental nota de continuidad en la literatura española, aspecto de unidad y de individualidad» (4). Con su trabajo estudia los orígenes de la epopeya, el *Poema del Cid* y el acervo del romancero para concluir que «el genio del pueblo [...] poetiza la historia, glorifica la lealtad y la hidalguía castellanas» (4). La reseña termina señalando que el sentimiento popular caracteriza de manera muy especial a una parte significativa de la literatura española. Podremos observar cómo buena parte de los colaboradores agrupados alrededor de *Las Españas* buscarán continuamente en los escritos de Cervantes, de Lope, de Quevedo o de Larra, entre otros muchos, ese sentimiento y esa concepción literaria. Como hemos señalado al principio de este trabajo, Menéndez Pidal es en buena medida responsable de la concepción que se tiene de la literatura popular. Por ello, recordarlo desde el exilio siempre supondrá una suerte de reconexión con una figura central dentro de un proceso de construcción nacional al que se quiere volver o, quizás, al que se quiere

redefinir. Podría añadirse, por último, que en Argentina la Editorial Atlántida publica poco después *El Romancero de España y América* de Luis Santullano (nº 6, sept. 1947: 2), autor del que tendremos oportunidad de hablar más adelante y que continuará muchas de las líneas marcadas por Menéndez Pidal.

Llegados a 1947, dos años después del fin de la Segunda Guerra Mundial, se produce una disminución en la intensidad en que aparecen tanto textos populares, como artículos relacionados con ellos. Esto puede deberse a que las esperanzas ahora se dirigían no sólo a caracterizar o a constituir la cultura de la que ellos eran o querían hacerse portadores y portavoces, sino a definir las consecuencias que estaba teniendo para la España que habita la Península el gobierno de Franco. El número siete de *Las Españas* (nov. 1947) supone un buen resumen a este respecto, ya que cuenta con un conjunto de artículos que engloban los avances y el progreso alcanzando con la II República frente a otro conjunto de artículos que se preocupan por la cultura bajo el franquismo, los cuales componen en su totalidad un llamamiento a la UNESCO en defensa de la cultura española. Durante el periodo que duró el gobierno republicano, el planteamiento que entendía la literatura española como esencialmente popular en origen, marcada e influenciada por el carácter que descubren, entre otras cosas, en la figura del Cid, continuaba en la base de los artículos, pero cambiando su orientación y dirigiéndose ahora de forma más clara hacia el contexto internacional tratando de definir con ello a la cultura española como una cultura universal, «que pertenece a la humanidad» (2). Los matices percibidos dentro de los textos populares o lo popular serán en muchos casos los que justifiquen y posibiliten la universalidad o no de una representación o de un autor.

De manera paralela, comienza a fraguarse en las páginas de la revista una revisión profunda, a la vez que una pretensión por consolidar un programa con el que estar preparados si el momento de regreso se presentaba. En este sentido, en el editorial del número ocho (abr. 1948: 3) dicen: «desde hace siglo y medio nuestra historia, la de España, es la de una revolución inminente que no pasa nunca de su etapa inicial». Analizan y comienzan a entender que quizá los errores vienen encadenándose tiempo atrás hasta el momento en que estalla el enfrentamiento civil. Para solucionar esto y poder crear un futuro de convivencia y concordia, «hay que crear un ideal nacional capaz de aglutinar a todo español que merezca serlo y a todos y cada uno de los pueblos de España, ideal fundamental en la realidad de nuestro pueblo». Todo esto habrá de estar basado en una «política popular genuinamente española». Para lograrlo, nos dicen en el editorial del siguiente número (nº 9, jul. 1948: 2), debe buscarse el diálogo, quererse la verdad, para configurar con ello «un programa sencillo, pero que sea raíz para el renacer de

España y [...] el entrañamiento de nuestro pueblo en su propio espíritu». Como veremos, la derrota y el fracaso español, según lo entienden los colaboradores de la revista, comienza a leerse en clave popular. El desvío del cauce histórico, el cual debe estar marcado y alentado por el sentir popular, se debe a que se han entregado las riendas de la política a diferentes sectores, oligarquías y colectivos desconectados de la base de la sociedad y del pueblo. En el número 12 (abr. 1949: 2) nos lo dicen de manera clara: «cuando el pueblo sale del escenario político se produce la parálisis, se pierde el barro de la historia».

Si salimos ahora de los editoriales y volvemos a nuestro objetivo central, en el número 11, dentro de las actividades reseñadas de los *Amigos de Las Españas* (ene. 1949: 13) se añade un comentario sobre la presentación del libro *El romancero en América* de Luis Santullano. Se señala que se destacó en aquella ocasión el papel de los soldados de la conquista para la difusión del romancero a lo largo del continente americano. Se insiste, además, en lo que podríamos considerar ya un lugar común muy repetido en estas páginas: el romancero resulta la creación más popular y representativa de nuestras letras. Unos meses después, en el décimo tercer número de la publicación (oct. 1949: 4 y 14), se reseña para la sección «libros» la obra *Poética del Mío Cid* de Eleazar Huerta publicada en Santiago de Chile, asunto que puede llevarnos a pensar que el Cid y la épica, desde Menéndez Pidal y Costa, suponen en gran parte del territorio en que la comunidad exiliada ha conseguido asentar no sólo el pilar desde el que concebir el carácter de la nación, sino también el foco esencial dentro del conjunto de la literatura popular. En esta reseña se ensalza la cálida erudición del autor y se dice de sobre su redacción que no podría haber sido escrito en «las horas plácidas de una España republicana, sino que al sentir el agudo aguijón del destierro se acordó, a través de los Mares, de nuestro Gran Desterrado». Así pues, en este breve texto se reivindica, entre otras figuras anteriormente destacadas como el Quijote, Goya, etc., al Cid como desterrado, como su «primer exiliado». Explicará esto el autor indicando:

La afinidad dolorida en el sentimiento desgarrado de la patria lejana, hace que una acongojada media voz deje oír la trágica afirmación de que lo más puro del hombre español, lo más patriota, a través del tiempo, ha de estar llorando a España, precisamente muy lejos de ella. ¿Será que el ibero profundo tenga la necesidad del exilio para comprender, con la objetividad amarga de las lejanías y el contraste de las comparaciones, la grandeza de su pueblo sin par? (Huerta, nº 13, oct. 1949: 14)

Observamos en lo anterior, como apuntaba Jorge de Hoyos (2012: 12), que el exilio se convierte en categoría identitaria y el Campeador se convierte en el estandarte principal de esta nueva epopeya¹⁷⁸ que la comunidad exiliada está viviendo. En definitiva, frente a interpretaciones

¹⁷⁸ La propia comunidad exiliada utilizará este término para referirse al fenómeno.

historicistas y realistas de los romances que componen la obra épica destacadas anteriormente, Eleazar Huerta resalta ahora sus «riquezas estéticas» y su estilo «fidelísimo» a los escenarios materiales y espirituales, que huye de filigranas.

Tras todo lo dicho, según avanzaban los números de la revista, la tarea de reconstruir la nación cobraba importancia progresivamente, ya que la dispersión del exilio y las disputas políticas habían roto todo tipo de visión unitaria, tan necesaria para una acción conjunta. En este sentido, en 1949 Arana publicará un folleto complementario a la revista titulado *Por un movimiento de reconstrucción nacional*. Este escrito recogía las preocupaciones del grupo *Amigos de Las Españas*, el cual desde reuniones y encuentros previos al número 10 se planteaba reflexionar sobre las claves necesarias para la convivencia y para la aproximación de posturas en la búsqueda de «una cultura de uso y consumo diario» (Caudet, 1992: 281). Esta labor condujo a preguntarse, a partir del diálogo y la discusión previa a la redacción, por las causas de la guerra, por la labor de los intelectuales en el exilio¹⁷⁹ y por los factores de la decadencia española (285).

En *Por un movimiento de reconstrucción nacional* Arana recuerda que *Las Españas* surge de tres preguntas: ¿Por qué hemos fracasado hasta ahora? ¿Por qué perdió España una guerra que debió ganar? ¿Por qué desembocamos en la guerra? (292). Caudet señala que Arana pretende ofrecer unos principios políticos para un punto de partida (292) y esto se reflejará también en los últimos números de esta primera etapa. En este texto ataca a los diferentes partidos y a las variadas organizaciones políticas por haber sido incapaces de presentar un frente común (293). Frente a esto, Arana confiesa que *Las Españas* tiene una pretensión diferente: «nacida con voluntad de aunar y armonizar pareceres» (293). Así pues, en buena medida, este folleto recopilaba lo dicho por Arana en los editoriales de los primeros 12 números, entre 1946 a 1949. En esta época, nos señala Caudet: «*Las Españas* estaba condenada a ser una voz más en un coro en el que cada quien aspiraba a ser la *prima donna*» (293).

Lo anterior aparece reflejado en las páginas del número catorce de la revista (feb. 1950: 6) cuando en «El ataque de cada día» los editores de la revista se quejan de la presión diaria a la que se ven sometidos. Una presión que se dirige a atacar «su espíritu civil y popular, tan ligado a su pueblo de forma entrañable» (6). De igual modo, en el editorial se señalan algunas

¹⁷⁹ En el número 6, Manuel Andújar intervino en el debate con el artículo «Entre dos tesis. El intelectual y su misión» (sept. 1947, nº 6: 3 y 15) y planteaba que, frente a la falsa disyuntiva histórica de un intelectual aislado o servil, solitario o sumiso, proponía un intelectual que luchara contra la soledad, mantuviera su independencia personal y colectiva, formara parte del pueblo, «en la auténtica vena nacional», y, entre otras cosas, que se mantuviera fiel al idealismo y a los sueños.

cuestiones muy interesantes. Se dice allí que «importa que siga la disgregación» (2), pues España, situada en la orilla de Europa, supone un punto clave que controlar para los «imperialistas yanquis» por «las rutas comerciales y militares del viejo mundo», entre otras cuestiones. Con todo, se cierra una primera etapa que pretendió buscar unión ante el desencanto, la nostalgia y la dispersión y que desembocaría en una etapa de mayores conflictos y enfrentamientos políticos.

6.3.2. Segunda etapa: la construcción hacia el interior

«No tenemos armas ni ejércitos, influyentes órganos de publicidad, recursos materiales. Nuestros poderes se cifran únicamente en el gallardo espíritu humano de que somos continuadores y herederos.»

(Editores de *Las Españas*, «Aportaciones de España a la cultura universal», nº 15-18, ago. 1950: 23)

Si nos adentramos en la segunda etapa de la revista, a partir de los años 50 se fue convirtiendo «en vez de en un foro de discusión para los españoles exiliados, en un espacio en que exiliados y antifranquistas del interior del país podían intercambiar experiencias e ideas» (Valender y Rojo, 1999: 271). Esto hizo que fuera fuertemente criticada por otras agrupaciones del exilio¹⁸⁰. No obstante, Valender y Rojo nos señalan que tiempo después esta política de diálogo se convertiría en la postura oficial de casi todos (277). En ese sentido, añaden: «pagó el precio por ser el primero en señalar el camino» (277). Los acontecimientos históricos que acompañan y explican el cambio de orientación sufrido por la revista se relacionan con el acercamiento y la mayor aceptación internacional mostrada por parte de las principales potencias occidentales hacia la España franquista. A partir de 1949 las Naciones Unidas intentarán revocar el bloqueo diplomático realizado al régimen franquista en 1945. Poco después, en 1950, Estados Unidos concedió los primeros préstamos al régimen. Este mismo año Naciones Unidas derogó definitivamente el acuerdo de aislamiento diplomático sobre el gobierno de Franco. Tras esto, en 1952 España entra en la Unesco y en 1953 se crea el concordato vaticano y se produce el acuerdo militar con Estados Unidos gracias al cual se le permite establecer bases militares en la Península (Caudet, 1992: 25).

¹⁸⁰ Las críticas más contundentes llegarán de la revista *Nuestro Tiempo*, órgano de los comunistas en México, dirigida por Juan Vicéns, antiguo compañero de Arana en Aragón. De igual modo, el diálogo con el interior de la Península condujo a que Manuel Andújar decidiera alejarse del proyecto. En esta etapa las críticas se dirigían hacia que *Las Españas* dejó de ser «un simple foro de discusión libre, para convertirse en la plataforma de un grupo con preocupaciones muy concretas». José Renau lanzaba estas críticas señalando que el grupo quería transformarse en un movimiento político que cuestionara la República, además de movilizar a la emigración a favor de la causa de Franco. Según él mostraban «un obsesivo rencor, casi patológico, hacia lo que es política, hacia todo lo que de concreto y dinámico existe fuera de sus propios albedríos subjetivos». Al respecto, Valender y Rojo (1999: 271) señalan que sus redactores nunca se creyeron dueños de la verdad y ni siquiera pensaban tener o haber encontrado las soluciones de nada.

Ante estas circunstancias, la revista da un giro peculiar en su discurso y busca ser más clara y concisa en sus pretensiones, ya que tratará de mantenerse inserta en el nudo de tensiones internacionales que comentábamos. De 1950 a 1956 muchos de sus números giran en torno a la idea de la España republicana traicionada por las democracias occidentales y desde sus páginas lanzan desesperanzados un llamamiento a la concienciación internacional (308). Ante el desánimo al ver que Franco estaba siendo reconocido, no se rinden y, en cambio, se reafirman, aspecto que puede observarse en el cuádruple número 15-18 (ago. 1950) en el que publicaban una antología de ensayos de escritores, artistas y científicos españoles titulada «Aportaciones de España a la cultura universal» confeccionada para ser enviado a la O.N.U. en señal de protesta.

Uno de estos ensayos, escrito por Manuel Andújar, es «el teatro español en la Edad de Oro» (91). En este texto se indica que lo distintivo del teatro español de nuestro siglo de oro son sus motivos históricos y populares, basado en esa tradición democrática de la que hablábamos con anterioridad al hablar del Cid como infanzón y no como noble, además de expresar y ser característica un ansia consustancial de justicia. Andújar nos habla de cómo los dramaturgos de la época acudieron al romancero para popularizarse y crear, por tanto, un teatro que ya era romántico, antes de existir el Romanticismo, por su aire medieval y por su afán conocedor de las costumbres del pueblo. Comenta también sobre el Romancero que «fue un cruce sexual, de hábitos y culturas, en un paisaje unificador», refiriéndose a que posee una «calidad mestiza» gracias a la convivencia más o menos violenta, pero duradera, de musulmanes y cristianos¹⁸¹. En definitiva, este cercano y buen amigo de Arana observa que la España del Siglo de Oro reunía las condiciones objetivas y subjetivas para la universalidad, justamente por su genuina conexión entre el cauce artístico culto y la necesidad de expresión del pueblo. Concluye su ensayo señalando que «estamos en vísperas de un Renacimiento y presa elegir los modelos que robustezcan el designio, depuren la construcción y armonicen con la tónica social de esta centuria, con su obsesiva apetencia de dignidad personal, extensa e intensa» (95). Es momento de establecer un diálogo espiritual con el que cada individuo pueda conocerse a partir de una continuidad, de «una consciente fluencia histórica». Es momento, cree, de «fundar un teatro popular de nuestro tiempo [...] de alcance universal y actual» (95).

¹⁸¹ Esta idea puede estar sustentada en las teorías que Américo Castro, figura a la que dedican algún espacio dentro de la revista, planteaba sobre la esencia de lo español. Este autor en su libro *España en su historia*, publicado en 1948, defendía, basándose fundamentalmente en fuentes literarias, que la singularidad de la Edad Media española, y en concreto las vivencias de los cristianos como casta frente a otras castas (moros y judíos), era lo que había configurado el carácter diferenciador de lo español, su esencia, «la vividura hispánica». Al respecto, se recomienda el capítulo de Javier Malagón (1976).

En otro ensayo, «El espíritu civil en la historia y la epopeya españolas» (96-110), escrito por Anselmo Carretero, uno de los editores de la revista, se muestran de manera clara y concisa buena parte de los conceptos y cuestiones barajados hasta el momento¹⁸². En primer lugar, con ánimo de contradecir las explicaciones que conferían al supuesto individualismo español la causa de no haber logrado históricamente una verdadera integración nacional, Carretero pretende mirar al pasado para encontrar veneros nacionales presentes en la *intrahistoria* de la que hablaba Unamuno, en la verdadera tradición, la eterna, y sustancia del progreso. Para ello, nos señala que si acudimos a los siglos medievales es difícil encontrar esta tradición eterna, teniendo en cuenta que prevalecen los hechos eclesiásticos y a que apenas quedan archivos. La vida, por aquel entonces, estaba centralizada en torno a la Iglesia y los historiadores no se interesaban por las clases inferiores del pueblo y, por tanto, las conocían mal. Por todo ello, la vida del pueblo y su arte quedaron en la sombra, pero los esfuerzos deben dirigirse justamente hacia allí para encontrar «las raíces de la vida colectiva» (98). Carretero señala que los pastores, labradores, artesanos, mercaderes, funcionarios modestos y la población del campo y de las ciudades representan «los verdaderos héroes de nuestra literatura nacional» (99).

El análisis de Carretero se limitará a Castilla «por ser la región que nos es más entrañablemente conocida y expresión más cabal de España» (101). En primer lugar, entiende que en tiempos de Roma en la península no existían tiranos, sino lealtad a la comunidad en una lucha que interpreta como nacional. Más adelante, señala que la oposición al imperio visigótico explicará el carácter de Castilla y, posteriormente, con la islamización nacerá la verdadera civilización de España. En Castilla, curiosamente, el escenario histórico-legendario no surge con un rey o con un caudillo militar victorioso, sino con «hombres salidos del pueblo que representaban las autoridades de la comunidad» (104). En esta época, acude al poema de Fernán González para resaltar su carácter popular y el realismo histórico de la epopeya que años antes había señalado Menéndez Pidal. Según apunta Carretero, la épica española no gustará de lo maravilloso, ni de la magia, ni de elementos fantásticos, como la germana o la franca «que recurren a milagros y portentos» (104). En ella, por el contrario, existirán agüeros sí, pero el autor los entenderá como elementos procedentes de la juglaresca. Fernán González y el Cid para Carretero «son seres de carne y hueso que mantienen en lo físico y en lo moral su condición y proporciones humanadas y triunfan trabajosamente» (105).

¹⁸² Muchas de las ideas que aquí plantea podía verse con anterioridad en su artículo «Castilla, en el panorama de las Españas» (*Las Españas*, nº 3, ene. 1947: 3 y 6)

Desde la exégesis¹⁸³ planteada por el editor de *Las Españas*, esta épica se divulgó por las plazas ante un público no escogido y su valor consiste en servir como fuente de información para conocer el carácter de los antepasados. Los protagonistas de los ciclos épicos representan al «político popular» (108) que pone por encima de su interés personal la propia patria. El Cid representa la «expresión de su pueblo» y el juglar que canta sus hazañas ridiculiza a los infantes de Carrión porque «el mérito aristocrático de nada vale si no se acompaña de mérito propio» (109). Según Carretero, Pidal rescató al Cid liberal, preocupado por sus soldados, y leal, mientras que Costa resucitó al Cid ciudadano y tolerante.

Todo lo anterior, sumado al análisis de instituciones y organismos de gobierno medieval, llevan al autor a concluir con que la hegemonía castellana es un falso tópico «utilizado por Austrias y Borbones en provecho de la Corona» (110). La monarquía y la Iglesia ensombrecieron al pueblo y a las instituciones que manaban de él. De este modo, «si la lucha política de Castilla se refleja en la epopeya, la lucha de los pueblos españoles de origen feudal por la libertad y la justicia tiene suprema expresión literaria en algunas de las mejores obras de nuestro teatro clásico como *Fuenteovejuna* o *El alcalde de Zalamea*» (110). Con todo, Carretero señala que uno de los mayores legados que pueden tenerse es el régimen democrático y constitucional que encuentra en los tiempos que rodearon a la épica. Llegará a decir que «el sistema representativo se desarrolló en España antes que en ningún otro país de Europa» (110). No debe olvidarse que toda esta interpretación nacional y política busca designar una tradición eterna que sustente lo nacional y constituir, a la par, una tradición republicana que se aleje del cauce histórico monárquico y eclesiástico. Recordemos también que este número cuádruple de *Las Españas* se dirige a la O.N.U y, por ende, esta representación de Castilla y de España se dirige a un contexto internacional que se espera se movilice todo lo posible en contra del reconocimiento del gobierno franquista. Podríamos aventurarnos a concluir apuntando que queda muy claro con este ensayo de Anselmo Carretero que lo que se pretende es construir una autoimagen sólida, por sustentarse en su pasado popular, y moderna, por resultar constitucional, democrática, alejada de la Iglesia y antimonárquica.

Si avanzamos en el tiempo, en mayo de 1951 el editorial del número 19-20 planteaba una síntesis con respecto al problema nacional de España que venía analizando con anterioridad.

¹⁸³ Pueden tenerse en cuenta las siguientes palabras del autor para que quede claro el punto de vista desde el que emprende su exégesis: «El aficionado a la literatura que lea la epopeya cidiana gozará del estilo sobrio y enérgico, rico en bellas imágenes de sencilla grandeza, del *Cantar del mío Cid*, pero quien estudie con ánimo de español que busca manifestaciones tradicionales del alma nacional encontrará en ella gran fondo político y contenido moral» (nº 15-18, ago. 1950: 98).

En sus primeras líneas señalaban que «la verdadera liberación de España sólo es posible en la unión de todas las clases sociales nacionales y ésta solo hacedera en torno a un programa de reconstrucción nacional, claro, concreto y perfectamente ajustado a la compleja realidad española» (2). Para pensar cualquier tipo de proyecto futuro para el país deberá existir una «fusión con el pueblo». Fusión, indican, en forma y fondo. Para ello, deben conocerlo mejor de lo que lo han conocido con anterioridad, ya que, como señalan en el editorial del siguiente número (nº 21-22, abr. 1952: 2), la ruptura de la unión de la democracia española, en tiempos de la II República, fue la causante directa de la conocida contienda civil, además de desarrollar y condicionar la situación presente. Esto se debe a algo que en el momento de escribir este editorial todavía creían que afectaba a las diferentes organizaciones y partidos político: «perdieron, o no han tenido nunca, honda raigambre popular». De manera paralela, observaban con esperanza la resistencia y las diferentes luchas populares que se sucedían en el interior de la península en zonas como Cataluña y Euskadi (nº 19-20, may. 1951: 2). Pensaban que solo faltaba un verdadero programa nacional y una adecuada organización integradora, pero, marcando un claro cambio en la perspectiva: «es necesario remarcar que hoy, después de haber perdido el conjunto de la emigración republicana su papel de minoría dirigente, es condición indispensable que tal organización surja dentro de España». Así pues, el foco de acción se movía hacia su tierra de origen y a ellos les correspondía la tarea de seguir desvelando las claves de la nación para un día poder ofrecerlas al ejercicio de recomposición.

En el número 21-22, Luis Santullano escribe un artículo interesante de destacar: «La poesía y el pueblo» (abr. 1952: 15-16). En él ofrece algunas pinceladas sobre cuestiones filológicas de gran relevancia. Por ejemplo, habla, hacia el principio del artículo, de Pedro Henríquez de Ureña, quien señalaba en el siglo XV que la doble dirección de la lírica es la *cortesana* y la *poesía popular*, añadiendo Santullano que la antigua división en *mester de juglaría* y *mester de clerecía* no supuso durante algún tiempo diferencias de cultura, sino de forma y de carácter¹⁸⁴. Esta diferenciación es algo que hasta hace no tanto se seguía defendiendo. Más adelante, Santullano nos cuenta que la lírica popular fue ganando terreno hasta el punto de que los Reyes Católicos gustaron de muchos cantos populares y de entonar algún que otro romance. Tras esto, el autor nos señala cuáles fueron las primeras manifestaciones anónimas en verso que señalan los estudios literarios. Serían las *Coplas de la Panadera*, las *Coplas del provincial* y las *Coplas de Mingo Revulgo*. Apunta también que a Menéndez Pelayo le desagradaban bastante estos «desahogos del pueblo» por su insuficiente

¹⁸⁴ Sobre esta cuestión puede revisarse el artículo de Juan García Única (2009), y el libro de Vicenç Beltrán (2009).

calidad. Santullano, no obstante, atribuye esto a que los motivos que inspiraban las composiciones eran más bien para desesperar y desesperarse. A continuación, pasa a presentarlas y comentarlas brevemente, señalando que las historias de la literatura las han dejado en un «silencio casi total» (15). Destaca de estas coplas, entre otras cosas, que las escriba quien las escriba es «el celo del bien público [quien] mueve la pluma del escritor». En un segundo momento pasa a comentar rápidamente algunas décimas mexicanas y a señalar en ellas la herencia del romance, expresión, de nuevo, más alta de la poesía popular. Concluye este texto apuntando que en la poesía popular pueden encontrarse los sentimientos generalizados de la sociedad, ya en lo público, ya en lo privado, y que lo importante en ellas es «la actitud del pueblo que interpreta los sucesos en el sentido de sus reacciones y preferencias colectivas» (16). Esto último resulta de vital importancia, ya que en todo producto popular importará más la apropiación que la colectividad haga de él, tal y como indicaba Roger Chartier (1992: 19), que demostrar si su origen es realmente, genuinamente, popular o no.

Por otro lado, existe otro artículo en este número que toca cuestiones que aquí nos interesan: «La belleza de la canción popular» (37-38), escrito por Bernabé Herrero. Este artículo reivindica la canción popular, «declaración del estado nervioso, sentimental e intelectual del hombre», y sus características frente a la «norteamericанизada [...] musiquilla de los últimos años». Según Herrero, «el manantial más puro de arte es el pueblo; la mejor veta, la popular». A este manantial han acudido desde obras elementales como la *Odisea* o la *Ilíada*, hasta Manuel de Falla y Antonio Machado. El problema de la música norteamericana contemporánea según el autor es que separa letra y música en busca de memoria, intentando apelar al sentir de la gente. Para él, cada nación y cada región tiene sus ritmos particulares, así como su acento. En España, «tierras de contraste», el carácter de la canción es ser anónima: «la crea el pueblo y va destinada al pueblo». Si de alguna forma se conociera el autor, debe tenerse en cuenta que «ha actuado en función del pueblo». Tras esto, recuerda alguna de sus experiencias pasadas junto a «otros amigos que andaban a la caza de cancioncillas» como Mariano Granados, colaborador también de *Las Españas* y Emiliano Barral.

Otra cuestión que Bernabé Herrero señala posteriormente es que las canciones populares suelen vivir en variantes, hasta el punto de no reconocerse en su tierra y no poder catalogarse. Sobre esto último realiza una muy interesante reflexión. Viene a decir que antiguamente las variantes suponían «deliciosas decantaciones», mientras que en los tiempos en que escribe su artículo, «con la rapidez de comunicaciones, si alguna buena y verdadera canción nace, no tiene tiempo de sedimentarse ni de impregnarse de color local» (37). Esto último, además de

interesante, viene a ser un tópico que hasta hace no tanto han conservado antropólogos y folcloristas al pensar que el desarrollo y la tecnología supone una barrera o impide la sedimentación y la apropiación de la creación popular y por eso en muchas ocasiones se acude a estudiar la cultura popular como una cultura «en vías de desaparición»¹⁸⁵. De uno u otro modo, el autor apunta que esto rompe la naturalidad.

Bernabé Herrero concluye su escrito alabando a las coplas populares por ser «la mejor poesía en España» teniendo en cuenta que «dice más con menos palabras» (38). Según señala el autor, estas son las coplas que enamoran a los de su generación, igual que a sus abuelos. Ahora bien, advierte que si se quiere hallar «el alma popular que canta» habrá de tenerse cuidado «en los demagógicos tiempos que corremos» y no ir a buscarla durante «los períodos electorales de las llamadas democracias ni en las cívico-marciales manifestaciones de las llamadas democracias populares», ya que la tergiversación de todo lo popular es muy marcada. Con todo, la canción popular es para Herrero universal y germen y origen de la música moderna. Este tipo de creación «es capaz de expresar a la vez, para minoría y para la mayoría, lo que hay de común entre la aristocracia y el pueblo; es decir, lo que hay de perfectamente humano». Conviene finalizar con unas palabras que demuestran el apego a la tradición del autor:

Yo no digo que sea menos confortable esta que la otra época; que sea o no portentoso eso que llaman progreso: radiotelevisión, aviación, penicilina, etc. Lo que sí digo es que prefiero una caña de manzanilla a un *cocktail*; una rueda de Santa Marina a un *fox-trot*; una anguaria a una *trinchera*; el sabor de la tierruca al perfume cosmopolita. Por mucho que me digan no suenan bien más que la gaita y el tamboril. (nº 21-22, abr. 1952: 38)

Si nos acercamos hacia los últimos números de la publicación, en 1953 el número triple 23-25 (abr.) no cuenta con textos que traten o en los que aparezca lo popular, salvo la noticia de la preparación, dentro de la colección Aquelarre, del libro *El espíritu democrático en la historia y en la tradición españolas*, que insiste en el ya tópico de la existencia de una tradición democrática en el interior de la épica medieval. Tras esto, la revista decidió quedar en silencio tres años para reaparecer en 1956 con su último número (nº 26-28, jul.). Esta desaparición se debió al parecer a «un proceso de desintoxicación nacional», según apuntan en el editorial (2 y 30-31). Señalaban a este respecto que «hemos confundido estado y aun la forma de gobierno de ese estado con nación» (2), haciendo «política republicana» y quizás debiera haberse intentado hacer una «política de la emigración» (2), ya que la II República tal cual como la vivieron iba a ser difícilmente trasplantable y recuperable en un futuro. En este mismo editorial, analizan la historia de España del siglo XIX y XX, y llegan a la conclusión de que existe en el

¹⁸⁵ Puede recordarse el ejemplo que utilizábamos al principio del trabajo: Ramón Violant i Simorra (2003). *El Pirineo español: vida, usos, costumbres, creencias y tradiciones de una cultura milenaria que desaparece*.

país una «guerra civil endémica» y una «multiguerra permanente» que horada constantemente los pilares del Estado (30). Por otro lado, regresan a un año tan crucial para el exilio como es 1898 y explican que supuso «un despertar gigantesco de la conciencia nacional, pero sin examen de conciencia» (30). Tras esta fecha, de una «España sin pulso», se iría basculando hacia una «España enfebrecida» que desembocaría en una II República de total polarización nacional (31). Ven, en resumidas cuentas, la historia de España como un constante ir y venir de identificaciones nacionales sin sustento, sin conciencia porque «no conocían al pueblo o tenían vagas ideas de él». Conocerlo es lo único que puede alejarles de los errores del pasado a la hora de construir una patria, ya que como anotan:

Todos necesitamos una patria nuestra como bien raíz del espíritu y como suelo propio donde afincar la planta y no es patria, sino simple geografía, aquella en que la flor de las generaciones ha de morir estérilmente y donde sus hombres, por rotación absurda son malditos y extraños. (nº 26-28, jul, 1956: 31)

Así pues, uno de los grandes errores del proceso de construcción nacional, según los redactores de *Las Españas*, es que nunca se pretendió conocer realmente al pueblo y, por ende, tampoco sus manifestaciones creativas.

Francisco Caudet nos señala que en este editorial, tras una pretendida lectura objetiva de la historia de España, llegaban a conclusiones que oscilaban entre la simplificación y la arbitrariedad y que conducían a una suerte de indefinición y limbo ideológico (1992: 326). Así pues, Caudet apunta que en este editorial Arana invitará a desligarse de la historia política del país, definiendo al exilio como la gran generación sobre la que cayó el peso de los errores de antaño, así como de las «falsas divisorias» entre derechas e izquierdas que habían persistido desde 1873 hasta 1931-36, pasando por la guerra y llegando hasta el posterior exilio (328). Relacionado con lo anterior, Arana plantea una reflexión que continuará posteriormente en las páginas de *Diálogo de las Españas*: el franquismo supone un fenómeno anterior a Franco y, por ende, se debe reflexionar sobre él y sobre sus raíces para poder ofrecer opciones distintas y abiertas hacia el futuro (323).

Como decíamos, a modo de conclusión, esta segunda etapa estuvo marcada por una cada vez mayor atención a la España del interior. De este modo, en 1953 se había empezado a editar un suplemento, *Noticias*, que se sustentaba en la información que reporteros recopilaban en el interior de la propia Península (Valender y Rojo, 1999: 278). Al respecto, uno de sus promotores, Anselmo Carretero, comentará que *Las Españas* siempre fue una revista pensada para ser leída en España (en Arana, 2005: 64). Asunto que despertó muchas críticas durante su

vida y posteriormente de la mano de diferentes investigadores y estudiosos¹⁸⁶. Al parecer, en muchas ocasiones se habló del grupo que la animaba como franquista o se le acusaba de ir contra los valores republicanos (Valender y Rojo, 1999: 274). Muy al contrario, Jorge de Hoyos señala que *Las Españas* trató de superar «las divisiones estableciendo criterios democráticos, basados en una concepción plural de España, asentada en el respeto de los derechos civiles y las distintas sensibilidades que en ella conviven» (2012: 21). Según este autor, nos encontramos ante un claro intento de superación de las diferencias culturales y políticas que mermaban la posibilidad de actuación del exilio (22). Valender y Rojo, en su defensa, añaden:

Revista antifranquista, de espíritu republicano y liberal (aun cuando desde muy temprano dejó de apoyar a las instituciones creadas por la Segunda República), que pretendió la unión, primero entre los exiliados y después entre estos y los antifranquistas radicados en la Península, con el fin último de colaborar en la reconstrucción de España. [...] Lo que interesaba al grupo de *Las Españas* no era entrar en complicidad con los franquistas, sino, al contrario, crear un movimiento capaz de instaurar un sistema auténticamente democrático y federal una vez cayera Franco. (1999: 58)

Cabe finalizar este apartado con las palabras que el historiador Manuel Tuñón de Lara escribió desde su destierro en Francia:

Fue testimonio de las muchas dudas y angustias de los intelectuales exiliados, de sus esfuerzos, a veces fructuosos y otros fallidos, así como también de la ausencia de brújula que en ocasiones podía el exilio conllevar, sin embargo, en ningún caso cayeron en el desespero; muy al contrario, quedaron grabadas en mí aquellas palabras impresas en el número dedicado al centenario del manco de Lepanto: «aún hay sol en las bardas». (en Valender y Rojo, 1999: 272)

7. CONCLUSIONES

«La tarea de los exiliados de dentro y de fuera fue la de luchar contra el olvido, mantener viva a la República como proyecto democrático y modernizador de España, reconstruir entre el terror y la represión, mantearse fieles a su ideario, no traicionarse entre la humillación, y mantener la ilusión y el desprecio a la vida como escenario.»

(Abad, 2008: 434)

Llegados hasta aquí, hemos podido observar cómo lo popular y, más concretamente, la literatura popular ha jugado un papel imprescindible dentro del proceso de construcción nacional desarrollado a partir del siglo XIX. En consonancia con esa idea, hemos pretendido destacar las voces más importantes dentro del panorama cultural, así como algunas de las instituciones más decisivas que articularon y ayudaron a su desarrollo. No obstante, nuestro estudio pretende demostrar que no debemos entender como momento último para este proceso el final de la

¹⁸⁶ Valender y Rojo (1999: 275-278) nos señalan que inmersos en la división del mundo que suponía el conflicto de la Guerra Fría, se criticaba a *Las Españas* por condenar igual el capitalismo que el marxismo. Según estos autores la revista estaría buscando una tercera vía. No obstante, estas visiones sobre ella perdurarían incluso en estudiosos del exilio posteriores como Patricia W. Fagen quien en su libro *Transterrados y ciudadanos* (1975) presenta al grupo que promueve la revista como una agrupación que pugna por disminuir la hostilidad hacia Franco, llegando a decir que con la posterior *Diálogo de las Españas* se pretende incluir a los partidarios de Franco. También señalan que Francisco Caudet en *El exilio republicano en México: las revistas literarias (1939-1971)* (1992) presenta una imagen totalmente caricaturizada del grupo.

Guerra Civil. Las tentativas creadas desde el exilio deben ser consideradas como una etapa que pretende continuar la tarea de construir una identidad nacional, aunque ciertamente en respuesta a circunstancias específicas muy variadas. Sólo así podremos llegar a comprender la herencia sobre la que se sustentan los más recientes procesos de identificación, ya que, por ejemplo, podemos señalar que la transición democrática¹⁸⁷ española regresó a las páginas de *Las Españas* y a su concepción federalista y plural de la nación en el momento en que estaba gestándose lo que resultaría la constitución de 1978 y el estado de las autonomías (Valender y Rojo, 1999: 278). Resituar, por tanto, al exilio dentro de la historia, y no como un espacio o un capítulo aparte, es uno de nuestros principales objetivos.

Además de lo anterior, nuestro trabajo ha pretendido ensayar una metodología con la que poder abordar el estudio de las cuestiones reflejadas en el primer apartado y, de este modo, abrir líneas o puertas para una investigación mayor que aspira a desarrollarse en un futuro, a ser posible, dentro del marco de un programa de doctorado. Tras su realización, podemos afirmar que las revistas culturales, así como los espacios de sociabilidad que las sostienen, suponen un buen observatorio desde el que llegar a múltiples aspectos dentro de la construcción de identidades en el exilio. Muchos de estos aspectos estarán relacionados, además, con elementos clave dentro del proceso de construcción nacional proveniente de décadas anteriores. Por ello, ha resultado provechoso dedicar nuestro tercer apartado a este proceso. Por otro lado, atender al discurso presente en sus páginas, así como a las representaciones y a las estrategias de apropiación y de creación de autoimágenes, no sólo se encuentra en conexión con la construcción de identidades para sus colaboradores, sino también con un contexto externo que creaba múltiples heteroimágenes que debían combatirse. Teniendo en cuenta lo anterior, hablaremos, por tanto, de un ejercicio dialógico en el que las identidades se negocian y se debaten colectivamente. Por último, no cabe duda de que la presencia del nacionalismo invade sus discursos, aspecto que supone una forma de resistencia, cohesión, legitimación y presentación ante la sociedad de acogida; y esto, nos recordaba Said, tenía mucho que ver con un proceso de afirmación y de búsqueda de pertenencia (2005: 179). Cabe destacarse la persistencia, a pesar de las duras circunstancias que sufrían, mostrada por los colaboradores de estas revistas en cuanto a la labor de revisión de la tradición nacional precedente, así como en relación con la construcción de su propia identidad. Persistencia que podemos resumir en la frase que titula este trabajo y que en 1947 recogían de boca del Quijote y con la que buscaban

¹⁸⁷ Se recomienda el estudio llevado a cabo por Ramón Villares (2021). En él habla de *Las Españas* como una publicación-puente que reelabora la tradición republicana del primer exilio y la solución democrática de los años setenta.

definir su trayectoria: «Aun hay sol en las bardas» (Gallegos Rocafull, en *Las Españas*, nº 5, jul.: 11).

Así pues, si acudimos a la primera¹⁸⁸ parte de nuestro trabajo, podemos señalar que la *intrahistoria* de Unamuno y las ideas que provenían de la «historia interna» formulada por Giner de los Ríos iban a conferir gran importancia a la literatura y, de especial manera, a la literatura que «atesoraba» aquello que consideraron como «pueblo». A lo largo del siglo XIX el nacimiento del folclore, aliado indispensable del nacionalismo, iba a ayudar a que las creaciones artísticas de este «pueblo» o «aldea nacional» se entendieran como las depositarias de un *Volk*, una esencia, olvidada por el discurso histórico oficial, que debía ser rescatada de tal modo que se integrara a los esfuerzos nacionalizadores. Tras esto, los estudios sobre la épica de Menéndez Pidal iban a influir considerablemente. Finalmente, la inclusión de la literatura popular dentro de los programas académicos de la época iba definitivamente a ligarse con la formación de una mentalidad con la que esperaban movilizar e integrar al Estado a las clases populares de la sociedad. En esta literatura, además, los estados europeos iban a encontrar los relatos fundacionales sobre los que sustentar sus discursos y consolidarse como naciones modernas.

En España, durante las primeras décadas del siglo XX, la percepción historicista de lo nacional iba a dar paso a una percepción estética (Mainer, 2010: 9) a partir de la cual se conseguiría dotar de nueva funcionalidad a unas tradiciones populares recientemente descubiertas. Dentro de este contexto, se concebiría a la literatura popular como aquella en la que puede hallarse una huella clara de la inspiración colectiva a lo largo del tiempo. Este proceso partía con la conocida como “Generación del 98”, la cual trataría de indagar sobre la psicología colectiva y el carácter español a partir, en buena medida, de los textos literarios. Posteriormente, la “Generación del 14” trataría de reformular y regenerar el país, buscando su europeización, y tratando de superar a la anterior nación liberal considerada como fallida por no contar con el suficiente basamento social. Tras esto, cuajaría en algunas de las plumas del 27 una estética neopopularista encargada de establecer una continuidad decisiva con las formas y temas del pasado nacional. Gracias a ella, se podría ser moderno sin prescindir de la tradición. Con eso, llegaríamos a la II República, identificada con el punto más alto del esfuerzo nacionalizador. En ella se generaría un sueño de «ósmosis» entre el intelectual y el pueblo

¹⁸⁸ Hace referencia al punto 4 de nuestro trabajo, dado que no estamos teniendo en cuenta en este caso el primer apartado introductorio ni el segundo y tercero relacionados con los aspectos teóricos y metodológicos. Pasa lo mismo con las próximas referencias.

(Grillo, 1990: 189). Este sueño se intensificaría durante la Guerra Civil, pero iba quebrarse tras la derrota, convirtiéndose en una tarea pendiente que renacería a lo largo del posterior exilio.

En la segunda parte de nuestro trabajo, tal y como indicaba muy acertadamente Caudet, hemos atendido al modo en que los exiliados representaban una «comunidad con voluntad de sobrevivir» (1992: 28). En ellos prevaleció una identidad cultural más que una identidad política (Hoyos, 2012: 25), puesto que se generó un proceso de progresivo alejamiento entre unas y otras culturas políticas. Esto condujo a que muchos entendieran la derrota como consecuencia de un conflicto no resuelto de la identidad. En este sentido, José Ramón Arana señalará algo similar al indicar que sobre la generación del exilio recayeron gran parte de las «falsas divisorias» que venían arrastrándose desde tiempo atrás entre izquierdas y derechas (*Las Españas*, nº 26-28, jul. 1956: 30). Asimismo, la comunidad exílica consideró el proceso de construcción nacional como inacabado (Hoyos, 2011: 954) y por ello decidieron potenciar el componente nacional y nacionalizador a partir de una imaginación diáspórica que terminaría construyendo en muchos casos una patria ideal. En resumen, trataron de buscar de manera casi obsesiva los orígenes de la nación, a la vez que hablaban una y otra vez del pasado, ya que ninguno de los posibles pasados se entendía como cancelado del todo (Mainer, 2010: 9). José Carlos Mainer nos dice que «las letras del exilio empezaron a ser el legítimo rescate de sus antecesores negados» (10). En este sentido, podemos entender que la tarea se dirigirá a revisar y constituir una tradición desde la que reflexionar sobre la situación presente.

Teniendo en cuenta lo anterior, dentro del territorio de acogida el proceso de construcción de las identidades se convertirá en una lucha constante, entre memoria, nostalgia e indignación por constituirse como los representantes de la verdadera nación frente a otras representaciones que pudieran existir paralelamente. A este respecto, conviene recuperar las palabras de Miguel Cabañas Bravo:

El exilio buscó rescatar de la historia y la cultura española aquellos valores y protagonistas que podían ser equiparados con una tradición de pensamiento o política liberal y democrática, que se convertían en alternativa al modelo conservador de la hispanidad católico franquista. Estaba en juego la defensa de una identidad que la dictadura les negaba y la necesidad de responder de manera contundente a los argumentos franquistas que los convertían en enemigos de la patria y responsables de todos sus males. (2019: 15)

Así pues, la voluntad de resistencia que guiará la construcción de la identidad del refugiado se mostrará contraria a la imagen de España creada por Franco, así como a la profesada por los españoles de la colonia o «gachupines», mientras que buscará el diálogo con la sociedad de acogida y con un contexto internacional muy complejo al que se pretendía prestar atención, además de tratar de influir, posicionarse y participar.

La tercera parte de nuestro trabajo se abría presentando a José Ramón Arana, quien no resultó una figura periférica para el exilio en ningún momento de su vida. Desde que fundó su librería¹⁸⁹ y hasta que se publicó el último número de *Diálogo de las Españas* (nº 4-5, oct. 1963), Arana no cesó en su tarea de pensar y repensar, individual y colectivamente, lo que le había pasado a España y cuáles fueron sus causas. Tras habernos acercado a su trayectoria, podemos señalar que esta tenacidad y resistencia venía ya desde el momento en que tuvo que responsabilizarse y dirigir su región desde la Consejería de Obras Públicas del Consejo de Aragón en 1937. Sus obsesiones pueden condensarse en la patria, el regreso y el diálogo - especialmente con la juventud del interior de la Península¹⁹⁰. Es por esto, en buena medida, por lo que todos los proyectos que animó buscaron, como él mismo en sus obras literarias, no rendirse en la labor de recuperar el pasado desde la memoria a partir de un pretendido ejercicio de revisión completa y objetivo de toda la tradición que los constituía. Como el aragonés, podemos concluir que los proyectos que animó pretendieron encontrar, ya que la distancia y el tiempo lo permitían, la esencia española, además de luchar por que el legado cultural, sobre todo el del pasado republicano, no se perdiera, no fuera olvidado por aquellos que vivían fuera y dentro de la patria, y pudiera recuperarse una vez el franquismo desapareciera.

Lo dicho hasta aquí se refleja en un grado muy alto en las revistas seleccionadas para nuestro análisis. Así pues, la primera de ellas, *Aragón*, nace como órgano de expresión de la Peña Aragonesa Joaquín Costa, y declara entre sus intenciones llevar a cabo una política apartidista, mantener los vínculos culturales con su tierra de origen y dialogar sobre la patria tratando de no olvidarla. Su génesis se relaciona con la fase de victorias llevada a cabo por el bando aliado durante los últimos años de la Segunda Guerra Mundial. Sus colaboradores permanecían atentos a su desenlace, ya que pensaban que, de triunfar los aliados, el regreso a su país de origen sería inminente. Podemos condensar las pretensiones del colectivo tras la publicación indicando que buscaban revisar la tradición que los constituía, «desnudar la identidad nacional», con el afán de recrear una identidad aragonesa, que ya era popular en esencia, de modo que no se sintieran vaciados. Recordarla debía sumar al «concierto de los diferentes pueblos de España» tratando de fortalecerla. En sus páginas los textos y las

¹⁸⁹ Puede revisarse el apartado 5.1. y específicamente la nota 148.

¹⁹⁰ Sus *Cartas a las nuevas generaciones*, escritas entre 1956 y 1963, suponen un buen repaso de todo cuanto fue el pasado nacional de Arana, así como de la tarea que emprendió junto con otros exiliados por rescatarlo, enfocado y dirigido a que lo leyera la juventud no conforme con el franquismo del interior de la Península. Según podemos darnos cuenta cuando nos acercamos a la trayectoria del aragonés, la labor emprendida en el exilio y, más concretamente, en los proyectos que animó no sirve de nada si no se establece una conexión y un diálogo entre quienes formaron la nación y quienes están destinados a formarla.

representaciones de lo popular se dirigen a combatir el vacío y desenterrar una tradición democrática, de resistencia y de independencia reflejada, entre otras cuestiones, en la imagen de un pueblo heroico que combatió el absolutismo de Felipe II o a los franceses en la Guerra de Independencia.

En la posterior *Las Españas* se pasaría de reconquistar y recrear a reconstruir la identidad nacional. En esta revista los colaboradores se declaran desde el primer momento como intérpretes de una sensibilidad popular y se lanzan a la tarea de reencontrar la conciencia nacional perdida y reconstruir con más ahínco la patria rota. Apoyados en las ideas ya presentes en el grupo de *Amigos de Las Españas*, esta labor se basará en una reflexión colectiva y transversal y en un diálogo que les conducirá a construir una imagen plural y democrática de España.

Su primera etapa se relaciona con el progresivo cierre diplomático de buena parte de los estados europeos con respecto a la España de Franco y surge como respuesta a la proyección cultural que esta está llevando a cabo por América. De este modo, frente al proselitismo franquista, los colaboradores de la revista mostrarán un celo por los valores vivos de la tradición y revindicarán una España popular, tradicional y, por las anteriores características, también revolucionaria. Encontramos en sus páginas desde el primer momento una concepción popular de la nación, así como de la literatura y el arte. Asunto que explica que se valore positivamente a lo largo de sus números la influencia de la tradición popular en autores como Quevedo, Lope o Cervantes, entre otros. En definitiva, como sucede en *Romance* o en *España Peregrina* (Férriz, 1994: 134), en *Las Españas* se genera una lectura ideologizada que busca en su historia literaria aquello que los define.

Su segunda etapa, ya que las circunstancias externas e internacionales comenzaban a convertirse en mucho más favorables para el franquismo, se caracterizó por una búsqueda de mayor síntesis, concreción en sus ideas y claridad en sus pretensiones. Además, como nos señalaban Valender y Rojo, durante este periodo se pasó progresivamente de ser un foro de discusión a un espacio de intercambio con el interior (1999: 271) que pretendía más que nunca aglutinar en su reflexión colectiva a los españoles de dentro y de fuera de la Península. En relación con lo anterior, empezó a comprenderse que la comunidad exiliada ya no ostentaba el cargo de minoría dirigente y, por ende, su tarea debía orientarse a encontrar las claves y la base de la nación e idear un programa que poder ofrecer en un futuro, cuando llegase el momento de reconstruir España tras la caída del franquismo. Dentro de este contexto, los colaboradores de

la revista buscaron modelos y veneros nacionales dentro una tradición intrahistórica que entendían como popular y verdadera sustancia del progreso. A partir de ella pretendían robustecer su identidad en un giro que resignificaba a la literatura española como esencialmente popular. Esta tradición, además, se entiende como ajena a la iglesia y a la monarquía, ya que consideran a estas instituciones como las responsables de haber ensombrecido al pueblo a lo largo de la historia (nº 15-18, ago. 1950: 110). Por otro lado, hacia sus años finales, tras la pretensión de una lectura objetiva, creyeron encontrar dos factores que posibilitaron su situación presente: la constante «multiguerra» y una «guerra civil endémica» que caracterizó a los siglos anteriores (nº 26-28, jul. 1956: 31). Llegan a la conclusión de que estos factores existen porque no se ha conocido al pueblo, el cual «supo pervivir en el arte» (nº 3, ene. 1947: 4), ni a sus creaciones artísticas. Ese pueblo debía ser el motor del avance histórico y el canal para conocer la verdadera realidad del país. Por tanto, la falta de raigambre popular de los gobiernos que venían sucediéndose tiempo atrás desembocó en que España se encontrara desviada de su historia interna, lejos de su esencia.

Cabe destacar que la figura del Cid será la protagonista fundamental en los diferentes textos y de las diferentes representaciones populares que existen en la revista. Se verá a este personaje como un héroe popular, salido del pueblo, en constante lucha contra el poder. Esto les servirá para constituir una identidad que buscará acercarse a las ideas anti-imperiales profesadas por algunos estados americanos como, en nuestro caso, México. Además de lo anterior, el Cid Campeador será reivindicado como un desterrado, «nuestro primer exiliado» (nº 13, oct. 1949: 14), llegándose a convertir en uno de los pilares centrales de su proceso de identificación. En consonancia con esa idea, Anselmo Carretero considera que en la épica puede encontrarse un marcado realismo con el que puede conocerse el verdadero pasado de la nación y de sus antepasados. Este autor, así como otros dentro de la revista, encuentran en la antigua epopeya española un carácter, alejado de lo maravilloso que la define y la diferencia de los ciclos épicos de otros países. En ella encuentran, además, el germen de multitud de instituciones en las que el pueblo tuvo representación. A partir de esto Carretero llegará a defender la existencia en España de un sistema constitucional muy anterior al de cualquier otro estado europeo. Cabe señalarse que la base de muchas de estas representaciones la encontramos en las ideas formuladas por Menéndez Pidal y Joaquín Costa. En una línea similar, autores como Luis Santullano encuentran en la poesía popular, silenciada dentro de las historias de la literatura, los sentimientos y las preferencias colectivas de la sociedad.

Con todo, quedan pendientes diversas cuestiones que desarrollar en un futuro. Entre ellas, puede ser conveniente analizar el conjunto de ensayos que José Ramón Arana publicó durante los años que duró su exilio. Como hemos tratado de apuntar mínimamente, muchos de ellos nacieron a partir de los debates y las reflexiones llevadas a cabo junto con los colaboradores de los proyectos que animó. Asimismo, puede ser pertinente atender a la recepción y difusión de las revistas aquí analizadas, ya que esto nos permitirá entender el nivel de desarrollo e influencia que las representaciones de su interior pudieron alcanzar. De igual modo, deberá realizarse más adelante un estudio pormenorizado de los espacios de sociabilidad y agrupaciones presentes tras estas publicaciones. Nos referimos a la Peña Aragonesa Joaquín Costa y a el grupo de *Los Amigos de Las Españas*. Por otro lado, puede ser una tarea provechosa analizar el papel que jugó lo popular dentro de la construcción nacional en México, tratando de entender hasta qué punto pudo generarse un diálogo entre las identidades de este país y las de la diáspora republicana a partir de los textos y las representaciones populares. No obstante, creemos que con la realización de este trabajo hemos logrado abrir diversas puertas y líneas, además de construir una metodología, desde las que poder continuar con una investigación mucho más pormenorizada y detallada sobre la cultura y la literatura popular dentro de la construcción nacional y, más específicamente, dentro del proceso de construcción de las identidades de la comunidad exiliada en México.

8. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ABAD NEBOT, F. (1980). *Estudios filológicos*. Valladolid: Universidad de Valladolid, Secretariado de Publicaciones.
- ABAD NEBOT, F. y SÁNCHEZ CUERVO, A. (eds.) (2008). *Las huellas del exilio: expresiones culturales de la España peregrina*. Madrid: Tébar.
- ABELLÁN, J. L. (coord.), y ANDÚJAR, M. (1976). *El exilio español de 1939. Vol. 3: Revistas, pensamiento, educación*. Madrid: Taurus.
- y ALBORNOZ, A. de (1976). *El exilio español de 1939. Vol. 4: Cultura y literatura*. Madrid: Taurus.
- y BALLESTER, J. M., et al. (1976). *Exilio español de 1939. Vol 5. Arte y ciencia*. Madrid: Taurus.
- ALONSO, C. y PONTÓN, G. (2010). *Historia de la literatura española. 5. Hacia una literatura nacional. 1800-1900*. Madrid: Crítica.

- AMEZCUA, M. (2005). *Lo que cambian los tiempos. Cultura popular e historia oral en Jaén*. Granada: Fundación Index.
- ANDERSON, B. (1993). *Comunidades imaginadas*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- ANDÚJAR, M. (1981). *Grandes escritores aragoneses en la narrativa española del siglo XX*. Heraldo de Aragón: Zaragoza.
- (1991). *El Exilio de las Españas de 1939 en las Américas: ¿adónde fue la canción?*. Barcelona: Anthropos Editorial.
- ARA TORRALBA, J. C. y GIL ENCABO, F. (2001). *La España exiliada de 1939: Actas del Congreso “Sesenta años después” (Huesca, 26-29 de octubre de 1999)*. Zaragoza: Institución “Fernando el Católico”.
- ARANA, J. R. (2005). *Poesías*, Javier Barreiro (ed.). Zaragoza: Rolde de Estudios Aragoneses y Diputación Provincial de Zaragoza.
- ARCHILÉS CARDONA, F. y SAZ, I. (2011). *Estudios sobre nacionalismo y nación en la España contemporánea*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.
- AZNAR SOLER, M. (1998). *El exilio literario español de 1939: Actas del Primer Congreso Internacional*: (Bellaterra, 27 de noviembre-1 de diciembre de 1995). Barcelona: Grup d’Estudis de l’Exili Literari:
- y ALTED VIGIL, A. (1998). *Literatura y cultura del exilio español de 1939 en Francia*. [s.l.]: AEMIC, GEXEL.
- (2003). *Las literaturas del exilio republicano de 1939: Actas del II Congreso Internacional* (Bellaterra, 1999). Zaragoza: Institución “Fernando el Católico”.
- (2006). *Escritores, editoriales y revistas del exilio republicano de 1939*. Barcelona: Editorial Renacimiento.
- y LÓPEZ, J. R. (2011). *El exilio republicano de 1939 y la segunda generación*. Sevilla: Renacimiento.
- y LÓPEZ GARCÍA, J. R. (2016). *Diccionario biobibliográfico de los escritores, editoriales y revistas del exilio republicano de 1939*. Sevilla: Renacimiento.
- BAJTÍN, M. (2003). *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*. Madrid: Alianza Editorial.

- BALIBREA, M. P. (2017). *Líneas de fuga: hacia otra historiografía cultural del exilio republicano español*. Madrid: Tres Cantos-Siglo XXI.
- BAROJA, J. C. (1979). *Ensayos sobre la cultura popular española*. Madrid: Dosbe.
- (1980). *Temas Castizos*. Madrid: Istmo.
- BEEVOR, A. (2005) *La Guerra Civil española*. Crítica: Barcelona
- BELTRÁN, V. (2009). *La poesía tradicional medieval y renacentista: poética y antropología de la lírica oral*. Kassel: Edición Reichenberger.
- BLANCO, J. A., y DACOSTA, A. (2014). *El asociacionismo de la emigración española en el exterior: significación y vinculaciones*. Madrid: Sílex,
- BOLUFER, M. (2014). *Educar los sentimientos y las costumbres*. Zaragoza: Institución “Fernando el Católico”.
- BOSI, A. (2002). «La parábola de las vanguardias latinoamericanas». En Schwartz, pp. 19-31.
- BURKE, P. (2009). *Cultura popular en la Europa Moderna*. Madrid: Alianza Editorial.
- CABAÑAS, M. (2019). *Identidades y tránsitos artísticos en el exilio español de 1939 hacia Latinoamérica*. Madrid: Doce Calles.
- CASTÁN, A. (2016). *Señas de identidad: pintura y regionalismo en Aragón*. Zaragoza: Institución “Fernando el Católico”.
- CAUDET, F. (1992). *El exilio republicano en México: las revistas literarias (1939-1971)*. Madrid: Fundación Banco Exterior D. L..
- (1997). *Hipótesis sobre el exilio republicano de 1939*. Madrid: Fundación Universitaria Española.
- (2003). *Carta de presentación de las revistas del exilio republicano de 1939*. Alicante : Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- (2003). *Revistas literarias de la izquierda marxista*. Alicante : Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- (2005). *El exilio republicano de 1939*. Madrid: Cátedra.
- CERRILLO, P. C. y SÁNCHEZ, C. (2010). *Tradición y modernidad de la literatura oral: homenaje a Ana Pelegrín*. Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha.

- CHARTIER, R. (1992). *El mundo como representación: historia cultural: entre práctica y representación*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- CID, J. A. (2005). «Nacionalismo y poesía popular. Manuel Murguía y la invención de romancero gallego apócrifo». En *ELO: Estudios de Literatura Oral*, pp. 51-72. Disponible en: <https://sapientia.ualg.pt/handle/10400.1/1609> . [Consultado: 08/10/2022]
- CORCHETE, R. (2022). «Rituales viajeros y símbolos de nación en la Institución Libre de Enseñanza: memorias de una excursión a Toledo». En *Cahiers de civilisation espagnole contemporaine (de 1808 au temps présent)*, nº 29. Disponible en: <https://journals.openedition.org/ccec/13977>. [Consultado: 01/03/2023]
- DÍAZ VIANA, L. y Fernández, M. (1997). *Entre la palabra y el texto: problemas en la interpretación de fuentes orales y escritas*. Madrid: Sendoa Editorial.
- (1998). *Una voz continuada: estudios históricos y antropológicos sobre la literatura oral*. Oyarzun: Sendoa Editorial.
- (1999). *Los guardianes de la tradición: ensayos sobre la «invención» de la cultura popular*. Gipuzkoa: Sendoa Editorial.
- ESTEVE, L. A. (2006). «Los “primeros” libros de José Ramón Arana». En Aznar, pp. 873-881.
- FERNÁNDEZ CLEMENTE, E. (1990). «Costa desde el exilio: el caso de la revista “Aragón”». En *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, nº 7, pp. 103-108.
- y MAINER, J. C. (1991). *Edición facsímil de “Aragón” (1943-1945): Revista de los exiliados aragoneses en México*. Zaragoza: Instituto “Fernando el Católico”.
- (2003). *Los aragoneses en América (siglo XIX y XX): El exilio*. Zaragoza: Gobierno de Aragón.
- FERNÁNDEZ JIMÉNEZ, F. (2001). «La temática del exilio en la narrativa de José Ramón Arana». En González M. T y Aguilera J. (eds.), *El exilio literario de 1939. Sesenta años después: actas del Congreso Internacional celebrado en la Universidad de La Rioja del 2 al 5 de noviembre de 1999*, GEXEL. Logroño: Universidad de La Rioja, pp. 111-126.
- FÉRRIZ ROURE, T. (1994). «Relectura de la tradición literaria española desde el exilio». En Villegas, J. *Actas del XI Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas: Irvine, 24-29 de agosto de 1992. Volumen IV. Encuentros y desencuentros de culturas: siglos XIX*

- y XX, pp: 133-146. Disponible en: https://cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/11/aih_11_4_018.pdf . [Consultado: 23/05/23]
- (2003). *Romance: una revista del exilio*. A Coruña: Ediciós do Castro.
- FOX, I. (1998). *La invención de España*. Madrid: Cátedra.
- FRENK, M. (2006). *Poesía popular hispánica: 44 estudios*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- FRIBOURG, J. (1995). «Literatura oral y antropología». En *Antropología y literatura*, Lisón, C.. Zaragoza: Ediciones de la Diputación Provincial de Zaragoza, pp. 37-48.
- GARCÍA, J. (2014). *Redes internacionales de la cultura española (1914-1939)*. Madrid: Amigos de la Residencia de Estudiantes.
- GIL LÁZARO, A. (2014). «El asociacionismo de la emigración española en México: siglos XIX y XX». En Blanco, J. A. y Dacosta, A., pp. 95-127.
- (2015). *Inmigración y retorno. Españoles en la Ciudad de México, 1900-1936*. Madrid: Marcial Pons.
- GINZBURG, C. (2019). *El queso y los gusanos*. Barcelona: Ediciones Península.
- GÓMEZ, N. (2001). «Literatura de tradición oral en el poniente almeriense. Propuestas pedagógicas y didácticas». Disponible en: https://cvc.cervantes.es/ensenanza/biblioteca_ele/aepe/pdf/congreso_35/congreso_35_17.pdf . [Consultado: 10/05/2022]
- GONZÁLEZ, A. (2003). *El Romancero en América*. Madrid: Síntesis.
- GRACIA, J. y RÓDENAS, D. (2021). *Las dos modernidades: Edad de Plata y transición cultural en España*. Madrid: Visor Libros.
- GRAMSCI, A. (1967). *La formación de los intelectuales*. Ciudad de México: Grijalbo.
- (2009). *Literatura y vida nacional*. Buenos Aires: Las Cuarenta.
- (2011). *¿Qué es la cultura popular?*. Valencia: Publicacions de la Universitat de València.
- GRILLO, R. M. (1990). «*De Hora de España a Romance: historia de un desengaño*». En *América. Cahiers du CRICCAL*, nº 4 (1), pp. 185-193.
- HOBSBAWN, E. (2012). *La invención de la tradición*. Barcelona: Editorial Planeta.

HOYOS PUENTE, J. de, MURGA, I. y LÓPEZ, J. M. (2016). *Política cultural de la Segunda República Española*. Madrid: Fundación Pablo Iglesias.

HOYOS PUENTE, J. (2010). «Lenguajes e identidades desterradas: Estado y nación en las culturas políticas del exilio republicano en México». En Fuentes, C., Contreras, J. y López, P. *II Encuentro de jóvenes investigadores en historia contemporánea (22-25 sept. 2009)*. Granda: Universidad de Granada, pp. 342-353.

— (2011). «Patriotas en el exilio: Estado y nación en el pensamiento político en torno a la revista "Las Españas" y la agrupación europeísta de México». En Aznar Soler, M. y López, J. R., pp. 950-957.

— (2012). *La utopía del regreso: proyectos de Estado y sueños de nación en el exilio republicano en México*. Ed. Santander: Universidad de Cantabria.

— (2016). *¡Viva la inteligencia!: el legado de la cultura institucionalista en el exilio republicano de 1939*. Madrid: Biblioteca Nueva.

IMÍZCOZ, J. M. (2019). *Proceso de civilización: Culturas de élites, culturas populares*. Bilbao: Servicios editoriales de la Universidad País Vasco.

JUNCO, J. A. y FUENTE MONGE, G. de la. (2017). *El relato nacional: historia de la historia de España*. Barcelona: Taurus.

KAMEN, H. (2020). *La invención de España: leyendas e ilusiones que han construido la realidad española*. Barcelona: Espasa.

Las Españas: revista literaria (2002). Madrid: Fundación Pablo Iglesias y Fundación Jaime Vera. Ed. Facsímil.

LEERSSEN, J. (2012). «La retórica del carácter nacional: un panorama programático». En Lie, N. et al. (eds). *El juego con los estereotipos*. Bruselas: Peter Lang, pp. 57-86.

LIDA, C. E. (1997). «¿Qué son las clases populares? Los modelos europeos frente al caso español en el siglo XIX». En *Historia social*, nº 27 (I), pp.: 3-21.

LOUIS, A. (2014). «Las revistas literarias como objeto de estudio». Disponible en: <https://www.revistas-culturales.de/es/buchseite/annick-louis-las-revistas-literarias-como-objeto-de-estudio>. Consultado: 15/04/23

MAINER, J. C. (1982). *Regionalismo, burguesía y cultura: Revista de Aragón (1900-1905) y Hermes (1917-1922)*. Zaragoza: Guara.

- (1983). *La Edad de Plata (1902-1939): ensayo de interpretación de un proceso cultural*. Madrid: Cátedra.
- MAINER, J. C. Ed. (2010). *Historia de la literatura española. 6. Modernidad y nacionalismo. 1900-1939*. Madrid: Crítica.
- MALAGÓN, J. (1976). «Los historiadores y la historia en el exilio». En Abellán, J. L. y Ballester, J. M., et al., pp. 245-354
- MANTECÓN, T. A. (2008). *Bajtín y la historia de la cultura popular: 40 años de debate*. Santander: Universidad de Cantabria.
- MANTILLA SUÁREZ, R. M. (2018). *José de la Cuadra y Pablo Palacio: intelectuales en un proyecto de vanguardia enraizada*. Ecuador, Quito: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO, (TFM).
- FUSI, J. P. y LÓPEZ, A. et al. (2014). *Generación del 14: Ciencia y modernidad: [Exposición] BNE, 14.03-01.06, 2014*. Madrid: Biblioteca Nacional de España.
- MIRALLES, X. A. (2016). *El descubrimiento de España: mito romántico e identidad nacional*. Barcelona: Taurus.
- NÚÑEZ, G. (2010). «La literatura oral en el moderno sistema escolar». En Cerrillo, P. C. y Sánchez, *Tradición y modernidad de la literatura oral: homenaje a Ana Pelegrín*. Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, pp. 9-18.
- NÚÑEZ SEIXAS, X. M. y GARCÍA SEBASTIANI, M. (eds.) (2020). *Hacer patria lejos de casa: nacionalismo español, migración y exilio en Europa y América (1870-2010)*. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza.
- NÚÑEZ SEIXAS, X. M. (2014) «El asociacionismo emigrante español: algunas consideraciones teóricas». En Blanco, J. A. y Dacosta, A., pp. 35-56.
- (2019). *Patriotas transnacionales: ensayos sobre nacionalismos y transferencias culturales en la Europa del siglo XX*. Madrid: Cátedra.
- NÚÑEZ SEIXAS, X. M. (coord.) (2006). *La construcción de la identidad regional en Europa y España (Siglos XIX y XX)*. Madrid: Asociación de Historia Contemporánea.
- ONG, W. J. (2004). *Oralidad y escritura: tecnologías de la palabra*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica:.
- OTAOLA, S. (1999). *La librería de Arana: historia y fantasía*. Ediciones del Imán: Madrid.

- PALMER, I. y CAMPOS, M. (2019). «Adivinanzas en el aula de ELE: literatura oral, patrimonio e innovación educativa». En *Tejuelo*, (30), pp. 289-31. Disponible en: <https://dehesa.unex.es/handle/10662/9319>. [Consultado: 02/06/2022]
- PEDROSA, J. M. (2017). «Demófilo y Menéndez Pidal: folclore, antropología y filología». En Moreno, D. y González D.. *Los paisajes de la voz: literatura oral e investigaciones de campo. Boletín de literatura oral*, nº 1. Jaén: Ediciones de la Universidad de Jaén, pp: 16-71.
- PÉREZ VEJO, T. (2015). *España imaginada: Historia de la invención de una nación*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- RENAN, E. (1983). *¿Qué es una nación?*. Buenos Aires: Centro de Estudios Constitucionales.
- RINALDI, Y. (2006). «José Ramón Arana: El escritor olvidado que no podía olvidar», en Aznar, M. (ed.), pp. 137-145.
- ROJAS, W. E. (2019). «La cultura popular para la enseñanza de español como lengua extranjera». En *Cuadernos de Lingüística Hispánica*, (34), pp. 177-193. Disponible en: http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0121-053X2019000200177. [Consultado: 25/05/2022]
- ROMERO TOBAR, L. (2008). *Literatura y nación: la emergencia de las literaturas nacionales*. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1997). «El poder de los celtas: de la Academia a la política». En *O Arqueólogo Portugués*, serie IV, nº 13-15, pp. 211-232.
- SABIO, A. (2020). «Aragón desgajado: los exilios republicanos de 1939», en *Alazet*, nº 32. Disponible en: <http://revistas.iea.es/index.php/ALZ> . [Consultado: 26/11/2021]
- SAID, E. W. (2005). *Reflexiones sobre el exilio: ensayos literarios y culturales*. Barcelona: Debate.
- (2022) *Orientalismo*. Barcelona: Penguin Random House.
- SALDAÑA, A. (2008). «Notas para una crítica del nacionalismo cultural». En Romero Tobar, L., pp. 107-130.
- SÁNCHEZ RON, J. M. (1988). *La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, 80 años después, 1907-1987: Simposio internacional (Madrid, 15-17 de diciembre de 1987)*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

- SCHWARTZ, J. (2002). *Las vanguardias latinoamericanas. Textos programáticos y críticos*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- SERRANO MIGALLÓN, F. (2006). *Los barcos de la libertad: Diarios de viaje – Sinaia, Ipanema y Mexique (mayo-julio 1939)*. Ciudad de México: Colegio de México.
- (2021). *El exilio español y su vida cotidiana en México*. Ciudad de México: Bonilla Artigas Editores.
- SERRANO, C. (1999). *El nacimiento de Carmen: símbolos, mitos y nación*. Madrid: Taurus.
- SORIA OLMEDO, A. (2008). *Las vanguardias y la generación del 27*. Madrid: Visor.
- STORM, E. (2019). *La construcción de identidades regionales en España, Francia y Alemania, 1890-1939*. Madrid: Ediciones Complutense.
- TUÑÓN DE LARA, M. (1990). *Comunicación, cultura y política durante la II República y la Guerra Civil. Tomo II. España (1931-1939)*. Bilbao: Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco.
- UNAMUNO, M. (2005). *En torno al casticismo*. Madrid: Cátedra.
- ÚNICA, J. G. (2009). «De juglaría y clerecía: el falso problema de lo culto y lo popular en la invención de los dos mesteres». *Espéculo: Revista de Estudios Literarios*, nº 42. Disponible en: <https://biblioteca.org.ar/libros/150793.pdf> . [Consultado: 15/03/2022]
- VALENDER, J. y ROJO LEIVA, G. (eds.) (1999). *Las Españas. Historia de una revista del exilio (1946- 1963)*. Ciudad de México: El Colegio de México, Fondo Eulalio Ferrer.
- VILLARES, R. (2021). *Exilio republicano y pluralismo nacional: España, 1936-1982*. Madrid: MARCIAL PONS.
- VIOLANT I SIMORRA, R. (2003). *El Pirineo español: vida, usos, costumbres, creencias y tradiciones de una cultura milenaria que desaparece*. Barcelona: Alta Fulla.
- WULFF ALONSO, F. (2003). *Las esencias patrias: historiografía e historia antigua en la construcción de la identidad española (siglos XVI-XX)*. Barcelona: Crítica.
- ZAMBRANO, M. (1977). *Los intelectuales en el drama de España: ensayos y notas (1936-1939)*. Madrid: Editorial Hispamerca.
- ZAPATA RUIZ, T. (2008). «La importancia de la literatura de tradición oral. Entrevista a Pascuala Morote Magán». En *Revista Educación y Pedagogía*, nº 20 (50). Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2722617> . [Consultado: 22/05/2022]